

EL CASTILLO DE CÁRPATOS

INDICE

| | | |
|----|---------------------------------------|-----|
| 01 | El pastor Frick | 2 |
| 02 | Leyenda del castillo | 10 |
| 03 | ¿Quiénes vivían en Werst? | 15 |
| 04 | “Reunión en la posada del rey Matías | 19 |
| 05 | Ante el castillo | 27 |
| 06 | Luces espectrales | 36 |
| 07 | Triste regreso a Werst | 43 |
| 08 | El conde Franz de Telek | 49 |
| 09 | La amenaza | 57 |
| 10 | El canto de una muerta | 63 |
| 11 | Una aparición | 69 |
| 12 | Atrapado en el castillo | 75 |
| 13 | Andiamo, Mio Cuore!.... | 79 |
| 14 | La huida | 84 |
| 15 | Aplicaciones de la electricidad | 88 |
| 16 | El final del castillo de los Cárpatos | 93 |
| 17 | El final del Barón de Gortz | 98 |
| 18 | Y siguieron las supersticiones | 100 |

EL PASTOR FRIK

Esta narración no tiene nada de fantástica, sólo es novelesca. ¿Puede deducirse de ello que por ser inverosímil no sea cierta? Pensar esto sería un error. Estamos en una época en la que todo puede suceder. Si esta narración no es creíble hoy, puede serlo mañana, gracias a la ciencia y nadie la considerará como una leyenda. Por lo demás, no se inventan leyendas al finalizar este práctico y positivo siglo XIX; ni en Bretaña, ni en Escocia, la tierra de los gnomos; ni en Noruega, la patria de los dioses secundarios de la mitología escandinava, de los elfos, de los silfos y de las valquirias; ni incluso en Transilvania, donde el aspecto de los Cárpatos se presta por sí mismo a todas las evocaciones fantásticas. Sin embargo, conviene hacer notar que el país transilvano aún está muy apegado a las antiguas supersticiones.

El 19 de mayo de aquel año un pastor apacentaba su rebaño en un verde prado, al pie del Retyezat, que domina un fértil valle lleno de árboles de ramaje recto y bellas plantaciones. Las galernas procedentes del Noroeste arrasan en el invierno este terreno descubierto y sin protección.

Aquel pastor no se asemejaba en nada a los de la Arcadia en su atuendo, ni tenía nada de bucólico en su actitud. No era precisamente un Dafnis, ni un Amintas, ni un Tityre, ni un Licinas, ni un Melibeo. Ni el Lignon murmuraba a sus pies, calzados en gruesos zuecos de madera. Estaba junto al río de Valaquia, cuyas frescas aguas hubieran sido dignas de correr por entre las sinuosidades que se mencionan en la novela *Astrea*.

Frik-Frik, que así se llamaba el pastor, era natural de Werst, y tan descuidado de su persona como las mismas bestias; bueno sólo para habitar en aquel cuchitril construido a la entrada de la aldea, y donde sus carneros y sus puercos vivían revueltos.

Tumbado sobre un mullido otero, el pastor dormía con un ojo cerrado y el otro alerta, con una gran pipa en la boca, silbando de vez en cuando a sus perros si alguna oveja se alejaba del rebaño, o tocando el cuerno, cuyo sonido se hacía eco en la montaña.

Eran las cuatro de la tarde y el Sol ya declinaba en el horizonte. Hacia el Este se divisaban algunas cúspides, cuyas bases quedaban sumergidas en la bruma. Al Sudoeste, dos cortaduras de la cordillera dejaban paso a un oblicuo haz de rayos solares, como filtrados por una puerta entornada.

Este sistema orográfico corresponde a la parte más selvática de la Transilvania, comprendida en el distrito Klausenburg.

La Transilvania es un fragmento del imperio austríaco; esta región se llama en lengua magiar "Erdely", que significa "el país de los bosques". Limita al Norte con Hungría, con Valaquia al Sur y al Oeste con Moldavia. Ocupa una extensión de

sesenta mil kilómetros cuadrados, siendo una especie de Suiza, aunque una mitad más vasta que los dominios helvéticos sin ser más poblada. Con sus llanuras dedicadas al cultivo, sus ricos pastos, sus valles caprichosamente dibujados y sus soberbias montañas, la Transilvania, quebrada por las ramificaciones plutónicas de los Cárpatos, está regada por numerosos ríos que con sus aguas tributarias engrosan los caudales del Theiss y del magnífico Danubio, cuyas Puertas de Hierro, más al Sur, cierran el desfiladero de los Balcanes, en la frontera de Hungría y del Imperio turco.

Este es, pues, el antiguo país de los dacios; conquistado por Trajano en el siglo I de la era cristiana. Si bien disfrutó de independencia con Juan Zapoly y sus continuadores hasta 1699, Leopoldo I la anexionó después a Austria. Ha sido ocupada por diversas razas que si bien han coexistido, nunca han llegado a fusionarse: los valacos o rumanos, los húngaros, los tzaganes, los szeklers, de origen moldavo e incluso los mismos sajones.

¿A qué carácter de éstos pertenecía el pastor Frik? ¿Se trataba de un descendiente degenerado de los antiguos dacios? Viendo su cabellera desgreñada, su cara atezada, su barba enmarañada, sus espesas cejas, recias como dos cepillos de crines rojizas, sus ojos garzos, entre azules y verdes y cuyos lagrimales se veían rodeados del círculo senil, sería difícil resolver aquella cuestión. Parecía un hombre de unos sesenta y cinco años. Robusto, alto, enjuto y erguido bajo su sayal amarillento, no tan peludo como su pecho, se cubría la cabeza con un sombrero de esparto.

En el instante en que los rayos de sol se filtraban a través de las cortaduras del Oeste, Frik se volvió, puso su mano, medio cerrada, a modo de catalejo, y estuvo mirando con atención.

En la claridad del horizonte, y como a una milla de distancia, se dibujaba el contorno de un antiguo castillo sobre una aislada cumbre de la garganta del Vulcano, la parte superior de una meseta llamada de Orgall. Bajo los cambios de la luz poniente aquel edificio se destacaba claramente, aunque preciso era que el pastor se hallase dotado de una vista excelente para poder distinguir algún detalle de aquella lejana masa.

De repente, moviendo la cabeza, el pastor murmuró en voz alta:

-¡Viejo, viejo...! ¡Cómo presumes sobre tus cimientos! Tres años más y dejarás de existir, porque tu haya no tiene ya más que tres ramas.

Dicha haya, plantada en el extremo de uno de los bastiones del muro del castillo, resaltaba sobre el azul del cielo, aunque a duras penas sería visible para otro que no fuese el pastor Frik a tal distancia. En lo tocante a las enigmáticas palabras pronunciadas por Frik, se basaban en una leyenda que existía sobre el castillo.

-Sí -continuó-; tres ramas... Ayer había cuatro; pero la cuarta se desgajó esta noche... ¡Ya sólo queda el muñón! Yo no cuento más que tres en la horcadura... ¡Tres, sólo tres, viejo castillo!

Si se considera a un pastor desde la fantasía, puede hacerse de él un ser soñador, contemplativo, que conferencia con los astros, dialoga con las estrellas y lee en el firmamento. Lo cierto es que por lo general no pasa de ser un pobre ignorante. A

pesar de todo, la credulidad del pueblo no vacila en atribuirle el don de lo sobrenatural; un hombre así posee maleficios, y puede conjurar sortilegios igual sobre las personas que sobre las bestias; vende polvos amorosos, filtros y mil y más fórmulas. Hasta puede volver estériles los campos lanzando sobre ellos piedras encantadas y deja infecundas a las ovejas con sólo echarles mal de ojo.

En este caso, Frik era considerado como un mago, como un evocador de apariciones fantásticas. Según unos, a su voz le obedecían los vampiros y los endriagos; según otros, se le podía ver, al declinar de la Luna, en las noches oscuras, montado sobre las compuertas de los molinos, hablando con los lobos o contemplando las estrellas.

A Frik no le importaba y no le iba mal. Vendía hechizos y contrahechizos. Pero, curiosamente, él era tan crédulo como su misma clientela, y si bien no creía en sus propios sortilegios, sí daba crédito a las leyendas de la comarca.

Por ello no es de extrañar que formulase aquel pronóstico sobre la próxima desaparición del castillo, ya que en el árbol sólo había ya tres ramas; ni hay por qué asombrarse de que le faltase tiempo para llevar la noticia a Werst.

Después de juntar el rebaño, Frik se encaminó hacia la aldea. Azuzando al ganado, le seguían sus perros, dos semigrifos, ariscos y feroces, que más parecían prestos a devorar las ovejas que a guardarlas. El rebaño se componía de un centenar de carneros y ovejas, de las cuales unas doce eran de primer año y el resto de tercero o cuarto, es decir, de cuatro y de seis dientes.

Este ganado era propiedad del juez de Werst, el biró Koltz, quien pagaba al Consejo un buen derecho de contribución de ganadería, que apreciaba mucho a Frik por sus cualidades de esquilador y de veterinario entendido en lo referente a plagas de origen pecuario.

A1 salir del prado, Frik tomó por un ancho camino, que bordeaba extensos campos, donde ondulaba el trigo, con las espigas ya muy altas sobre las cañas; se veían también algunos sembrados de *kukurutz*, especie de maíz de aquel país. El camino llevaba al comienzo de un bosque de pinos y abetos y más allá extendía el Sil sus límpidas aguas filtradas por los guijarros del lecho, en las cuales flotaban trozos de madera aserrada en las serrerías de más arriba.

Werst no estaba muy lejos de allí, al otro lado de un espeso bosque de esbeltos árboles y esmirriados plantones que sobresalen poco del suelo. Dicho bosque se extendía hasta la garganta del Vulcano, cuya aldea de este nombre está situada en la vertiente meridional de los macizos del Plesa.

A aquella hora la campiña estaba solitaria; no era hasta entrada la noche que regresaban a sus hogares las gentes del campo. Pero cuando Frik iba a internarse entre los pliegues del valle, en una revuelta del Sil apareció un hombre, como a unos cincuenta pasos río abajo.

-¡Hola, amigo! -le saludó el pastor.

Se trataba de uno de esos mercaderes que recorren la región. Se les puede encontrar en las ciudades, en los pueblos y hasta en las más humildes aldeas.

Hablando todos los idiomas no les resulta difícil hacerse entender. El que nos ocupa, ¿era italiano, sajón o valaco? Nadie hubiera podido decirle. En realidad, era un judío polonés, alto y enjuto, de afilada nariz y barba puntiaguda, frente abultada y ojos muy vivos.

Era un vendedor ambulante de anteojos, termómetros, barómetros y relojes de bolsillo.

Posiblemente el judío participaba del respeto o del temor que inspiran los pastores, por lo que saludó a Frik con la mano. Después, en lengua rumana, compuesta por latín y eslavo, dijo con acento extranjero:

-¿Qué tal vamos, amigo?

-Vamos con el tiempo -respondió Frik.

-Así, pues, hoy habrá ido bien.

-Pero mañana lloverá.

-¿Lloverá? -se extrañó el buhonero-. ¿Acaso en este país llueve sin nubes?

-Las nubes llegarán esta noche... ¡Y por allá abajo, por el lado malo de la montaña!

-¿Y cómo sabéis eso?

-Por la lana de los carneros, que está áspera y seca.

-Pues tanto peor para los que tengan que andar por estos caminos.

-¿Tenéis hijos? -preguntó entonces Frik.

-No.

-¿Estáis casado?

-Tampoco.

Era costumbre en el país preguntar esto a los que se encuentran. Después continuó:

-¿De dónde venís, buhonero?

-De Hermanstadt.

Hermanstadt es una de las principales poblaciones de la Transilvania.

¿Y a dónde vais?

-A Kolosvar.

Para llegar a Kolosvar hay que subir en dirección al valle del Maros; después, por Karlsburg y siguiendo por las primeras estribaciones de los montes Bihar, se llega a la capital del distrito.

En verdad que estos mercaderes de barómetros, termómetros y cascajos venden el tiempo en todas sus formas; el pasado, el que hace, el que hará, de igual modo que otros venden cestos, lanas o telas de algodón. Diríanse los viajeros de la casa "Saturno y Compañía". No hay duda de que éste fue el efecto que el judío le causó a Frik, el cual contemplaba, asombrado, aquella colección de objetos nuevos para él, cuya aplicación desconocía.

-¡Eh, señor buhonero! -preguntó, alargando el brazo-. ¿Para qué sirve eso que castañetea en vuestra cintura, igual que los huesos de un viejo colgado?

-Son cosas valiosas -respondió el mercader-; objetos útiles para todos.

-¿Para todos? ¿También para los pastores?

-También.

-¿Y para qué sirve esa maquinita?

-Esta maquinita -explicó el judío, moviendo un termómetro entre sus manos-, os dice si hace calor o frío.

-¡Vaya cosa! Pues yo no necesito esto para saberlo, cuando sudo o cuando tiritó. ¿Y ese cascajo con agujita?

-No es un cascajo, sino un barómetro que os dice si mañana hará buen tiempo o lloverá..

-¿Eso es cierto?

-Cierto.

-Pues yo no lo querría aunque sólo costase un céntimo -replicó Frik-. Me basta ver las nubes que se arrastran por encima de la montaña para saber con veinticuatro horas de anticipación el tiempo que va a hacer. Mirad: ¿veis aquella bruma que parece brotar del suelo? Pues ya os lo he dicho: eso significa que mañana lloverá.

Ciertamente, el pastor Frik, gran observador del tiempo, no necesitaba de ningún barómetro.

-¿Y tampoco os hará falta un reloj? -preguntó el buhonero.

-¿Un reloj...? Tengo uno que anda solo. Está suspendido sobre mi cabeza... Es el Sol. Mirad, amigo, cuando está sobre la punta de Rodük significa que es mediodía; y cuando parece que mira al agujero de Egelt es que son las seis. Mis carneros lo

saben tan bien como yo, y mis perros igual que los carneros. Guardaos, pues, vuestros cachivaches.

-¡Vaya! -comentó el buhonero-. Mala venta haría si no tuviese más clientes que los pastores. ¿De verdad que no necesitáis nada?

-Absolutamente nada.

Y ya iba a coger de nuevo su cayado Frik, cuando, cogiendo una especie de tubo colgado de una correa del buhonero, dijo:

-¿Para qué sirve este tubo?

-No es un tubo -dijo el judío-; es un antejo.

Era, en efecto, uno de esos antejos comunes que agrandan cinco o seis veces los objetos, o que los aproximan otro tanto, lo que viene a ser lo mismo.

Frik había cogido aquel instrumento y lo contemplaba dándole vueltas entre sus manos, haciendo salir y entrar los cilindros.

-Sí, pastor -continuó el buhonero-. Es un magnífico antejo, que os alargará mucho la vista...

-¡Ah!... Yo tengo muy buena vista, amigo. Cuando el tiempo está claro veo hasta la cresta del Retyezat, y los últimos árboles en el fondo de los desfiladeros del Vulcano.

-¿Sin entornar los ojos?

-Sin entornar los ojos, gracias al rocío de la noche, que me limpia la pupila.

-Bien... Si tenéis buenos ojos, yo los tengo mejores cuando miro por el antejo.

-Eso habría que verlo.

-Probadlo.

-¿No me costará nada? -preguntó Frik, desconfiado por naturaleza.

-Nada; a menos que os decidáis a comprarme el aparato.

Tranquilo ya sobre el particular, Frik tomó el antejo, cuyos tubos graduó el buhonero. Después de haber cerrado el ojo derecho, Frik aplicó el ocular al izquierdo y empezó a mirar hacia las montañas del Vulcano, subiendo hacia el Plesa; después, enfocó el instrumento hacia el pueblo de Werst.

-¡Calla! -exclamó-. ¡Pues es cierto! Alcanza más que mis ojos... Veo a Nic Deck, el guarda, que vuelve de su ronda con la mochila a la espalda y la carabina al hombro.

-¿No os lo dije? -observó el buhonero.

-Sí, sí, es Nic -continuó el pastor-. ¿Y quién es aquella mujer que sale de casa del amo, como si fuese al encuentro de Nic?

-Mirad con atención y la reconoceréis.

-¡Ah, sí!... ¡Es Miriota!... ¡Ah! ¡Los novios!... Esta vez tienen que andar con cuidado porque yo los veo y no voy a perderme ninguna de sus carantoñas.

-¿Qué me decís del aparato?

-¡Ah! Que hace ver desde muy lejos.

El asombro de Frik al coger por primera vez un antejo para mirar a su aldea indicaba lo atrasado que este pueblo se encontraba.

-Pastor -dijo el mercader-, seguid mirando... Más allá de Werst. Este pueblo está muy cerca. ¡Mirad mucho más allá!

-¿Tampoco me costará nada?

-Tampoco.

Frick miró entonces hacia la llanura de Orgall; siguió después contemplando la sombría masa de los bosques situados sobre las vertientes del Plesa y, enfocando el antejo a la lejana silueta del castillo, exclamó:

-¡Sí... la cuarta rama está en tierra!... La había visto bien antes. Nadie irá a recogerla para hacer una tea la noche de San Juan. No irá nadie., ni yo. Sería arriesgar el cuerpo y el alma. Pero uno sí la recogerá esta noche para llevarla al fuego del infierno. Será el *Chort*.

Así se llama al diablo cuando se le evoca en las conversaciones del país.

Es posible que el judío le fuese a pedir una explicación de aquellas incomprensibles palabras, cuando Frik exclamó, con voz en la que el espanto se mezclaba a la sorpresa:

-¿Qué es aquella nube que sale del torreón? ¿Es bruma?... No; parece humo... Pero, no es posible... Desde hace innumerables siglos las chimeneas del castillo no echan humo...

-Si veis humo, es que hay humo, pastor.

-No, buhonero, no. Debe de ser que el cristal de vuestro antejo está empañado.

-Limpiadlo, pues.

-Eso voy a hacer.

Y después de haber frotado los cristales del anteojo con su manga volvió a mirar por él.

En efecto, lo que salía del torreón era humo. Era una columna que subía recta, en la tranquila atmósfera, y su penacho se confundía con las nubes. Frik, inmóvil, no hablaba, concentrando toda su atención en el castillo, cuya sombra iba ascendiendo hasta llegar al nivel del llano de Orgall. De pronto dejó de mirar, y llevándose la mano en el zurrón que bajo el sayo llevaba, preguntó:

-¿Qué vale esto?

-Florín y medio -respondió el buhonero.

Por poco que Frik hubiese regateado, lo hubiera conseguido por un florín; pero el pastor ni siquiera regateó. Influido por una estupefacción tan grande como inexplicable, metió la mano en el zurrón y sacó el dinero.

-¿Es para vos el anteojo? -inquirió el buhonero.

-No; para mi amo.

-Entonces él os reembolsará lo que vale.

-Sí... Los dos florines.

-¡Cómo dos florines!

-Sí...; de ahí para arriba. Buenas tardes, buhonero.

-Buenas tardes, pastor.

Y Frik, silbando a sus perros y reuniendo el rebaño, marchó a buen paso en dirección a Werst.

II

LA LEYENDA DEL CASTILLO

Una distancia de algunas millas produce, en un observador, el efecto de que, bien sean rocas amontonadas por la Naturaleza en épocas geológicas por las convulsiones del suelo, o bien construcciones debidas a la mano del hombre, poco más o menos su aspecto es semejante.

Eso ocurría con la edificación que había sido en otro tiempo castillo de los Cárpatos. Reconocerlo en su indecisa estructura actual en la meseta de Orgall, que corona a la izquierda la garganta del Vulcano hubiera sido imposible.

Ya no muestra su esbelta silueta en las montañas. Lo que ahora puede tomarse por un torreón acaso no sea otra cosa que un informe montón de piedras. Allí donde la vista cree percibir los almenados muros, tal vez no haya más que una rocosa cresta. Es un conjunto impreciso. Tanto es así, que si había que dar crédito a lo que dicen algunos turistas, el castillo de los Cárpatos sólo existe en la fantasía de las gentes del país.

Sin embargo, el medio más sencillo para salir de dudas sería haceros conducir por un guía del Vulcano o de Werst, y subir por el desfiladero, alcanzar la cima de la montaña y visitar aquellas construcciones. Claro que el inconveniente estriba en que se encuentra con más facilidad el camino del castillo que el guía. En el valle del Sil nadie querría acompañar a un viajero al castillo de los Cárpatos, así fuese pagado a peso de oro.

Y si en vez de visitarlo miraseis por un anteojito más potente que el instrumento que compró el pastor Frik para el señor Koltz, he aquí lo que hubierais visto de la vieja edificación.

Detrás de la garganta del Vulcano y a cosa de trescientos metros, un muro casi oculto por la hojarasca de plantas trepadoras, extendiéndose en un perímetro de casi un kilómetro, siguiendo las ondulaciones de la meseta. A cada ángulo, dos bastiones; uno de ellos, el de la derecha, sobre el cual se alza la famosa haya, está coronado por una garita de puntiagudo techo; a la izquierda, algunos lienzos de muralla, como los de una fortaleza, aguantan un campanario de capilla, cuya campana rajada se bambolea en las grandes borrascas, causando un gran terror en la comarca; en el centro, y con su plataforma rodeada de almenas, un torreón con ventanas de alféizares de plomo, y cuyo primer piso se halla rodeado de una terraza circular; sobre la plataforma se alza un largo mástil de hierro, adornado por una especie de veleta roída por el moho, mirando siempre al Sudeste, por efecto de algún violento huracán.

En lo tocante a cuanto encerraba ese muro por mil partes derruido, se ignoraba de muchos años atrás.

En realidad, si bien el castillo de los Cárpatos se hallaba en mejor estado de lo que parecía, estaba también protegido por el terror supersticioso, con tanta eficacia como lo estuviera en tiempos remotos por basiliscos, bombardas, culebrinas y demás máquinas guerreras de otros siglos.

El castillo de los Cárpatos data del siglo XII o tal vez del XIII. En aquella época, bajo la dominación de los señores, se fortificaban monasterios, iglesias, palacios y castillos de igual modo que las aldeas y ciudades. Señores y vasallos procuraban mantenerse a la defensiva.

Esto explica el aspecto de aquella construcción feudal bien defendida con su almenado muro, su atalaya y su torreón.

¿Quién fue el arquitecto que tuvo la idea de edificarlo sobre aquella meseta y a tal altura? Se ignora quién fue el audaz artista, pero se supone que pudiera ser el rumano Manoli, tan gloriosamente ensalzado en las leyendas valacas, y que edificó en Curté de Argis el célebre castillo de Rodolfo el Negro.

Pero si hay dudas acerca de este punto, no las hay en cuanto a la familia que poseía el castillo. Los barones de Gortz eran señores de aquella región desde tiempo inmemorial. Tomaron parte en todas las guerras que regaron de sangre las provincias de Transilvania; guerrearon contra los húngaros, los sajones y los szeklers; y su apellido figura en baladas donde se recuerdan los desastrosos períodos por los que atravesó aquel país. Su divisa era el famoso proverbio polaco "¡Da hasta morir!" y dieron, en efecto, vertiendo su sangre en aras de la independencia.

A mediados del siglo actual el último representante de los señores de Gortz era el barón Rodolfo. Nacido en el castillo había visto extinguirse su familia durante su juventud, y a los veintidós años se encontró solo en el mundo. Sin parientes y casi sin amigos, ¿qué podía hacer el barón Rodolfo para llenar aquel inmenso vacío que la muerte había dejado a su alrededor? ¿Cuáles eran sus aficiones, sus inclinaciones y aptitudes? Sólo se sabía de esto la irresistible pasión que sentía por la música y muy en especial por los grandes artistas líricos de su época.

Así que, después de haber confiado el cuidado del castillo, ya muy deteriorado, en manos de algunos viejos sirvientes, un día desapareció. Más tarde se supo que dedicaba su fortuna, ciertamente considerable, a recorrer los principales centros líricos de Europa, los teatros de Alemania, Francia e Italia, donde podía satisfacer su gran pasión.

No obstante, el recuerdo de su país natal no se había borrado de la mente del joven barón de Gortz, ni olvidó su patria. Y tanto fue así, que regresó a Transilvania a tomar parte en una de las sangrientas revueltas de los rumanos contra la opresión húngara.

Los descendientes de los antiguos dacios fueron vencidos, y su territorio fue repartido entre los que habían vencido.

Después de aquella derrota, el barón Rodolfo dejó definitivamente el castillo, que empezaba a amenazar ruina. Los últimos servidores fueron muriendo y el castillo

quedó finalmente abandonado. Por lo que hace al barón de Gortz, corrió el rumor de que se había unido al famoso Iosza Sandor, antiguo salteador de caminos al que la guerra de la independencia elevó al rango de protagonista del drama.

No obstante, después de la lucha, Rodolfo de Gortz se separó de la partida del salteador, obrando muy prudentemente porque Rosza Sandor acabó por caer en manos de la policía, que lo encerró en la prisión de Szamos Uyvar.

Luego corrió la versión, bastante fundada, de que el barón Rodolfo había muerto en un enfrentamiento entre Rosza Sandor y sus secuaces con los carabineros de la frontera. Si esa muerte era cierta o no, la verdad es que nadie dudaba de ella en la región por no haber aparecido el barón por la comarca desde aquella época.

Un castillo desierto, es un castillo fantástico... Las ardientes imaginaciones pronto lo poblaron de fantasmas, de espíritus que se albergaban en él por las noches. Estas cosas suceden con frecuencia en muchas partes de Europa, y entre ellas Transilvania debe ocupar el primer lugar.

Y ciertamente, ¿cómo la aldea de Werst no debía participar de aquellas creencias en lo sobrenatural si el cura y el maestro enseñaban estas fábulas con tanto más empeño cuanto ellos mismos las creían de buena fe? Afirmaban, y aducían "pruebas" en apoyo de esas afirmaciones, que los vampiros lanzan gritos de endriagos y beben sangre humana; que los "staffii" andaban errantes por las ruinas, debiéndoseles proporcionar de comer y beber a riesgo de que se convirtiesen en malhechores de no hacerlo así. Existían hadas, de las que era preciso guardarse los martes y viernes, los días nefastos de la semana. Y en los bosques se ocultan los "balauri", dragones gigantescos cuyas mandíbulas llegan a las nubes; y los "smei", de grandes alas, que se llevan a las mujeres hermosas, sin distinción de clases. Existen, pues, muchos monstruos feroces. ¿Los hay también buenos, que se opongan a las malas artes de aquéllos? Sí; la "serpi", serpiente del hogar doméstico, que vive en las casas y cuya influencia sana nutre el aldeano dándole de la mejor leche.

Siendo así, ¿qué mejor albergue para todos esos seres de la mitología rumana que el castillo de los Cárpatos? En aquel aislado lugar, sólo accesible por la parte izquierda de la garganta del Vulcano, no era dudoso, pues, que se albergasen dragones, hadas y endriagos, y acaso los espíritus de algunos de los componentes de la familia de los barones de Gortz. De aquí, a decir que el castillo estaba encantado.

Sin embargo, tal estado de cosas llegaría a tener fin, y esto ocurriría cuando no quedase ni una sola piedra de la antigua fortaleza de los barones de Gortz. Y aquí hacía su aparición la leyenda.

Si se daba crédito a los más autorizados de la aldea de Werst, la existencia del castillo iba unida a la de la vieja haya, cuyo ramaje se recostaba sobre el bastión, a la derecha del muro. Las gentes de la aldea habían observado, y muy especialmente el pastor Frik, que desde que partiera Rodolfo de Gortz aquel árbol iba perdiendo cada año una de sus gruesas ramas. Cuando el barón fue visto por última vez en el castillo, el árbol contaba dieciocho ramas, y en la actualidad sólo tenía tres. Cada rama desgajada significaba un año menos de existencia para el

castillo. La caída de la última produciría el hundimiento definitivo. Y entonces, en vano se buscarían vestigios del misterioso castillo de los Cárpatos.

Siendo esto sólo una más de las leyendas que se forjan las imaginaciones de los rumanos, lo cierto es que todos los años el haya perdía una de sus ramas y Frik, que no dejaba de observarlos mientras apacentaba el rebaño en los prados del Sil, no dudaba en afirmarlo. Y a los aldeanos e incluso al mismo juez de Werst no les cabía duda de que al castillo no le quedaban más de tres años de existencia, puesto que al árbol no le restaban más que tres ramas. El pastor se había puesto en camino para llevar la tremenda noticia que había corroborado con ayuda del anteojo.

Además, ien el torreón acababa de aparecer humo! Lo que sus ojos no habían podido apreciar por sí solos, lo había visto a través del anteojo del buhonero... No era vapor de la atmósfera, era humo que ascendía hacia las nubes. ¡Y a pesar de que el castillo estaba abandonado! Y si ahora el castillo estaba habitado, sólo podía estarlo por seres sobrenaturales... Mas ¿para qué tendrían los espíritus que encender fuego en uno de los departamentos del torreón?

Frik azuzaba las bestias hacia el establo y los perros avivaban el ganado camino arriba.

Algunos aldeanos que se habían retrasado en sus faenas le saludaron al pasar. Frik apenas si les correspondió, lo que fue motivo de gran inquietud para aquéllos, porque para evitar maleficios no basta saludar al pastor; es preciso que éste responda al saludo. Pero Frik no paraba mientes en esto y andaba con los ojos extraviados, una actitud extraña y con ademanes descompuestos.

¿De qué mala nueva era portador el pastor?

El primero en enterarse fue el juez Koltz.

Así que le vio, Frik le gritó:

-¡En el castillo hay fuego, amo! -¿Te has vuelto loco?

En efecto: ¿como era posible un incendio en aquel viejo montón de piedras?

-¿Quieres decir, Frik, que el castillo arde? -continuó Koltz.

-Pues si no arde, por lo menos echa humo. Venid a verlo.

Y ambos se dirigieron hacia la calle Mayor, al borde de un terraplén que dominaba los barrancos y desde el cual se veía el castillo.

Una vez allí Frik le dio el anteojo a su amo. Evidentemente el señor Koltz tampoco era práctico en su manejo.

-¿Qué es esto? -inquirió.

-Una maquinaria para ver, que he comprado en dos florines, y que vale el doble.

-¿Y para qué sirve?

Aplicadlo a vuestro ojo, dirigidlo al castillo y veréis.

El juez enfocó el anteojo en dirección al castillo y miró con atención.

¡Sí! Lo que salía de unas de las chimeneas del torreón era humo que, impulsado por la brisa, ahora se arrastraba por la falda de la montaña.

-¡Hay humo! ¡Hay humo! -repetía el amo Koltz, estupefacto.

Acababan de unírseles Miriota y Nick Deck, el guardabosque, que habían vuelto a su casa hacía muy poco. Cogiendo el anteojo, preguntó el joven:

-¿Para qué sirve esto?

Para ver a lo lejos -respondió el pastor.

-Será una broma, Frik.

-¿Broma? No hace ni una hora os he reconocido cuando bajabais por el camino... y a vos también...

No acabó la frase porque a Miriota se le subieron los colores al rostro y bajó sus lindos ojos.

La novia primero y después el novio cogieron el anteojo y lo enfocaron hacia el castillo.

Mientras tanto, habían llegado a aquel sitio media docena de vecinos que, enterados de lo que ocurría, fueron sirviéndose por turno del anteojo.

-¡Humo! ¡Humo en el castillo!

-Tal vez un rayo ha caído sobre el torreón -aventuró uno.

-No ha habido tormenta desde hace ocho días -aclaró el pastor.

Si a aquellas rústicas gentes se les hubiese dicho que en la cima del Retyezat acababa de abrirse un cráter volcánico, no se hubieran quedado más estupefactas.

III

¿QUIÉNES VIVÍAN EN WERST?

Werst tiene tan poca importancia que no consta en la mayor parte de los mapas. Administrativamente es aún de inferior categoría que el pueblo próximo, Vulcano, nombre de la porción de la vertiente del Plesa sobre la cual se encuentran ambos pueblos.

Estas aldeas son hoy día aún lo que eran hace cincuenta años, y es de suponer que dentro de medio siglo seguirán en igual estado.

Según Eliseo Reclús, más de una mitad de la población de Vulcano se compone de empleados encargados de vigilar la frontera, carabineros, gendarmes, inspectores del fisco y enfermeros del lazareto. Si se suprimen los gendarmes y los inspectores del fisco y se añade una pequeña proporción de agricultores, se tiene la población de Werst, es decir, algunos cientos de habitantes.

Puede decirse que esta aldea está formada por una sola y larga calle, cuyas bruscas pendientes hacen la subida y la bajada muy penosa. Sirve de camino natural entre la frontera valaca y la transilvánica. Por allí pasan los rebaños de bueyes, de carneros y las piaras de cerdos, los carniceros, los vendedores de frutas y granos y algunos pocos viajeros que se aventuran por el desfiladero, en vez de coger los ferrocarriles de Kolosvar y del valle del Maros.

La Naturaleza ha dotado con generosidad la cuenca que se abre entre los montes de Brihar, Retyezatz y Paring. Hay minas de sal en Thorda, con un rendimiento anual de más de veinte mil toneladas; el monte Parajd está únicamente formado de cloruro de sodio; las minas de Torotzko producen plomo, galena, mercurio y, sobre todo, hierro, con yacimientos que están en explotación desde el siglo X; las minas de Vayda Hunyad dan un mineral que, transformado en acero, resulta de una calidad muy buena; hay también minas de hulla fácilmente explotables en el distrito de Hatsezeg, en Livadzel y Petroseny y, en fin, minas de oro en Affenbanya, en Topanfatva, la región de los trabajadores que se dedican a limpiar las arenas auríferas de los ríos, y en donde miríadas de molinos, dispuestos con sencillez, trabajan las arenas del Veres-Patak y exportan cada año por valor de dos millones de francos del preciado metal.

Sería lógico que una región tan favorecida por la Naturaleza aprovechara aquella riqueza en favor de sus habitantes. Pero no era así. Si bien los centros más importantes como Torotzko, Petroseny y Lonyai tienen algunas instalaciones industriales modernas, con edificaciones regulares, depósitos, almacenes y verdaderas poblaciones obreras, con un cierto número de casas con balcones y ventanas, nada de esto hay en la aldea de Werst ni tampoco en Vulcano.

Werst se compone de unas sesenta casas irregularmente edificadas en la única calle, cubiertas con un caprichoso tejado, con fachada hacia el jardín; un granero,

con una ruinoso granja al lado; un establo cubierto de paja; aquí y allá algún pozo de polea, de la que pende una cuerda y dos o tres charcas que se desbordan con las tormentas.

Esta aldea es fresca y tiene, no obstante, algún atractivo: hay flores en puertas y ventanas, tapias con plantas trepadoras, olmos, álamos, hayas y hasta algún que otro abeto que sobresale por alguna tapia. A un lado, las escalonadas estribaciones de la cordillera y allá, en lontananza, las cimas de los montes que se unen con el azul del cielo.

En Werst, como en toda aquella región de Transilvania, no se habla el alemán ni el húngaro, sino el rumano; hasta en las mismas familias tziganes establecidas en el distrito.

Estos extranjeros toman la lengua del país como toman la religión. Los de Werst forman una especie de clan, bajo el mando del *vaidova*, con sus caravanas, sus "barakas" de tejados puntiagudos, sus legiones de niños siendo muy diferentes, por sus costumbres y su regularidad de hábitos, a sus congéneres que andan errantes por Europa. En sus ceremonias observan el rito griego, amoldándose a la religión de los cristianos entre los que viven. La autoridad religiosa de Werst reside en un pope que vive en Vulcano y ejerce sus funciones en ambas aldeas, que están separadas sólo por ochocientos metros.

De Vulcano ha dicho Eliseo Reclús que "es el último lugar de la civilización en el valle del Sil valaco". ¿Qué hay de extraño, pues, en que Werst sea una de las más atrasadas aldeas del distrito de Kolosvar? Pero, veamos, ¿no hay un maestro de escuela? ¿No hay un juez en Werst?

En efecto; pero el *dómine* Hermod sólo puede enseñar lo que sabe, que es más bien poco; apenas leer, escribir y contar. En ciencias, en historia, en geografía y en literatura no conoce otra cosa que los cantos populares y las leyendas del país; su memoria es escasa. Sólo está versado en todo lo que tiene sabor fantástico, de lo que sacan gran provecho los pocos escolares de la aldea.

En lo tocante al juez, mejor será aclarar la razón de tal título del primer magistrado de Werst. El *biró* señor Koltz era un hombrecillo de unos cincuenta y cinco a sesenta años, de origen rumano, de cabello ralo y encanecido, bigote negro y ojos de más dulzura que viveza; de fuerte complexión, como buen montañés. Cubríase con una magnífica gorra de fieltro y sujetaba su panza con un cinturón de historiada hebilla.

Más bien alcalde que juez, por más que sus funciones le obligasen a intervenir en las constantes querellas entre vecinos, primordialmente se ocupaba de administrar la aldea con poder a discreción, y no gratis ciertamente. En efecto: todas las transacciones, compras o ventas estaban gravadas con un

impuesto a su favor, aparte del derecho de peaje que extranjeros, turistas o traficantes debían entregarle.

Este lucrativo cargo proporcionaba al señor Koltz cierta holgura. Si la mayoría de los aldeanos del distrito están roídos por la usura, el *biró* había sabido escapar a su

voracidad. Sus bienes estaban libres de hipotecas. No debía nada a nadie. Más bien podía prestar que tomar a préstamo, y lo hubiera hecho, aunque despellejando a la gente. Poseía muchos prados con buenos pastos para sus rebaños; campos bien cultivados y viñas que halagaban su vanidad al pasearse por entre las hermosas cepas cargadas de racimos, y cuya cosecha vendía siempre con buen beneficio, además de la parte que se reservaba para su consumo particular.

Forzoso es añadir que su casa era la más bella del pueblo. Estaba situada haciendo esquina al terraplén de la calle Mayor. Se trataba de una casa de piedra con fachada al jardín con la puerta entre la tercera y la cuarta ventana. Poseía dos grandes hayas de alta y florida copa. Detrás, un hermoso huerto con plantaciones de legumbres y filas de árboles frutales. En el interior de la casa había bonitas y limpias habitaciones para comer y dormir, con mesas, camas, bancos, escabeles y aparadores llenos de brillante vajilla. De las vigas del techo pendían lámparas adornadas con cintas y telas de colores vivos. En las blancas paredes había retratos, pintados con colores rabiosos, de patriotas rumanos, entre ellos el del popular héroe del siglo XV, el vaivoda Vayda-Hunyad.

En conjunto, parecería una casa demasiado grande para un hombre solo. Pero Koltz, que era viudo desde hacía diez años, tenía una hija, la hermosa Miriota, muy admirada desde Werst a Vulcano, y aún más allá. Al presente era una bella joven de veinte años, rubia, de ojos garzos de dulce mirada, facciones encantadoras y formas esculturales.

Sí; Miriota era una hermosa joven, y rica además, en aquel pueblecito perdido en el fondo de los Cárpatos. ¿Mujer de su casa? Qué duda cabía: dirigía de modo admirable la casa de su padre. ¿Instruida? Bueno... educada en la escuela del maestro Hermod, sabía leer, escribir y contar con corrección; pero nada más y no le hacía falta. Pero, en cuanto a las leyendas del país, sabía la de Leany-Ko, el "peñasco de la Virgen", donde una joven princesa había escapado a la persecución de los bárbaros; la leyenda de la ruta del dragón, en la hondonada de la Cuesta del Rey; la de la Fortaleza de Deva, construida en tiempos de las hadas; La leyenda de Detunata, la herida del rayo, famosa montaña de basalto, semejante a un gigantesco violín pétreo, y cuyo instrumento toca el diablo en las noches de tormenta; la leyenda del Retyezat, con su cumbre arrasada por un sortilegio, y la del desfiladero de Thorda, abierto por una estocada de San Ladislao. Y Miriota tenía entera fe en semejantes fábulas, sin dejar por ello de ser una encantadora joven, a la que era inútil, por otra parte, cortejar. ¿No era acaso ya la prometida de Nicolás Deck?

Este Nicolás Deck, o mejor dicho, Nic Deck era un bizarro tipo rumano. Tenía veinticinco años, una buena estatura, complexión vigorosa la cabeza siempre alta con el pelo negro que lo cubría el *kolpak* blanco. De mirada franca, actitud resuelta bajo su traje de piel de cordero, bordado en las costuras y bien ajustado a sus finas piernas. Era guardabosque de distrito; o sea, tan militar como civil. Como sea que poseía alguna tierra de labor en las cercanías de Werst, el padre de Miriota miraba al joven con simpatía; y como el muchacho era apuesto y amable, tampoco desagradaba a Miriota, por quien él sentía verdadero amor.

Este matrimonio estaba concertado para dentro de quince días a partir del momento en que el pastor vio humo en el castillo. Con este motivo habría fiesta en

la aldea y el señor Koltz haría bien las cosas, porque tampoco era avaro; y aunque le gustase ganar dinero no rehusaba gastarlo si la ocasión lo merecía.

Terminada la ceremonia, Nic Deck elegiría domicilio cerca del *biró* y cuando Miriota lo tuviese a su lado, tal vez se curaría del miedo que ahora sentía al simple ruido de una puerta o al chasquido de un mueble en las largas noches de invierno, pensando a cada momento que iba a aparecer alguno de los fantasmas de sus leyendas favoritas.

Otros dos personajes importantes de Wetst, y no de los menos, eran el maestro, de quien ya conocemos algo, y el médico.

El maestro Hermod era un hombre grueso, que llevaba anteojos, de cincuenta y cinco años de edad, empedernido fumador en pipa de porcelana. No tenía mucho pelo y aun desgredado sobre un cráneo achatado, la cara enjuta, con un hoyuelo en la mejilla izquierda. Su tarea más importante era cortar las plumas de ave de que se servían sus discípulos, con prohibición severa de usar las de acero. Ponía gran cuidado, sobre todo, en que sus alumnos tuviesen buena letra... Esto era lo principal. La instrucción venía a continuación... y ya sabemos todo lo que enseñaba el buen dómine a las futuras generaciones que se sentaban en los bancos de su escuela.

En cuanto al médico Patak... ¿Cómo era que había un médico en Werst, en aquel pueblo en donde solamente se creía en las cosas sobrenaturales? Veamos qué había también en aquel título de médico de Patak.

Este era un hombrecillo de abultado abdomen, grueso, bajo y de cuarenta y cinco años; ejercía la medicina general en Werst y en sus cercanías. Con su imperturbable aplomo y su atronadora locuacidad inspiraba tanta confianza como el pastor Frik, lo que no era poco. Cobraba las consultas y las drogas, inofensivas éstas, que no empeoraban los males de sus clientes, que a buen seguro se hubieran curado solos. La salud es buena en aquella parte de la montaña; el aire que se respira es puro; no se conocen las enfermedades epidérmicas y si la gente se muere es porque nadie puede librarse de esta dura ley ni aun en aquel privilegiado rincón. Y si bien se le llamaba doctor, no tenía instrucción ninguna ni en medicina, ni en farmacia, ni en nada. Era sencillamente un antiguo enfermero del lazareto, cuya tarea consistía en vigilar a los viajeros en la frontera para obtener la patente de sanidad. Esto bastaba, por lo visto, a la sencilla población de Werst. Hay que añadir -sin que esto deba sorprender- que el doctor Patak, como convenía a su profesión, no creía en las supersticiones y menos las que se referían al castillo. Lo tomaba a broma y se reía. Y cuando oía decir que nadie se había aventurado, desde tiempo inmemorial, a acercarse al castillo, decía:

-No habrá quien me desafíe a hacer una visita a este caserón.

Y como nadie le desafiaba, ni pensaba hacerlo, el doctor Patak no llegó a ir.

IV

REUNIÓN EN LA "POSADA DEL REY MATÍAS"

En pocos momentos la noticia dada por el pastor Frik corrió por todo el pueblo. El señor Koltz, llevando el precioso antejo, acababa de entrar en su casa, seguido de Nic Deck y de Miriota; y en el terraplén quedó Frik con un grupo de gente del pueblo, que le apremiaban a preguntas a las que el pastor respondía dándose la importancia del hombre que acaba de ver una cosa extraordinaria.

¡Es imposible imaginar el efecto que produjo aquel extraño fenómeno! A la desconfianza que inspiraba ya el castillo, que todo el mundo creía inhabitado, se unía ahora el espanto, puesto que parecía estar habitado... ¡y por qué seres, Dios mío!

Existía en Werst un lugar de reunión, frecuentado por bebedores y por otros que, sin serlo, gustaban de ir allí para hablar de sus cosas después del trabajo. Dicho lugar era la principal, o mejor dicho, la única posada del pueblo.

¿Quién era el dueño? Un judío llamado Jonás, de unos sesenta años, de atractiva fisonomía, pero de marcado tipo semítico, con ojos negros, nariz ganchuda, labio alargado, cabellos lisos y la tradicional perilla. Obsequioso y amable, prestaba de buen grado pequeñas cantidades a unos y a otros, sin mostrarse demasiado exigente en garantías, ni muy usurario, porque estaba seguro de verse reembolsado al vencimiento del préstamo.

La "Posada del rey Matías", ése era su nombre, estaba situada en uno de los ángulos del terraplén, en la calle Mayor de Werst, y en la esquina opuesta a la casa del *biró*. Era una casa vieja, con varios remiendos pero muy adornada de verde y de atractiva apariencia.

Sólo constaba de planta baja, con una puerta vidriera que daba sobre el terraplén. En el interior, había primero una sala grande, llena de mesas y de taburetes, con un aparador de madera carcomida, donde se apilaban los platos, las jarras y las botellas y un mostrador tras el cual se situaba Jonás, al servicio de la clientela.

Dos ventanas abiertas en la fachada sobre el terraplén y otras dos en la pared del fondo, proporcionaban la luz a la sala. De las dos primeras, no obstante, una estaba velada completamente por una espesa cortina de plantas trepadoras y apenas si dejaba pasar un poco de claridad. Desde la otra se podía tender la mirada sobre todo el valle interior del

Vulcano.

Debajo corrían tumultuosas las aguas del torrente de Nyad, que bajaban por el desfiladero, engrosado en las alturas de la meseta de Orgall.

A la derecha, y contiguos a la sala había media docena de cuartitos que bastaban para alojar a los pocos viajeros que antes de traspasar la frontera deseaban descansar en el "Rey Matías", por un precio módico y con un atento servicio por parte del posadero, siempre provisto de buen tabaco, que iba a buscar a los mejores traficantes de las cercanías.

Jonás, por su parte, ocupaba un estrecho tabuco, cuya ventana daba sobre el terraplén.

En esta posada hubo reunión de los notables de Werst la noche del 25 de mayo. Estaban el señor Koltz, el maestro Hermod, el guardabosque Nic Deck, una docena de los principales de la aldea y el pastor Frik. Faltaba el doctor Patak, que había sido solicitado a toda prisa por uno de sus antiguos clientes, que sólo esperaba su llegada para irse al otro mundo. El doctor, sin embargo, pensaba asistir a la reunión a no tardar mucho.

En tanto que llegaba Patak, se hablaba del grave suceso del día, pero no se hablaba sin comer y beber. Jonás ofrecía a varios de sus parroquianos la crema de maíz llamada *mamaliga*, bien empapada en leche fresca. A otros les ofrecía copitas de licores fuertes, que pasan como agua por los gatzates rumanos: alcohol de schnaps, y más particularmente el *rakiu*, un fuerte aguardiente de ciruela, muy consumido en la región de los Cárpatos.

Eran las ocho y media y desde que había empezado a anochecer los contertulios estaban perorando, sin llegar a ponerse de acuerdo sobre lo que convenía hacer, dadas las circunstancias.

Sólo en un punto estaban de acuerdo y era en que de estar habitado el castillo por desconocidos, sería tan peligroso esto para Werst como un polvorín situado en la entrada de la ciudad.

-Es muy grave -dijo el señor Koltz.

-Teniendo en cuenta que la mala reputación del castillo causaba ya gran pesadumbre en el país... -empezó Jonás. -¡Ahora será peor! -terminó con énfasis el maestro.

-Aquí casi nunca vienen extranjeros -añadió el juez, con un suspiro.

-Y ahora vendrán menos -dijo Jonás, uniendo su suspiro al del juez.

-Muchos conciudadanos piensan marcharse -dijo uno de los bebedores.

-Yo el primero -dijo un aldeano-. Así que venda las viñas, me voy...

Este era pues el tema de conversación de aquellos notables. Al terror que cada uno sentía ante el caso debía añadirse el sentimiento de sus intereses perjudicados. Sin viajeros, ¿qué iba a hacer Jonás con su posada? Y el juez Koltz, ¿de dónde cobrar peaje? Y sin nadie que quisiera comprar las tierras del Vulcano, los propietarios no podrían venderlas ni a bajo precio. Y esta situación, que ya venía de antiguo, amenazaba agravarse.

Efectivamente, si cuando los espíritus del castillo se mantenían a la expectativa, sin ser vistos por nadie, la situación era difícil en el pueblo, ¿qué sería ahora; que manifestaban su presencia con actos ostensibles?

El pastor Frik aventuró con voz insegura:

-Acaso habría que ir a ver...

Todos se miraron, pero bajaron los ojos sin responder. Entonces Jonás, dirigiéndose al señor Koltz, dijo con voz más firme:

-Vuestro pastor acaba de indicar el único medio posible.

-¡Ir al castillo!

-Así es -corroboró el posadero-. Si sale humo por el torreón, es que allí hay fuego; y si hay fuego, es que alguna mano lo ha encendido.

-¡Una garra, diría yo! -murmuró un viejo aldeano.

-Mano o garra -dijo el posadero-, no importa. Lo que hay que saber es lo que esto significa. Desde que el barón de Gortz abandonó el castillo, es la primera vez que sale humo del torreón.

-Podría ser que lo hubiese habido sin que nadie lo advirtiera, puesto que no teníamos antejo

para observar lo que pasaba en el castillo -observó el juez.

La observación era justa. Aquel fenómeno podía haberse producido mucho tiempo antes, sin ser notado ni por el pastor Frik, a pesar de su buena vista.

-Sin embargo, amigos -observó Jonás-, si los seres que están en el castillo son espíritus, no veo por qué han tenido que encender fuego, porque, ¿qué van a guisar?

-¿Y sus sortilegios? -respondió el pastor-. ¿No sabéis que el fuego es esencial para ello?

-Evidentemente -añadió el maestro, en un tono que no admitía réplica.

La opinión más generalizada es que, no seres humanos, sino espíritus habían elegido el castillo de los Cárpatos para teatro de sus operaciones.

Hasta aquel momento, Nic Deck no había tomado parte en la conversación. El guardabosques se limitaba a escuchar lo que unos y otros decían. El viejo castillo le había inspirado siempre tanto curiosidad como respeto. Y como era un hombre valiente, aunque crédulo como buen habitante de Werst, más de una vez había manifestado deseos de franquear aquella antigua muralla.

Pero Miriota le había hecho desistir siempre de tan aventurado proyecto. Si él hubiese sido libre, pudiera haber satisfecho su deseo, pero un novio no es dueño de sí mismo y aventurarse en una hazaña tal sería más bien cosa de un loco que de un enamorado.

Sin embargo, Miriota temía siempre que el guardabosque quisiera poner en ejecución su proyecto, y esta vez estaría sobre ascuas de sospechar las ideas que en aquel momento cruzaban por la cabeza del joven.

Nic Deck guardó silencio y nadie aceptó la proposición del pastor. ¡Ir al castillo de los Cárpatos estando habitado! ¿Quién podría atreverse, a menos de haber perdido el juicio? Así que cada uno iba dando sus mejores razones para inhibirse. El juez no estaba en edad ya para arriesgarse en tamañas aventuras; el maestro tenía su obligación en la escuela; Jonás no podía dejar la posada; Frik no podía abandonar los rebaños y los otros aldeanos, cada uno estaba ocupado en sus faenas agrícolas.

En aquel instante se abrió bruscamente la puerta de la posada, lo que sobresaltó a todos. Era el señor Patak, y difícil hubiera sido tomarle por uno de aquellos espíritus fantásticos de que

hablaba el señor Hermod.

Se había muerto su cliente, lo cual, si no hacía honor a su talento de médico sí lo hacía a su perspicacia.

-¡Aquí está, por fin! -exclamó el señor Koltz, al verle. El señor Patak estrechó las manos de todo el mundo y después exclamó:

-¡Hola, amigos! ¿Estáis hablando de ese castillo del diablo, verdad? Pues yo os digo que si el castillo quiere fumar que fume. El país está desolado. En mis visitas no he oído hablar de otra cosa. Los que han vuelto han encendido fuego allá arriba. Estarán resfriados... Debe de hacer mucho frío en las cámaras del torreón. A no ser que estén cociendo pan para el otro mundo, lo que significaría que los panaderos del Cielo han venido a hacer una hornada.

Y de esta manera continuó chanceándose, con muy poco agrado por parte de las gentes de Werst. No le contestaron. Sólo el juez le preguntó:

-¿De manera, doctor, que no concedéis ninguna importancia a lo que ocurre en el castillo?

-Ninguna, señor Koltz.

-¿No habíais dicho que estabais dispuesto a ir allí si se os desafiaba?

-Sí que lo he dicho -respondió el ex enfermero, sinceramente disgustado de que le recordasen sus palabras-. ¿He de repetirlo?

-No, hay que hacerlo -dijo Hermod.

-¿Hacerlo...? Comprended, amigos... Ciertamente... Esa proposición...

Entonces intervino el posadero:

-Bien: puesto que parecéis vacilar, no os lo vamos a rogar; os desafiamos a que lo hagáis.

-Jonás, vais demasiado lejos -intervino el juez-. No es preciso desafiar a Patak. Sabemos que es hombre de palabra y que cumple lo que dice, aunque no sea más que para prestar un servicio al pueblo y a todo el país.

-¡Cómo! ¿Pero va en serio? ¿Queréis que vaya al castillo? -inquirió el doctor, cuya rubicunda

faz se había puesto pálida.

-No podéis excusaros -respondió terminante Koltz.

-Os suplico, amigos, que razonemos.

-Está todo razonado -cortó Jonás.

-Pero, atended. ¿Qué conseguiré yendo allá? ¿Qué voy a encontrar? Alguna buena gente que se ha refugiado en el castillo, y que no molesta a nadie.

-Bien, pues -replicó el maestro de escuela-; si son buena gente, no tenéis nada que temer y así tendréis ocasión de ofrecerles vuestros servicios.

-Si tuviesen necesidad de ello, me llamarían y yo no vacilaría en ir al castillo; pero yo no visito gratis.

-Se os pagará vuestra molestia a tanto la hora -dijo el juez-. Os pagaremos entre todos, al precio que queráis.

Era obvio que, a despecho de sus fanfarronadas, el doctor era tan supersticioso como cualquier otro de sus paisanos; pero ahora se encontraba muy comprometido ante el servicio que de él se esperaba. Procuró argumentar que su visita no tendría ningún resultado y que el pueblo se cubriría de ridículo al haberle delegado a él para visitar el castillo.

-Me parece -contestó el maestro- que, ya que no creéis en los espíritus, no arriesgáis nada en la visita.

-¡Yo qué he de creer!

-Y si son seres de carne y hueso que se han instalado en el castillo, trabaréis conocimiento con ellos.

El razonamiento del maestro no carecía de lógica y era difícil de rebatir.

-Lo entiendo, Hermod -dijo el doctor-, pero pudiera verme retenido en el castillo... ¿Y si mi ausencia se prolongase y alguien me necesitara en el pueblo?

-Todos estamos a las mil maravillas -respondió Koltz-; no hay un solo enfermo en Werst desde

que vuestro último cliente ha pasado a mejor vida.

-Vamos, Patak; ¿os decidís a ir? -preguntó el posadero.

-Bien... no. ¡Ah, y no es por miedo! Ya sabéis que yo no creo en brujerías. Pero es que me parece absurdo. ¿Que sale humo del torreón? ¿Y qué? ¿Y si no es humo? Decididamente, no voy al castillo.

-Iré yo.

Quien pronunció estas palabras era Nic Deck, el guardabosque, que hasta aquel momento no había tomado parte en la conversación.

-¿Tú, Nic? -exclamó el juez.

-Yo; pero a condición de que Patak venga conmigo. A1 oír esto el doctor se sobresaltó.

-¿Yo? -replicó-. Pero, Nic, si tú sabes que no hay camino para ir al castillo. No podríamos llegar...

-He dicho que voy al castillo y allí iré -aseveró Nic.

-¡Sí, pero yo no lo he dicho! -protestó el doctor, muy agitado.

-¡Sí lo habéis dicho! -rebatió Jonás.

-¡Sí! ¡Sí! -corroboraron todos de modo unánime.

El antiguo enfermero no sabía cómo salirse de aquel apurado trance. ¡Ah, cuánto le pesaba habérselas echado de fanfarrón! Y como no veía modo de excusarse, a menos que afrontase ser objeto de la chacota del pueblo, decidió hacer de tripas corazón.

-Bueno... puesto que lo queréis -dijo-, acompañaré a Nic, por más que lo considero inútil.

-¡Bien, doctor, bien! -aclamaron los parroquianos del "Rey Matías".

¿Y cuándo nos vamos? -preguntó Patak, afectando una indiferencia que quería encubrir su estado de ánimo. -Mañana por la mañana -respondió Nic Deck.

Un prolongado silencio siguió a aquellas palabras. Esto indicaba cuán grande era la emoción de todos los contertulios. Aunque los vasos y las jarras estaban vacías y aunque era tarde, nadie pensaba en marcharse.

De pronto, se oyó en medio del silencio general una voz muy clara que pronunciaba lentamente:

-Nicolás Deck, no vayas mañana al castillo. ¡No vayas, o te ocurrirá una desgracia!

¿Quién se había expresado de aquel modo? ¿De dónde había salido aquella voz desconocida? Diríase que... era la voz de un aparecido, una voz sobrenatural, una voz de ultratumba...

Nadie se atrevía a mirar ni a chistar. El espanto llegó al súmmum.

El más valiente, Nic Deck, quiso averiguar de qué se trataba. Aquellas palabras habían sido pronunciadas en la sala y el guardabosque tuvo el valor de ir hacia el arcón y abrirlo...

Nadie.

Fue a mirar en las habitaciones que daban a la sala.

Nadie.

Abrió la puerta exterior y saliendo a la calle, recorrió el terraplén hasta la esquina...

Nadie.

Poco después, el juez Koltz, Hermod el maestro, el doctor Patak, el pastor Frik y todos los demás se fueron de la posada, dejando solo a Jonás que se apresuró a echar las dos vueltas de llave a la puerta de la calle.

Aquella noche, todos los vecinos de Werst atrancaron fuertemente las puertas...

V

ANTE EL CASTILLO

Al día siguiente Nic Deck y el doctor Patak se disponían a partir a las nueve de la mañana. Era propósito del guardabosque remontar el desfiladero del Vulcano, yendo por el camino más corto hacia el misterioso castillo.

A pesar del incidente del humo en el torreón y de la voz oída en la posada, que tenía enloquecida a toda la población, el guardabosque se aprestaba a salir de Werst y sin que nadie le obligase a ello.

En las casas, aquella noche no se habló de otra cosa que de la misteriosa voz. Allí, en la posada de Jonás, habían estado las personas más notables y todas atestiguaban haber oído las fatídicas palabras. No había duda de que si Nic Deck persistía en su propósito, sufriría una gran desgracia.

El señor Koltz, aunque tenía interés en la empresa, había puesto todos los medios para que Nic desistiese de su proyecto. La misma Miriota, anegada en llanto, había suplicado a su novio que abandonase tan descabellada idea. Antes de la advertencia dada por la voz, ya lo era; más ahora.

Ni los ruegos de sus amigos ni el llanto de Miriota pudieron cambiar el ánimo del guardabosque, lo que no sorprendió a nadie, conociendo el carácter indomable del joven, su tenacidad o, mejor dicho, su terquedad.

Había dicho que iría al castillo y nada ni nadie podría impedirlo. Ni incluso aquella amenaza tan directa que se le había hecho. Sí... iría al castillo, aunque no volviese.

Cuando llegó la hora convenida, Nic Deck abrazó a Miriota, y ella se santiguó con el pulgar, el índice y el dedo medio, según la costumbre rumana, y como homenaje a la Santísima Trinidad.

En cuanto al doctor Patak, al que habían puesto en el trance de tener que acompañar al joven, había dicho todo cuanto cabía decir para excusarse, aduciendo cuantas objeciones era posible oponer. Finalmente se había amparado en aquella misteriosa amenaza...

-Esa amenaza sólo se refiere a mí -se limitó a rebatir Nic Deck.

-¿Y crees tú -le dijo el doctor- que si te ocurriese una desgracia iba yo a salir bien librado?

-No lo sé, pero habéis prometido venir conmigo y vendréis, puesto que yo voy.

La gente de Werst, viendo que era imposible hacer desistir al guardabosque, acabaron por darle la razón: era mejor que Nic Deck no se aventurase solo en aquella expedición. Finalmente, pues, viendo que no podía retroceder, lo que hubiera comprometido su situación en el pueblo, el doctor, con todo el espanto en su alma se resignó, decidido, no obstante, a aprovechar cualquier obstáculo en el camino para obligar a su compañero a regresar.

Nic Deck y el doctor Patak partieron. Fueron acompañados por el señor Koltz, el maestro Hermod, Frik y Jonás hasta el recodo de la carretera, donde hicieron alto.

Allí, el juez, con su antejo, del que ya no se separaba, dirigió la mirada al castillo. Ya no se percibía humo en el torreón. Y en aquella hermosa mañana de primavera hubiese sido fácil verlo, destacándose en el claro azul del cielo.

¿Sería tal vez que los huéspedes del castillo, naturales o sobrenaturales, habían desertado al ver que el guardabosques hacía caso omiso de sus amenazas? Así lo pensaron al fin, lo que era un buen augurio para el éxito de la expedición.

Después de las naturales despedidas, Nic Deck, llevándose consigo al doctor, desapareció en el recodo de la montaña. El joven vestía traje de viaje, con gorra de galón de ancha visera, chaqueta con cinturón, pantalón bombacho, botas herradas, cartuchera y carabina al hombro. De su cinto pendía un cuchillo de caza.

El doctor, por su parte, había creído oportuno armarse con un viejo pistolón de chispa, que de cada cinco tiros fallaba tres. También era portador de un hacha, que su compañero le había proporcionado para el caso probable de tener que abrirse camino por entre los espesos matorrales del Plesa. Se cubría con el ancho sombrero común en los campesinos, bien abrigado con un capote de monte y calzado con botas de recia suela.

Ambos llevaban las alforjas bien provistas de víveres, por si la exploración se prolongaba.

Cuando pasaron el recodo del camino siguieron juntos a prudente distancia, remontando la

orilla derecha del Nyad.

En la época en que el castillo estaba habitado por el conde de Gortz, la comunicación entre Werst, la garganta del Vulcano y el valle del Sil valaco, era una estrecha vereda abierta en aquella dirección; pero obstruida durante veinte años por espesos matorrales, era inútil buscar por allí un camino.

En el punto en que se hallaban, la ribera llena de barrancos y de rocas, era del todo impracticable, y debían cortar oblicuamente hacia la izquierda, en dirección al castillo, tras franquear la zona inferior de los bosques del Plesa, único punto por donde el castillo podía ser abordado.

Cuando iban a dejar el cauce del Nyad, Nic Deck se detuvo para orientarse. Desde aquel lugar no se veía el castillo, ni lo verían hasta no llegar al otro lado de los bosques, por lo que la dirección a seguir sólo podía establecerse por la posición del Sol.

-¿Lo ves? -aventuró el doctor-. No hay un camino, o mejor dicho, no lo habrá.

-Lo habrá -respondió Nic Deck.

-¿De manera que sigues decidido?

El guardabosque respondió con un ademán afirmativo y se internó en la arboleda. En aquel momento el doctor sintió un vehemente impulso de desandar lo andado. Pero Nic le miró tan resueltamente que no creyó oportuno quedarse rezagado.

El doctor Patak aún tenía una última esperanza: que Nic pronto se extraviaría en aquel laberinto de bosques, donde nunca había prestado servicio; pero el doctor no contaba con el instinto profesional de los hombres avezados a vivir en los bosques, que les permite guiarse por los menores indicios, tales como la dirección de las ramas, el desnivel del terreno, el color de las cortezas, los distintos matices de los musgos, según reciban influencia de los vientos del Sur o del Norte. Nic Deck era un experto en su oficio y tenía una sagacidad superior para no perderse, ni aun en los parajes desconocidos para él.

El guardabosque se abría paso con el hacha por aquella espesa maleza, erizada de pinchos como bayonetas, y donde el pie hallaba un terreno muy escabroso, lleno de troncos y raíces con las que se tropezaba cuando no se caía en un hoyo, húmedo y blando, repleto de hojas

muertas que el viento no había podido arrastrar.

En aquella espesura el doctor Patak no las tenía todas consigo. Pero, metido en faena, no se atrevía a volverse solo; así es que se esforzaba por no separarse ni un solo paso de su intransigente compañero.

A veces aparecían entre la espesura del bosque caprichosos claros, por donde se veía el cielo. Bandadas de cigüeñas negras, turbadas en su soledad, volaban de las altas copas y escapaban dando enormes aletazos.

Atravesar aquellos pequeños claros hacía aún más penosa la marcha. Había en ellos derribados árboles tronchados por las tormentas o caídos de viejos. Se veían troncos desmesurados y carcomidos, de los que no podría sacarse ni una astilla ni ser transportados al Sil para acarrearlos. Ante estos obstáculos el quehacer de Nic era agobiante, porque, si bien él era ágil y vigoroso, en cambio el doctor Patak, con sus piernas cortas y su abultado abdomen, sofocado y jadeante, a cada paso rodaba por el suelo, debiendo ser socorrido por su compañero.

-¡Ya verás, Nic, como acabo por romperme la crisma! -refunfuñaba.

-¡Ya os la arreglaréis vos mismo!

-¡Veamos, Nic, sé razonable!... ¡No se puede luchar contra lo imposible!

Pero Nic no le hacía caso, se adelantaba y al doctor no le quedaba otra opción que reunirse con el mozo.

Ahora bien: ¿seguían una conveniente dirección para salir frente al castillo?

Difícilmente podían conjeturarlo. Sin embargo, ya que el terreno iba siempre subiendo, era obvio que habían de llegar al límite del bosque, cosa que hicieron sobre las tres de la tarde.

En aquel punto reapareció entre rocas el torrente Nyad, bien fuese porque se curvase su curso hacia el Noroeste, o bien porque Nic hubiese tomado el Nyad oblicuamente. Esto hizo pensar al guardabosque que el camino seguido había sido el correcto, puesto que el torrente tenía su nacimiento en las entrañas de la meseta de Orgall.

Entonces el joven concedió una hora de detención en la orilla del río, ya que los estómagos

pedían alimento tan imperiosamente como las piernas descanso. Las alforjas estaban bien repletas y el *rakiu* llenaba los frascos que ambos llevaban; por añadidura, el agua límpida y fresca, filtrada por los guijarros del cauce, corría a pocos pasos. ¿Qué más se podía desear?

Desde la salida de Werst el doctor no había tenido ocasión de conversar con Nic, que le precedía siempre. Pero al hallarse sentados sobre el ribazo del Nyad se despachó a sus anchas. Pero si uno era un hablador sempiterno el otro era poco locuaz, por lo que si las preguntas eran prolijas las respuestas fueron breves.

-Hablemos un poco, Nic, con formalidad -empezó el doctor.

-Os escucho -respondió Nic.

Imagino que si hemos hecho alto en este sitio será para tomar fuerzas... antes de volver a Werst.

-No antes de ir al castillo.

-Mira, Nic: hace seis horas que estamos andando y apenas si hemos hecho la mitad del camino.

-Prueba de que hemos de apresurarnos ahora.

-Pero ya será de noche cuando lleguemos al castillo y como no creo que seas tan loco que quieras aventurarte en la oscuridad, tendremos que esperar a que amanezca.

-Esperaremos.

-Pero... estamos ya extenuados y lo que precisamos es una buena mesa en una buena sala y una buena cama en un buen cuarto. Tú, en cambio, ¿piensas pasar la noche al aire libre?

-Si es que no podemos penetrar en el castillo.

-¿Piensas hacerlo?

-Y pasar la noche en las habitaciones del torreón.

-¡En las habitaciones del torreón! -exclamó el doctor, desolado-. ¿Crees que me voy a

conformar y pasar la noche en el interior de ese castillo maldito?

-A menos que prefiráis quedaros solo fuera.

-¡Solo! Eso no es lo acordado. Y si hemos de separarnos, mejor hacerlo aquí mismo para volverme al pueblo.

-Lo acordado, doctor, es que me seguiréis hasta el castillo.

-De día, sí, pero no por la noche.

-Bien, partid si queréis. Pero cuidado de no extraviaros por el bosque.

¡Extraviarse! Esto era lo que más temía el doctor. Abandonado a sí mismo y sin tener costumbre de andar por aquellos laberintos del Plesa, se sentía incapaz de volver solo a Werst. Además, al llegar la noche, corría el riesgo de caer por un despeñadero.

El doctor intentó un último esfuerzo para detener a su compañero.

-Ya comprenderás, mi querido Nic, que no voy a consentir en que nos separemos; y puesto que te obstinas en ir al castillo, no dejaré que vayas solo.

-Creo que es lo mejor que podéis hacer, doctor.

-Pero si cuando lleguemos al castillo es de noche, prométeme que no intentarás entrar en él.

-Lo que puedo prometerle, doctor, es hacer lo imposible para entrar; no voy a retroceder un paso hasta descubrir lo que allí se oculta.

-¡Lo que se oculta allí! -exclamó el doctor, con un escalofrío-. ¿Y qué quieres que se oculte?

-No lo sé, pero quiero saberlo y lo sabré.

-Lo que falta por saber es si podremos llegar a ese castillo del demonio -refunfuñó el doctor, que ya no tenía más argumentos que oponer al joven-. Lo que sí puedo asegurarte es que se hará de noche antes de que hayamos podido ver sus muros.

-Yo no lo creo así -le rebatió Nic-. En lo alto de la cuesta los abetos son menos espesos que

los laberintos de olmos, encinas y hayas que hemos atravesado.

-Pero, en cambio, el terreno será muy tortuoso.

-Mientras sea practicable...

-No te he dicho nada aún de los osos que merodean por las cercanías de la meseta de Orgall.

-Yo tengo mi fusil y vos la pistola para defendernos, doctor.

-Pero si la noche se nos echa encima, podemos perdernos en la oscuridad.

-No, porque tendremos como guía el torrente del Nyard. Bastará con que remontemos su margen derecha para llegar a la cima de la meseta donde tiene su fuente. Creo que dentro de dos horas veremos el castillo si nos ponemos en camino ahora.

-¿Ya, Nic? Apenas si hemos descansado unos minutos.

-Unos minutos que han hecho una media hora larga. Por última vez, ¿estáis presto?

-¿Presto... y me pesan las piernas como si fuesen de plomo? Comprende que no tengo tus piernas de guardabosque, Nic Deck. Tengo los pies hinchados por culpa de estas botas, y es una crueldad que me obligues a seguirte.

-¡Ya me estáis fastidiando, Patak! Por segunda vez, os repito que sois libre de ir... ¡Buen viaje!

Nic se puso de pie.

-¡Por el amor de Dios, Nic! ¡Escúchame!

-¡Escuchar más majaderías!

-Veamos, Nic. Puesto que ya es tarde, ¿por qué no nos quedamos aquí, al abrigo de estos árboles? Podemos continuar mañana y tendríamos toda la mañana para llegar a la meseta.

-Os repito, doctor, que mi intención es pasar la noche en el castillo.

-No lo harás, Nic. Yo lo impediré.

-¡Vos!

-Me agarraré a ti; te arrastraré; te golpearé si es preciso.

El pobre doctor, en su desespero no sabía lo que decía. Nic Deck ni siquiera le respondió y después de haberse terciado el fusil en bandolera se puso a caminar en dirección a la ribera del Nyad.

-¡Espera! ¡Aguarda! -exclamó con voz lastimera el doctor-. ¡Diablo de hombre-..! ¡Un instante...! Tengo las piernas entumecidas. Mis articulaciones están atrofiadas...

Pero el ex enfermero no tuvo más remedio que echar a correr para reunirse al guardabosque, que no hacía intención de volverse.

Eran las cuatro. Los rayos del sol, iluminando la cima del Plesa, proyectaban su oblicua luz sobre las altas ramas de los abetos. Nic Deck hacía bien en apresurarse porque en aquellas espesuras la noche caía de repente.

¡Extraño aspecto en verdad el de estos bosques donde se acumulan las especies arbóreas alpinas! En ellos no se ven árboles nudosos ni retorcidos, sino troncos rectos, altísimos, y desnudos hasta una altura considerable: troncos lisos que extienden a manera de techo sus verdes copas. En su base no hay matorrales ni zarzas; sólo largas raíces saliendo a flor de suelo como serpientes adormecidas por el frío. El piso se ve alfombrado de un musgo amarillento y seco, lleno de ramitas y sembrado de especies de tubérculos que crepitan bajo el pie.

El paso fue difícil por entre aquel bosque durante un cuarto de milla. Hubo que cruzar un talud de cristalinas rocas, cuyas aristas afiladas podían cortar la piel más recia. Para escalar aquellos bloques era necesaria una fuerza de riñones, un vigor de piernas y una seguridad de los miembros que no se encontraban en el doctor. Si Nic Deck hubiese ido solo, no hubiera empleado más de una hora; pero con el aditamento de su compañero empleó tres, bien deteniéndose para que le alcanzara, bien ayudándole a subir sobre alguna roca demasiado alta para las cortas piernas del doctor. Este sentía el temor de quedarse solo en medio de aquellos parajes.

A medida que la pendiente se hacía más penosa, los árboles empezaban a escasear sobre la cima del Plesa y sólo formaban grupos aislados. Entre aquellos grupos se percibía la línea de

las montañas que se perfilaban en lontananza entre los últimos resplandores de la tarde.

El torrente del Nyad en aquel punto no era más que un arroyuelo, lo que indicaba que su nacimiento estaba cerca. A unos centenares de metros por encima de los últimos pliegues del terreno se recortaba la meseta de Orgall, coronada por las construcciones del castillo.

Por fin Nic Deck llegó a la meseta, tras un supremo esfuerzo que dejó al doctor como una masa inerte. El pobre hombre no hubiera tenido fuerzas para arrastrarse dos metros más allá, y cayó abatido como cae la res bajo la maza del matarife.

Nic Deck apenas sentía la fatiga de tan ruda subida. De pie, inmóvil, devoraba con la mirada el castillo de los Cárpatos, al que nunca se había aproximado. Ante sus ojos se aliaba un muro almenado, defendido por un profundo foso, y cuyo único puente levadizo estaba levantado contra la poterna encajada en un marco de piedra. En torno del muro y en toda la meseta, todo estaba tranquilo y silencioso. La penumbra del crepúsculo permitía abarcar el conjunto del castillo que se dibujaba confusamente en las sombras. No se veía a nadie sobre el parapeto, ni sobre la plataforma del torreón, ni sobre la terraza circular del primer piso... Ni un hilo de humo podía observarse en torno a la extravagante veleta, comida por el moho secular...

-Y bien, guardabosque -preguntó el doctor Patak-. ¿convendrás conmigo en que no es posible franquear ese foso, ni bajar el puente levadizo ni abrir la poterna?

El joven no respondió. Estaba pensando que algo habría que hacer. En medio de aquella oscuridad, ¿como podría bajar al fondo del foso y subir por el escarpado muro, para entrar en la fortaleza? Sin duda, lo más prudente era esperar al alba para obrar con luz.

Y muy contrariado, y con gran contento por parte del doctor Patak, tuvo que resignarse.

VI

LUCES ESPECTRALES

El cuarto menguante de la Luna había desaparecido poco después de hacerlo el Sol. Algunas nubes llegadas del Oeste fueron extinguiendo lentamente los últimos resplandores del crepúsculo. El anfiteatro de montañas se llenaba de tinieblas y la silueta del castillo se fue borrando bajo aquel negro crespón.

Si bien la noche prometía ser oscura no había nada que indicase un cambio de ambiente. No se amenazaba ningún huracán, lluvia o tormenta. Podían, pues, Nic Deck y su compañero, acampar tranquilamente al aire libre.

Sobre la árida meseta de Orgall no había ni un árbol. Solamente un poco por doquier unas matas inhospitalarias por la frescura de la noche. Allí todo eran rocas, algunas en tan precario equilibrio que un pequeño impulso bastaría para hacerlas rodar por la pendiente hacia los abetos.

Los dos compañeros trataron de encontrar un sitio donde pasar la noche resguardados del descenso de la temperatura, muy acusado en aquella altura.

-¡Para estar mal, cualquier sitio es bueno! -murmuró el doctor.

-¡Todavía os quejáis! -le reconvino el otro.

-¡Naturalmente! ¡Bonito lugar éste para atrapar un buen catarro o un excelente reuma, que no sabría como curarme!

¡Ah! ¡Cuánto echaba de menos el doctor su cómoda casita de Werst, con su cama bien mullida y blanda!

Era preciso elegir, entre aquellos diseminados bloques, aquel cuya orientación ofreciese el mejor abrigo contra la brisa del Sudoeste, que ya empezaba a dejarse sentir. Eso fue lo que hizo Nic Deck y no tardó mucho en reunírsele el doctor tras un ancho peñasco, plano por encima como una mesa.

Aquella roca era uno de esos bancos de piedra hundidos, que se encuentran también en los caminos. Estos bancos sirven por igual para que el viajero descanse y para que pueda aplacar

su sed con el agua que contiene una especie de jarra colocada en ellos, y renovada cada día por las gentes del campo. Cuando el castillo estaba habitado, aquel campo tenía también su recipiente, que los servidores de la familia cuidaban de que estuviera siempre lleno; pero entonces se hallaba tapizado por un musgo verdoso y tan erosionado por el tiempo que el menor choque lo hubiera reducido a polvo. En un extremo del banco se alzaba un pilar granítico, resto de una antigua cruz.

En su calidad de espíritu fuerte, el doctor Patak no podía en modo alguno admitir que aquella cruz fuese a protegerle contra apariciones fantasmagóricas; pero no obstante, cosa muy frecuente en los incrédulos, si bien el doctor negaba a Dios, no estaba muy lejos de creer en el diablo. Por su mente cruzó la idea de que el *Chort* no debía de andar lejos, si acaso moraba en el castillo, y que ni la cerrada porterna, ni el puente levadizo alzado, ni la muralla, ni el profundo foso le impedirían salir si le venía en gana retorcerles a ambos el cuello.

Además, aunque ya era tarde para remediarlo, le había venido otro pensamiento. Estaban en la noche del martes, un día aciago, en que las gentes del distrito se guardan mucho de salir después de la puesta del Sol. El martes, es bien sabido, es el día de los maleficios. En martes nadie circula por las calles ni por los caminos tan pronto se hace de noche.

Y no solamente el doctor Patak se encontraba fuera de su casa, sino junto a un castillo encantado y a dos o tres millas del pueblo. Y allí tenía que quedarse esperando que clareara el nuevo día, caso de que lo hiciera para él.

Estaba el doctor ensimismado en estas ideas, en tanto que el guardabosque, con toda tranquilidad, sacó de su alforja un pedazo de carne de fiambre, echándose al colete un buen trago de su calabaza.

El doctor pensó que lo mejor que podía hacer era imitar a su compañero y lo hizo. Se zampó un muslo de pato y un trozo de pan, regándolo con *rakiu*. Con esto calmó su hambre, pero no pudo apagar su miedo.

-Ahora a dormir -dijo Nic Deck, después de colocar su alforja al pie del banco.

-¡Dormir...!

-Buenas noches, doctor.

-Buenas noches... Es fácil decirlo; pero me temo que ésta no acabará bien...

Nic Deck, que no estaba de humor para hablar, no respondió. Acostumbrado por su trabajo a dormir en los bosques, se acomodó lo mejor que pudo junto a la piedra y no tardó en dormirse. Y el doctor sólo pudo refunfuñar entre dientes, oyendo el acompasado ronquido de su compañero.

A pesar de su fatiga, no le era posible hacer otra cosa que escudriñar las sombras y escuchar atentamente. Su mente era víctima de esas extravagantes visiones que surgen en la turbación del insomnio.

¿Qué esperaba ver? Todo y nada. Las indecisas formas de los objetos que le rodeaban; los jirones de nubes atravesando el firmamento; la masa, apenas perceptible del castillo...

Le parecía que las rocas de la meseta bailaban una infernal danza... Sí... caerían, rodarían a lo largo del talud, sobre los dos imprudentes; les aplastarían a la puerta de aquella fortaleza a la que no podían acceder porque su entrada les estaba vedada.

El desdichado doctor se levantó escuchando los ruidos que le parecía se propagaban en lo alto; murmullos inquietantes, mezcla de susurro, gemido y suspiro. Oía también los frenéticos aleteos que sobre las rocas daban los murciélagos; los endriagos revoloteando en su nocturno paseo; dos o tres parejas de fúnebres búhos, cuyo graznido resonaba como una queja. Entonces los músculos del doctor se contraían y su cuerpo temblaba, anegado de un sudor frío.

Así transcurrieron las horas hasta la medianoche.

¡La medianoche! ¡La hora más terrible de todas! ¡La hora de las apariciones y los maleficios...!

¿Qué era lo que ocurría? El doctor se levantó preguntándose si estaba despierto o era víctima de una pesadilla. En efecto, allí arriba creyó ver... no, vio realmente dibujarse formas extrañas iluminadas con una luz espectral, atravesando el horizonte, subiendo, bajando, corriendo con las nubes... Se hubiera dicho que eran monstruos, dragones con colas de serpientes, hipogrifos de alas desmesuradas, cuervos gigantes y enormes vampiros que se cernían amenazadores sobre él... Iban a asirle con sus garras o a engullirle con sus mandíbulas. Después le pareció que todo se movía en la llanura: las rocas, los árboles... todo; y con mucha claridad percibió a cortos intervalos, el tañer de una campana.

-¡La campana del castillo! -murmuró en voz alta.

Sí... Era la campana de la antigua capilla; no era la de la iglesia de Vulcano, cuyo sonido el viento hubiera llevado en otra dirección.

Y de repente los tañidos se hicieron más precipitados; diríase que la mano que hacía sonar la campana no tocaba a muerto. No; era un toque rápido, cuyos ecos percutían en la frontera transilvánica.

Al oír aquellas vibraciones al doctor le entró un miedo convulso; una terrible angustia, un espanto irresistible le hizo temblar de pies a cabeza.

El guardabosque despertó con el ruido de la campana.

Nic Deck escuchó atentamente tratando de penetrar con su mirada las espesas tinieblas que cubrían el castillo.

-¡Esa campana! -exclamó el doctor Patak-. ¿La oyes? ¡La toca el *Chort!*

Decididamente, el pobre doctor, medio enloquecido, creía en el diablo.

El guardabosque no le respondió.

De repente, unos rugidos semejantes a los que producen las sirenas de los barcos se desencadenaron en ondas tumultuosas.

Después, una claridad intensa salió del torreón central, lanzando resplandores de penetrante viveza y destellos cegadores.

¿Qué foco producía aquella poderosa llama, cuyas irradiaciones se extendían por la superficie de la meseta? ¿De qué horno se escapaba aquel manantial de luz lívida que parecía abrasar las rocas blanqueándolas de forma extraña?

-¡Nic! ¡Nic! -gritó el doctor-. ¡Mírame! ¿No soy, igual que tú, un cadáver?

Efectivamente, el aspecto de ambos era cadavérico; la cara pálida, los ojos marchitos, las órbitas agrandadas, las mejillas verdosas, los cabellos semejantes a esos musgos que crecen, según la leyenda, en los cráneos de los ahorcados.

Nic Deck estaba paralizado de estupor por lo que veía y oía. El doctor Patak, por su parte, estaba en el último grado del terror, con los músculos contraídos, el pelo erizado, las pupilas dilatadas y el cuerpo preso de espasmos tetánicos incontrolables.

Un minuto, sólo un minuto duró aquel espantoso fenómeno. Después, la extraña llama se apagó gradualmente, los atronadores mugidos se extinguieron y la meseta de Orgall volvió al silencio y a la oscuridad.

Ni el doctor ni el guardabosque pensaron en volver a dormir; el doctor, medio muerto de miedo; el guardabosque, de pie contra el banco de piedra, esperando la llegada del nuevo día.

¿Qué pensamientos agitaban la mente de Nic Deck ante aquellos hechos evidentemente sobrenaturales? ¿Persistiría en su arriesgada aventura? Bien es verdad que él había dicho que entraría en el castillo y subiría al torreón. Pero, ¿no era suficiente con haber llegado a su infranqueable muralla y haber despertado la cólera de los genios y provocado aquel caos de los elementos? ¿Se le reprocharía no haber mantenido su promesa si volvía al pueblo sin haberse aventurado en el diabólico castillo?

La noche acabó al fin. Una línea rosada se dibujó sobre lo ancho del Paring hacia el Este y al otro lado del valle de los dos Sil. Unas brumas matutinas se esparcieron por el cenit.

Nic Deck se volvió hacia el castillo, viendo cómo sus formas se destacaban poco a poco contra el cielo. Vio el torreón emergiendo de las altas brumas que descendían hacia la garganta del Vulcano; vio la capilla, las galerías, la muralla, todo elevándose sobre los últimos vapores nocturnos; después, sobre el baluarte anguloso, recostarse el haya, las hojas de la cual se agitaban con la brisa de levante.

No había cambiado en nada el aspecto del castillo. La campana estaba tan inmóvil como la vieja veleta.

Tampoco salía humo del torreón, cuyas ventanas enrejadas permanecían herméticamente cerradas.

Nic Deck miró hacia la entrada principal. El puente levadizo, levantado contra el muro, cerraba la poterna entre las dos pilastras de piedra en las que se veían esculpidos los escudos de armas de los barones de Gortz.

El guardabosque continuaba decidido a llevar a cabo la expedición. Su resolución no se había

enfriado con los sucesos de la noche. Ni la misteriosa voz que le había amenazado en el "Rey Matías", ni los inexplicables fenómenos de luz y sonido de que acababan de ser testigos él y Patak, le impedirían su intento. Le bastaría una hora para recorrer las galerías, visitar el torreón, y una vez cumplida su promesa, regresaría a Werst donde podría llegar por la mañana.

En cuanto al doctor Patak, no era más que una masa inerte, sin fuerzas para resistir. Iría adonde se le llevara, y si caía, ya vería si se levantaba.

Aunque, como ya era de día, el doctor hubiera podido regresar a Werst sin contratiempos, no intentó marcharse; y es que el doctor ya no tenía conciencia de la situación; era un cuerpo sin alma. Así que cuando el guardabosque le arrastró hacia el foso del castillo, se dejó llevar.

Pero, ¿les sería posible entrar en el castillo por otra parte que no fuese la poterna? Esto era lo que Nic quería averiguar.

La muralla no mostraba ninguna brecha ni hueco por el que penetrar en el interior. Era muy sorprendente que murallas tan antiguas estuviesen en aquel perfecto estado de conservación, lo que tal vez era atribuible a su espesor.

Izarse hasta las almenas que coronaban las murallas, parecía imposible, puesto que se alzaban a más de doce metros del fondo del foso.

Parecía, pues, que Nic iba a encontrarse con obstáculos infranqueables.

Afortunadamente, o acaso desgraciadamente para él, había debajo de la poterna una especie de tronera, más bien un hueco, por el que antaño había asomado la boca de una culebrina. Sirviéndose de una de las cadenas del puente levadizo no le sería muy difícil a un hombre ágil y fuerte subir hasta aquella hendidura cuya anchura era suficiente para poder pasar, y a menos que en la parte interior hubiese una reja, Nic Deck llegaría a pasar al interior del castillo.

Viendo el guardabosque que no había otro medio más fácil, seguido del semi inconsciente doctor, bajó por la parte interna de la contraescarpa. Llegaron al fondo del foso, sembrado de piedras y plantas salvajes. No les era posible saber si debajo de aquellas húmedas hierbas bullían miles de bestezuelas venenosas.

En el medio del foso corría, paralelo a la muralla, el cauce de la antigua cuneta, ahora casi

seca, que podía franquearse fácilmente de un salto.

Pasada la cuneta, Nic siguió unos pasos a lo largo de la muralla hasta detenerse bajo la poterna, en el lugar donde pendía la cadena del puente levadizo. Ayudándose con los pies y las manos no le sería muy difícil llegar hasta el saliente de la piedra, junto a la entrada.

Obviamente, Nic Deck no pretendía que el doctor le acompañase en aquella escalada. Un hombre en su estado no podría hacerlo. Se limitó a sacudirle vigorosamente para darle a entender que se quedase quieto en el fondo del foso.

Entonces se asió a la cadena y gateó por ella, sin que el ejercicio significase más que un juego para sus músculos de montañés.

Pero tan pronto el doctor se vio solo, comprendió su situación. Al verse solo, exclamó con voz ahogada por la emoción:

-¡Espera, Nic, espera!

El joven no le hizo caso.

-¡Vuelve, o me voy! -gritó el doctor, levantándose y dando unos pasos.

Pero, ¡oh, prodigio! El doctor no pudo moverse; sus pies permanecieron quietos, como si estuvieran sujetos por los resortes de un cepo. No podía levantar los pies. Estaban adheridos al suelo por los talones y por las plantas. El pobre hombre estaba allí, inmóvil, pegado al suelo y sin fuerzas para gritar, extendiendo desesperadamente los brazos. Parecía como si quisiera arrancarse al abrazo de alguna tarasca escondida en las entrañas de la tierra.

Entretanto, Nic había llegado a lo alto y acababa de poner una mano sobre una de las bisagras de hierro donde encajaba el puente levadizo, cuando lanzó un grito de dolor... Cayó hacia atrás como herido por un rayo, se deslizó a lo largo de la cadena donde se había agarrado por instinto, y rodó al fondo del foso.

"¡Bien decía la voz que no viniera!", pensó.

VII

TRISTE REGRESO A WERST

¡Cuánta era la ansiedad de todo el pueblo de Werst desde que el joven guardabosque y el doctor Patak habían partido hacia el castillo!

El señor Koltz, el posadero Jonás, el maestro Hermod y algunos otros, no abandonaban su puesto sobre el terraplén. Todos se obstinaban en observar el lejano castillo, y todos miraban si reaparecía alguna sombra por encima del torreón. No se veía humo, lo que fue comprobado con el antejo, invariablemente enfocado en aquella dirección.

A las doce y media, cuando Frik volvió de apacentar el rebaño, se le interrogó con avidez. ¿Había algo nuevo? ¿Algo extraordinario, sobrenatural? Frik respondió que acababa de recorrer parte del valle del Sil valaco sin haber visto nada sospechoso.

Después de comer, hacia las dos, regresaron a su puesto de observación. Nadie pensaba en quedarse en casa y, sobre todo, nadie pensaba poner los pies en el "Rey Matías" donde se había oído aquella voz de advertencia.

El digno posadero temía que su posada fuese puesta en cuarentena, lo que le preocupaba bastante. ¿Se vería en la necesidad de cerrar el establecimiento y beberse él solo lo que contenía por falta de parroquianos? Por lo tanto, intentando mantener la confianza en la población, había procedido a un minucioso registro de las habitaciones, inspeccionando las camas, los baúles y el aparador, y explorando minuciosamente los rincones de la sala, de la cueva y del granero, desde donde algún malintencionado hubiera podido realizar aquella superchería. No encontró nada sospechoso. Nada tampoco por la parte de la fachada que miraba al Norte y al Oeste. Las ventanas, por otra parte, eran muy altas para que alguien hubiese podido subir hasta ellas.

Pero esto no importaba. El miedo es irrazonable, y pasaría mucho tiempo, a buen seguro, antes de que los habituales parroquianos de Jonás devolvieran su confianza a la posada y a su rakiu.

La inquietud por los expedicionarios, mientras tanto, crecía y si fue viva durante el día, colmó la medida cuando las campanas de Vulcano dieron las ocho. ¿Qué les había ocurrido a Nic Deck y al doctor, que no volvían después de todo un día de ausencia? Nadie pensaba en regresar a su casa antes de que ellos estuviesen de vuelta.

El señor Koltz y su hija habían ido al extremo de la calle, al sitio donde el pastor había sido puesto de centinela. Muchas veces creyeron ver unas sombras dibujarse a lo lejos por entre los árboles. ¡Falsa ilusión! La garganta de la sierra aparecía desierta, como de costumbre, pues era raro que las gentes de la frontera quisieran aventurarse por allí durante la noche. Era martes, además, y en este día los transilvanos no andan por gusto por el campo después de la puesta del Sol. Era preciso que Nic se hubiese vuelto loco para haber escogido semejante día para efectuar una visita al castillo. Lo cierto es que ni el guardabosque ni nadie en el

pueblo habían caído en ello.

Pero Miriota sí lo pensaba. ¡Qué espantosas imágenes acudían a su mente! Había seguido a su novio con la imaginación a través de aquellos espesos bosques del Plesa, mientras subía hacia la meseta de Orgall.

Y ahora, llegada la noche, le parecía verlo en la muralla, intentando escapar de los espíritus que habitaban el castillo de los Cárpatos. Seguramente estaba preso en el fondo de algún subterráneo... tal vez muerto. ¡Qué no hubiera dado la pobre muchacha por correr tras las huellas de Nic Deck! Mas, como esto no era posible, hubiera al menos querido permanecer toda la noche de vigilancia, pero su padre la obligó a volver a su casa, después de dejar en observación al pastor.

Una vez en su alcoba; Miriota derramó abundantes lágrimas. Amaba con todo su corazón a Nic Deck. Se conocían desde la infancia y ambos se amaban desde que tuvieron edad para amarse.

¡Ah! ¿Por qué tenía Nic un carácter tan resuelto, tan tenaz, tan empeñado en cumplir una promesa tan temeraria? El la amaba, lo sabía, pero, no obstante, no había tenido bastante fuerza su amor para impedirle ir a aquel maldito castillo.

Al clarear el día siguiente toda la población de Werst estaba de pie. Desde el terraplén hasta el recodo de la garganta, unos iban y otros venían por el camino; aquellos, para inquirir noticias; éstos, para darlas. Se decía que el pastor Frik se había adelantado como a un cuarto de milla del pueblo, motivado por alguna cosa.

Aguardándole, pues, pero a fin de comunicarse cuanto antes con él, el señor Koltz, Miriota y Jonás fueron al principio del pueblo. Media hora después pudieron ver al pastor a unos centenares de pasos y en lo alto del camino. No parecía muy apurado, lo que resultaba de mal augurio.

-Bien, Frik, ¿qué has visto? ¿Sabes algo? -le preguntó el señor Koltz cuando el pastor llegó a su lado.

-Nada sé ni nada he visto -respondió Frik-. A1 amanecer vi, a una media milla de aquí, a dos hombres que creí eran Nic y el doctor...; pero me equivoqué.

-¿Sabes quiénes eran esos dos hombres? -preguntó Jonás.

-Eran dos viajeros que acababan de atravesar la frontera valaca.

-Y atravesando la garganta del Vulcano, ¿no han visto nada del lado del castillo?

-No, porque se encontraban todavía al otro lado de la frontera -respondió Frik.

-¿De modo que no traes ninguna noticia de Nic Deck?

-Ninguna.

-¡Dios mío! -se lamentó apenada la pobre Miriota.

En resumen: estas preguntas y respuestas entre el pastor y su amo no aclararon la situación; y como el guardabosque y el doctor no habían aparecido aún a las ocho de la mañana, ¿podía creerse que no volverían jamás...? Nadie se aproximaba impunemente al castillo de los Cárpatos.

Deshecha por las emociones de aquella noche de insomnio, Miriota apenas podía sostenerse. Casi no tenía fuerzas para andar. Su padre la llevó a su casa. Allí se redoblaron las lágrimas. Llamaba a Nic con voz doliente. Quería ir en su busca. Pedía amparo y se temió que cayese enferma.

Entretanto, era necesario tomar una resolución; debía irse en socorro del guardabosque y del doctor, sin perder un instante más. Poco importaba que se hubiesen de correr peligros o verse expuestos a la venganza de los seres humanos o sobrenaturales que ocupaban el castillo. Lo primordial era saber qué les había ocurrido a Nic Deck y al doctor. Era un deber imperioso, tanto para sus amigos como para cualquier habitante de la aldea. Una vez decidido esto después de no pocas discusiones y consultas, los valientes no pasaron de tres: el señor Koltz, Frik y el posadero Jonás. El maestro Hermod se sintió de repente indispuerto con dolor gotoso en un pie y tuvo que dar la clase tumbado sobre dos sillas.

Eran las nueve de la mañana cuando el señor Koltz y sus compañeros, prudentemente bien armados, tomaron el camino de la montaña. Lo hicieron por el mismo camino por el que Nic se había internado pensando, con razón, que si el guardabosque y el doctor estaban de regreso, irían sin duda por allí. Debían seguir sus huellas, lo que no les sería demasiado difícil, como comprobaron al franquear la orilla.

Si antes de partir aquellos tres hombres al encuentro de Nic y Patak parecía muy meritoria su empresa, pronto empezó en la aldea a verse aquello como una imprudencia innumerable. ¿Una catástrofe sobre otra? Porque nadie dudaba de que el doctor y el guardabosque habían sido víctimas de su mismo arrojo. ¿Y de qué iba a servir que el señor Koltz, Frik y Jonás se expusieran a lo mismo? Ahora Miriota no sólo lloraría a su novio sino también a su padre, y nunca podrían los amigos del pastor y del posadero perdonarse la pérdida de entrambos.

La desolación era general en Werst y no había señales de que terminase pronto. Incluso admitiendo de que no les ocurriese ninguna desgracia, no se contaba con el regreso del señor Koltz y de sus compañeros antes de la noche.

Pero, ¡cuál no sería la sorpresa de todos cuando hacia las dos de la tarde fueron vistos a lo lejos, en el camino!

Miriota, avisada a toda prisa, corrió a su encuentro, apresuradamente. No venían tres, sino cuatro, y el cuarto se parecía al doctor.

-¡Nic! ¡Mi Nic! ¡No viene! -exclamó la joven.

Nic sí venía, pero tendido sobre unas angorillas de ramas que penosamente

conducían Jonás y el pastor.

Se precipitó la joven sobre su novio, se inclinó sobre él y lo abrazó estrechamente.

-¡Muerto! ¡Está muerto! -exclamó.

-No, no está muerto -respondió el doctor Patak-; pero debería estarlo y yo con él.

El guardabosque estaba sin conocimiento, con los miembros rígidos, la cara pálida, la respiración débil. Y si el doctor no estaba tan lívido como su compañero se debía a que la marcha le había devuelto su habitual tinte de ladrillo.

La voz de Miriota, tan desgarradora, tan tierna, no fue suficiente para sacar a Nic de su letargo. Cuando lo llevaron a la aldea y lo depositaron en el cuarto del señor Koltz, todavía no había vuelto en sí. Algunos instantes después sus ojos fueron abriéndose lentamente, y al ver a la joven inclinada a su cabecera dibujó una sonrisa. Trató de incorporarse, pero no pudo. Una parte de su cuerpo estaba paralizada, como atacada de hemiplejía. Pero, queriendo tranquilizar a Miriota, le dijo con voz muy débil:

-Esto no es nada... nada. Un poco de fatiga... La emoción... Con tus cuidados, esto pasará pronto, Miriota...

Pero el enfermo necesitaba reposo; en vista de lo cual el señor Koltz salió del cuarto, dejando a Miriota junto al guardabosque, quien no tardó en adormecerse.

Entretanto, el posadero Jonás contaba a un numeroso auditorio lo que había ocurrido. Después de encontrar en el bosque el sendero que Nic Deck y el doctor habían abierto, los tres tomaron la dirección del castillo. Dos horas anduvieron por las pendientes del Plesa y como a una media milla de la salida del bosque vieron a dos hombres: el doctor Patak y el guardabosque. El primero no podía andar; el otro acababa de caer al pie de un árbol, sin fuerzas.

Correr hacia el doctor, preguntarle, por más que éste estaba tan confuso que no podía responder; fabricar con unas ramas unas angorillas, colocar en ellas a Nic Deck y reanimar algo a Patak, todo fue hecho muy deprisa. Seguidamente, el señor Koltz y el pastor, que se relevaban en la conducción de la parihuela, tomaron el camino de Werst.

Por lo que hacía a saber por qué Nic Deck se encontraba en aquel estado, y si había entrado o no en el castillo, eran cosas que el posadero ignoraba, así como el señor Koltz y el pastor Frik, ya que el doctor no estaba en condiciones de poder aclararlo.

Pero era preciso que Patak pusiese en orden sus ideas y hablase. ¡Qué diablo! En la aldea, rodeado de sus amigos, estaba a salvo. No había que temer ya nada de los seres del castillo.

-Vamos, tranquilizaos, doctor -le dijo el señor Koltz-. Ordenad vuestros recuerdos.

Un buen vaso de rakiu reanimó al doctor, que con entrecortadas frases se expresó en estos términos:

-Nos fue preciso emplear casi todo un día para atravesar los malditos bosques, y ya de anochecido vimos el castillo. Aún tiemblo... Toda mi vida temblaré. Nic quería entrar, quería pasar la noche en el torreón. No lo consentí y Nic se resignó a acampar en la meseta. ¡Qué noche, amigos, qué noche! ¿Cómo descansar cuando los espíritus no os permiten dormir ni una hora? De repente, miles de monstruos de fuego aparecieron entre las nubes, verdaderos monstruos, sí, que se precipitaban sobre nosotros para devorarnos...

Todas las miradas se dirigieron a lo alto para ver si por el cielo cruzaba algún espectro.

-Poco después -continuó el doctor-, la campana de la capilla se puso a sonar.

Todos los oídos se tendieron y más de uno creyó percibir el tañido de la campana del castillo. ¡Tanto les impresionaba aquel relato!

-De pronto, unos espantosos rugidos atronaron el espacio. Eran como aullidos de fieras... Después, una llamarada infernal iluminó toda la planicie hasta el bosque de abetos. ¡Qué espantosa visión! Nic Deck y yo parecíamos dos cadáveres, temblando bajo aquellas luces violáceas.

El doctor Patak tomó aliento, pues de lo contrario no hubiera podido continuar su relato, y después de un segundo vaso de rakiu, que pareció devolverle parte de la razón que le habían hecho perder los espíritus, prosiguió:

-Por fin amaneció. Yo le había suplicado a Nic que abandonase su proyecto; pero ya le conocéis y sabéis que nada se consigue con un testarudo como él. Bajó al foso... yo le seguí como pude... Nic se cogió a una cadena del puente levadizo y subió por ella hasta lo más alto del muro... Todavía intenté hacerle desistir pero se negó. Entonces sentí pánico y quise huir... Sí, lo confieso, quise huir. Cualquiera de vosotros, en mi caso, ¿no hubiera hecho lo mismo? Pero fue en vano que tratase de moverme... Mis pies estaban clavados en el suelo, adheridos, como si hubiesen echado allí raíces... ¿Cómo arrancarlos? Os aseguro que me era imposible... ¡Inútil!

Y el doctor imitaba los movimientos de un zorro atrapado en un cepo.

Retomando la palabra, añadió:

-En aquel momento, oí un grito... ¡pero, qué grito! Lo había lanzado Nic Deck. Sus manos, asidas a la cadena, se soltaron de pronto y cayó al fondo del foso como herido por un rayo.

El doctor había contado los hechos tal como sucedieron. No había añadido nada, pese a la turbación de sus ideas. Por lo que respecta a lo que ocurrió después de la caída de Nic Deck, recordaba haberse sentido imposibilitado de acudir en su ayuda, porque sus botas permanecían clavadas en el suelo, y sus pies, hinchados, no podían desprenderse de ellas. Pero de repente cesó la invisible fuerza que le

retenía y ya libre se precipitó hacia su compañero y... ¡con gran acopio de valor! sumergió su pañuelo en el agua que corría por el fondo del foso y humedeció la cara de Nic Deck. Recobró el joven el conocimiento pero su brazo izquierdo y una parte de su cuerpo quedaron paralizados con la horrible sacudida que había experimentado.

Ayudado por el doctor consiguió levantarse y, remontando el camino de la contraescarpa llegaron a la meseta, poniéndose en camino hacia la aldea.

Después de una hora de marcha, eran tan violentos los dolores que Nic sentía en el brazo y el costado, que le obligaron a detenerse, y precisamente en el instante en que el doctor se proponía ir solo a Werst en busca de auxilio, se encontraron al señor Koltz, Jonás y Frik, que habían llegado tan a punto.

Respecto a decir si la lesión del joven era grave, el doctor Patak evitó dar una opinión concreta, aunque mostrase habitualmente una extraña seguridad cuando se trataba de un caso médico. Se limitó a responder, en tono dogmático:

-Cuando se trata de una enfermedad natural es una cosa distinta a cuando se trata de una enfermedad sobrenatural, enviada por el Chort. En este caso sólo el Chort puede curarla.

A falta de diagnóstico, aquel pronóstico no era muy tranquilizador para Nic Deck. Pero afortunadamente, aquellas palabras no eran una sentencia. ¡Cuántos médicos superiores al doctor Patak se han engañado y continúan engañándose!

El joven guardabosque era un mozo fuerte y, dada su vigorosa constitución, podían concebirse fundadas esperanzas, aun sin intervención del diablo, y a condición de no seguir estrictamente las prescripciones del antiguo enfermero del lazareto.

VIII

EL CONDE FRANZ DE TELEK

Ya no había duda. No habían sido vanas palabras las amenazas lanzadas por la "sombra", y que se oyeron en la sala del "Rey Matías". La temeridad de Nic había recibido el anunciado castigo. ¿Acaso no era esto un aviso para todos los que quisieran imitar su ejemplo? ¿Qué había que extraer cómo consecuencia? Pues un formal veto a penetrar en el castillo de los Cárpatos. Quien lo intentase arriesgaría la vida. Era dable comprender que si el guardabosque hubiese franqueado la muralla, no estaría ahora vivo, aunque maltrecho.

De aquí que el terror imperase más que nunca en Werst, en Vulcano y en todo el valle de los dos Sil.

Durante la primera semana de junio nadie se aventuró a salir de la aldea, ni aun para dedicarse a las faenas agrícolas. ¿Acaso un golpe de azadón no podía provocar el enfado de algún fantasma escondido en las entrañas del suelo? Donde se sembraran granos de trigo, ¿no saldrían espigas de demonio?

Incluso Frik se guardaba muy bien de llevar los rebaños a los prados del Sil.

La aldea estaba aterrorizada: nadie trabajaba en los campos; nadie salía de su casa. El señor Koltz no sabía qué hacer para que sus administrados recobrasen una confianza que le iba haciendo falta. Decididamente, debería ir a Kolosvar a reclamar la intervención de las autoridades.

Pero, a todo esto, ¿había seguido saliendo humo del torreón? Sí... Muchas veces se pudo ver a través del antejojo, arrastrándose por la meseta de Orgall. Y al llegar la noche, ¿tomaban las nubes un tinte rojizo, semejante al resplandor de un incendio? Sí... Parecía que inflamadas volutas revoloteaban sobre el castillo.

Y los bramidos que habían aterrado al doctor Patak, ¿se propagaban al través de los bosques del Plesa? Sí... o por lo menos, a pesar de la distancia, los vientos del Sudoeste llevaban terribles gruñidos, cuyos ecos repercutían en la montaña.

Obvio es decir que la posada del "Rey Matías" continuaba sin clientes; más abandonada que lazareto en tiempo de epidemia. Nadie hubiese tenido el valor de franquear la puerta, y Jonás se preguntaba si no se vería obligado a dejar el negocio, cuando la llegada de dos viajeros alteró aquel estado de cosas.

En la noche del 9 de junio y a eso de las ocho, golpeteó el picaporte de la puerta la que no pudo abrirse pues el cerrojo estaba echado por dentro. Jonás, que ya había subido a su cuartucho, se apresuró a bajar; a la esperanza de encontrarse ante un huésped, se unía el temor de que se tratase de algún aparecido, al cual no se le podría rehusar cena y cama.

Jonás, pues, preguntó desde dentro, sin abrir La puerta:

-¿Quién va?

-Dos viajeros.

-¿Vivos?

-Mucho, señor posadero; pero que no tardarán en morir de hambre si no abris la puerta.

Jonás se decidió a descerrar el cerrojo y dos hombres entraron en la posada.

Apenas dentro, su primer cuidado fue pedir una habitación para cada uno, pues tenían intención de pasar un día en Werst.

A la claridad de una lámpara Jonás examinó a los recién llegados con mucha atención, adquiriendo la certidumbre de que eran dos seres humanos, con los que podía hacer negocio. ¡Qué fortuna para el "Rey Matías"!

El más joven de los dos viajeros tendría unos treinta y dos años. Era alto, de cara noble y bella; ojos negros, cabellos color castaño y barba negra, cuidadosamente recortada. Su aspecto era un poco triste, pero altivo; tenía aspecto de hidalgo, y un posadero tan perspicaz como Jonás no podía engañarse. Además, cuando le preguntó con qué nombre debía inscribirles, el joven respondió:

-El conde Franz de Télek y su asistente Rotzko.

-¿De qué país?

-De Kraiowa.

Kraiowa es una de las principales villas del Estado de Rumania, que confina con Transilvania en el sur de la cordillera de los Cárpatos.

En cuanto a Rotzko, era un hombre de unos cuarenta años, alto, robusto, de espesos bigotes y cabellera recia. Tenía todo el aspecto de un militar.

Estos dos viajeros eran precisamente los mismos que el pastor Frik había encontrado hacía diez días en el camino de la garganta del Vulcano, y que entonces se dirigían hacia el Retyezat. Después de haber visitado la comarca hasta los límites del Maros, después de haber ascendido a lo alto de la montaña, venían a reposar un poco en el pueblo de Werst antes de penetrar en el valle de los dos Sil.

-¿A qué distancia estamos de Kolosvar? -preguntó entonces el conde.

-A unas cincuenta millas, siguiendo el camino que pasa por Petroseny y Karlsburg - respondió Jonás, solícito. -¿Podemos cenar? -inquirió Franz de Télek.

-Una media hora de paciencia y tendré el honor de ofrecer al señor conde una cena

digna de él.

-Pan, vino, huevos y algo de carne nos bastan para esta noche.

-Os serviré prontamente.

Y Jonás se iba a la cocina cuando el conde le preguntó:

-Parece que no tenéis mucha gente en la posada.

-En efecto. En este momento no hay nadie, señor conde.

Jamás hubiera dicho la causa de no tener un solo parroquiano en la posada.

-¿Cuántos habitantes hay en este pueblo?

-Aproximadamente, cuatrocientos, señor conde.

-Pues no hemos encontrado un alma al bajar por la calle principal.

-Es que... hoy estamos a sábado, víspera de domingo.

Afortunadamente para Jonás, que no sabía qué responder, Franz de Télek no insistió en aquel tema. Por nada del mundo el posadero se hubiera decidido a presentar la cuestión tal como estaba.

Poco después, la sencilla cena que el conde había pedido estaba servida sobre un mantel muy blanco. Se sentó Franz de Télek y Rotzko enfrente de él, según costumbre cuando viajaban. Ambos dieron cuenta de la cena con buen apetito y acabada ésta se retiraron a sus habitaciones.

Jonás dio las buenas noches a sus huéspedes y antes de subir él a su habitación recorrió el salón con la mirada, prestando oído al menor ruido, murmurando para sí:

"¡Con tal de que esa abominable voz no los despierte!"

La noche pasó tranquila.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana ya corría por el pueblo la noticia de que dos viajeros habían pernoctado en el "Rey Matías", y muchos fueron los habitantes que fueron a apostarse delante de la posada.

Muy fatigados por la excursión de la víspera, Franz de Télek y Rotzko se levantaron a las ocho. De aquí la gran impaciencia de los curiosos, ninguno de los cuales tenía el valor suficiente para entrar en la posada antes de que los viajeros hubiesen salido de sus habitaciones.

Por fin se les pudo ver yendo y viniendo por la posada. Después se sentaron a una

mesa para tomar el desayuno, lo que era bastante tranquilizador.

Por otra parte, Jonás, de pie en el umbral de la puerta, sonreía con aire afectuoso, invitando a sus antiguos parroquianos a que le volviesen la confianza.

Fue el señor Koltz, pensando que él debía ser el primero en dar ejemplo, quien por fin se decidió a dar el primer paso.

A eso de las nueve entró en el salón, algo perplejo. Pronto fue seguido por el maestro Hermod, por tres o cuatro transilvanos y por el pastor Frik. En cuanto al doctor Patak, fue inútil cuantos esfuerzos se hicieron para que les acompañase.

-¡Poner los pies en la posada...! ¡Aunque me pagase diez florines por la visita!

En honor a la verdad, hay que convenir en que si el señor Koltz habíase decidido a entrar de nuevo en el "Rey Matías", no era sólo por satisfacer un sentimiento de curiosidad, ni por el deseo de ponerse en contacto con los viajeros. ¡No! El interés entraba mucho en aquella determinación.

Y es que, en su calidad de viajero, el conde estaba obligado a pagar el pasaje por él y por su criado, y como es sabido, estas contribuciones iban directamente al bolsillo del primer magistrado de Werst.

El biró formuló la reclamación en términos muy correctos y Franz de Télek, aunque sorprendido por la petición, se apresuró a pagar. Después rogó al señor Koltz y también al maestro que se sentaran un momento a su mesa. Estos aceptaron, no pudiendo rehusar un ofrecimiento tan cortésmente formulado.

Jonás se apresuró a servir licores, los mejores de su cueva. Algunos vecinos de Werst pidieron entonces una ronda por su cuenta. Había, pues, motivo para suponer que la antigua clientela, dispersa unos días, no tardaría en llenar la sala del "Rey Matías".

Una vez pagada la contribución, Franz de Télek mostró deseos de saber si aquellos derechos producían mucho.

-No tanto como quisiéramos, señor conde -respondió el señor Koltz.

-¿Acaso es raro que los extranjeros vengan a esta parte de Transilvania?

-Muy raro, en efecto -reconoció el biró-, no obstante los méritos del país, que es digno de ser visitado.

-Es muy hermoso, señor conde; muy hermoso -apoyó el maestro Hermod-. Le agradecería ascender al Paring.

-Temo que me falte tiempo para ello -respondió Franz de Télek-. Mañana por la mañana he de regresar a Karlsburg.

-¡Cómo! ¿El señor conde piensa dejarnos tan pronto? -se lamentó Jonás, sonriendo

servilmente.

-Es preciso -respondió el joven-. Además, ¿por qué prolongar mi estancia aquí?

-Tened por cierto que nuestro pueblo merece que un turista permanezca algún tiempo en él -observó el juez. -No lo dudo, pero parece ser poco frecuentado -replicó el conde-. Probablemente será porque los alrededores no ofrezcan nada curioso.

-¡Oh..., oh! -exclamó el pastor Frik, involuntariamente.

¡Qué miradas le arrojaron Koltz y los demás, y en particular el posadero! ¿Había necesidad de poner al corriente a un extranjero de los secretos del país? ¿Enterarle de lo que ocurría en la meseta de Orgall? ¿Atraer su atención hacia el castillo de los Cárpatos? En lo sucesivo, ¿qué viajeros querrían seguir el camino de la garganta del Vulcano para entrar en Transilvania?

-¡Cállate, imbécil..., cállate! -le susurró a media voz el señor Koltz.

Como la curiosidad del conde se había despertado, se dirigió directamente a Frik, preguntándole qué significaban aquellas exclamaciones.

No era el pastor hombre que se echase atrás y creyó que tal vez el conde les pudiese dar un buen consejo.

-He dicho "¡Oh... oh!", señor conde -respondió Frik-, y no me vuelvo atrás.

-¿Es que hay alguna maravilla que ver, en los alrededores de Werst? -preguntó el conde.

-¡No, no! -se apresuraron a responder todos, excepto el pastor.

Temblaban sólo de pensar que otra tentativa de entrar en el castillo pudiera servir para atraer nuevas desgracias.

Franz de Télek, no sin sorpresa, observó a aquellas gentes, cuyos rostros indicaban de muy diversos modos el terror, pero de significativa manera.

-¿Qué ocurre, pues? -inquirió.

-¿Que qué ocurre, señor? -intervino Rotzko-. Pues bien, parece ser que se trata del castillo de los Cárpatos.

-¿El castillo de los Cárpatos?

-Este es el nombre que el pastor acaba de soplarme al oído.

Y al decir esto, Rotzko señaló a Frik, que movía la cabeza sin atreverse a mirar a

su amo.

Se había abierto una brecha en el muro de la vida privada del pueblo, y toda la historia no tardó en pasar por aquella brecha.

En efecto, el señor Koltz, que había tomado una decisión, quiso ser él mismo quien le contase al conde todos los pormenores concernientes a la expedición al castillo de los Cárpatos.

Vano es decir el asombro que a Franz le produjo aquella narración, y las ideas que le sugirió.

Aunque no demasiado instruido en materias científicas, como ocurre entre los jóvenes de su condición, era, no obstante, un hombre de buen sentido. No creía, por lo tanto, en aparecidos y las leyendas las tomaba poco en serio. Un castillo habitado por fantasmas excitaba su incredulidad. Además, en todo lo que había contado el señor Koltz no había nada de extraordinario, sino sólo unos sucesos más o menos admisibles, a los que la gente de Werst atribuía un origen sobrenatural. El humo del torreón, las campanas tañendo, eran fenómenos que se podían explicar fácilmente. En cuanto a las fulguraciones y a los ruidos que surgían de la muralla, podían ser efecto de la imaginación.

Franz de Télek lo expresó así, bromeando con ello, con gran escándalo de sus oyentes.

-Pero, señor conde -observó el señor Koltz-, es que hay más aún. Sepa que es imposible penetrar en el castillo.

-¿Imposible?

-Nuestro guardabosque y el doctor han querido franquear las murallas y han pagado muy caro su intento de escalarlas.

-¿Pues qué les ha ocurrido? -preguntó Franz, en tono algo irónico.

El señor Koltz le contó los detalles de la aventura de Nic y del doctor.

-¿De modo que cuando el doctor quiso salir del foso no pudo dar un paso, por tener los pies fuertemente sujetos al suelo?

-Ni uno -corroboró Hermod.

-Se lo habrá parecido a vuestro doctor -replicó Franz de Télek-. Sería el miedo que le ataba al suelo.

-Puede ser, señor conde -accedió el señor Koltz-. Pero Nic Deck sufrió una violenta sacudida cuando puso la mano sobre los hierros del puente levadizo.

-Se daría algún fuerte golpe.

-Tan fuerte -replicó el juez- que está en cama desde aquel día.

Aquello sí era un hecho innegable, a tener en cuenta, y Koltz aguardaba la explicación que Franz Télek iba a darle.

-En todo lo que me ha contado, no veo nada misterioso. Para mí no hay duda de que el castillo está ocupado. ¿Por quién? No lo sé. Pero no por espíritus, ciertamente, sino por gente que tiene interés en ocultarse, refugiándose en él.

-¿Malhechores? -aventuró el señor Koltz.

-Es lo más probable; y como no quieren que se les vaya a echar de allí, hacen creer que el castillo está habitado por seres de ultratumba.

-¡Cómo, señor conde! -exclamó el maestro Hermod-. ¿Vos creéis...?

-Creo que vuestro pueblo es muy supersticioso, que los que habitan ahora el castillo lo saben y quieren evitar visitas inoportunas.

Era plausible que todo fuese así, pero los habitantes de Werst eran renuentes a aceptar aquella explicación.

El conde notó que no había convencido a un auditorio que no quería dejarse convencer. Por lo tanto, se contentó con añadir:

-Puesto que no admitís mis razonamientos, señores, continuad creyendo lo que os plazca respecto al castillo.

-Creemos lo que hemos visto, señor conde -replicó el señor Koltz.

-Y lo que es -machacó el maestro.

Pues yo lamento no disponer de más tiempo, pues Rotzko y yo iríamos a visitar vuestro famoso castillo, y os aseguro que bien pronto sabríamos a qué atenernos.

-¡Visitar el castillo! -exclamó el señor Koltz.

-Sin titubear, y ni el diablo en persona nos impediría franquear la muralla.

Al oír aquel irónico comentario, todos sintieron un singular espanto. Tratar a los espíritus con tan poco respeto, ¿no iba a acarrear alguna catástrofe sobre el pueblo? ¿Acaso no oían aquellos genios maléficos cuanto se hablaba en el "Rey Matías"? ¿Resonaría otra vez aquella voz en el salón?

Y a este propósito el señor Koltz advirtió al conde de qué modo había sido amenazado el guardabosque.

Franz de Télek se contentó con un encogimiento de hombros, comentando que no se había podido oír ninguna voz en aquella sala. Todo aquello, afirmó, no existía más que en la imaginación de los parroquianos, demasiado crédulos y algo

aficionados al schnaps.

Poco dispuestos a estar más tiempo en un lugar en el que un joven escéptico hacía burla de sus sentimientos, algunos se dirigieron hacia la puerta, pero Franz de Télek los detuvo con un ademán.

-Decididamente, señores -dijo-, veo que todos ustedes están sometidos al imperio del terror.

-Y no sin razón, señor conde -intervino Koltz.

-Bien, pues, propongo un medio para acabar con las maquinaciones que según vosotros, ocurren en el castillo. Pasado mañana estaré en Karlsburg y alertaré a las autoridades de la ciudad. Se os enviará una compañía de gendarmes o de agentes de policía y os aseguro que ellos sí penetrarán en el castillo, bien para cazar a los farsantes que se divierten con vuestra incredulidad, o bien para detener a los malhechores que a buen seguro preparan algún mal golpe.

La proposición era aceptable y, sin embargo, no agradó a los notables de Werst. En su opinión, ni los gendarmes, ni la policía ni el mismísimo ejército podrían nada contra seres sobrenaturales, que sabrían defenderse con medios también sobrenaturales.

-Pienso ahora, señores -dijo entonces el conde-, que todavía no me habéis dicho quién es el propietario o a quién ha pertenecido el castillo de los Cárpatos.

-A una antigua familia del país: la de los barones de Gortz -explicó el señor Koltz.

-¡La familia de Gortz! -exclamó Franz de Télek-. ¿A la que pertenece el barón Rodolfo?

-Sí, señor conde.

-¿Y sabéis si ha venido?

-Hace muchos años que el barón no ha venido por el castillo.

Franz de Télek había palidecido y en voz baja, repetía:

-¡Rodolfo de Gortz!

IX

LA AMENAZA

La familia de los condes de Télek era una de las más antiguas e ilustres de Rumania, y ya gozaba de gran prestigio mucho antes de que el país conquistase la independencia en los comienzos del siglo XVI.

Poco afortunada actualmente, la familia sólo contaba con un vástago: el caballero Franz.

Este había pasado su infancia en el castillo en el que vivían el conde y la condesa de Télek, quienes gozaban de gran consideración en el país, haciendo un generoso empleo de su fortuna. Pero entregados a la vida cómoda y patriarcal de la nobleza del campo, apenas si salían de sus dominios de Kraiowa una vez al año, para poner en orden sus negocios en la población de aquel nombre, distante sólo unas millas del castillo.

Tal género de vida influyó en la educación de su hijo único. Tuvo por maestro a un anciano sacerdote que sólo pudo enseñarle lo que sabía, que no era demasiado. De este modo el niño fue haciéndose hombre habiendo adquirido unas insuficientes nociones de ciencias, arte y literatura contemporánea. Su pasión era la caza y se pasaba días y noches enteros por los bosques y los prados acosando ciervos, jabalíes y osos, realizando verdaderas proezas con su cuchillo de caza.

Cuando la condesa murió, Franz sólo tenía quince años, y veintiuno cuando falleció su padre, víctima de un accidente de caza.

Durante tres años el joven conde permaneció en el castillo, sin poder decidirse a abandonarlo, afligido por una inmensa pena, viéndose solo en el mundo, pues carecía de amigos, y también había muerto su preceptor.

Apenas iba una o dos veces a Bucarest, cuando los negocios le obligaban a ello, e incluso estas ausencias eran de corta duración.

Pero aquel estado de cosas no podía durar indefinidamente y Franz acabó por sentir el deseo de ensanchar un horizonte que limitaban las montañas rumanas.

Contaba veintitrés años cuando tomó la resolución de viajar. Su fortuna le permitía hacerlo largamente...

Un día abandonó el castillo de Kraiowa, a sus viejos sirvientes, y se marchó del país valaco en compañía de Rotzko, un ex soldado rumano que llevaba diez años al servicio de la familia y era el compañero del conde en sus expediciones cinegéticas. Se trataba de un hombre valiente y decidido, y muy fiel a su amo.

Franz decidió visitar Italia en primer lugar, ya que hablaba correctamente el italiano, que le había enseñado el viejo sacerdote. Le atrajo tanto aquella tierra que permaneció en ella cuatro años. No salía de Venecia sino para ir a Florencia, ni

dejaba Roma sino para ir a Nápoles, volviendo sin cesar a aquellos centros de la cultura, de los que no podía separarse. Dejaba para más tarde visitar Francia, Alemania, España, Rusia e Inglaterra.

Tenía ya veintisiete años cuando decidió visitar Nápoles por última vez. Pensaba permanecer en aquella ciudad sólo algunos días antes de volver a Sicilia; acabando su viaje con la exploración de la antigua Trinacria, y regresando después al castillo de Kraiowa para descansar durante un año.

Pero una circunstancia inesperada torció no sólo sus planes, sino que decidió su vida entera y modificó su curso.

Durante aquellos años pasados en Italia le habían sido revelados los esplendores del arte, y se entusiasmaba delante de las obras maestras de la pintura cuando visitaba los museos de Nápoles, Venecia, Roma y Florencia; y al mismo tiempo había conocido las grandes obras líricas de aquella época, y se apasionaba por el modo cómo los artistas las interpretaban.

Durante su última estancia en Nápoles, un sentimiento de una naturaleza más viva, de una fuerza más intensa que la que pudiera sentir ante una obra maestra de la pintura, se apoderó de su corazón.

En aquella época, y en el teatro San Carlos había una celebrada cantante, cuya pura voz, arte dramático y bel canto cautivaban a los aficionados al divino arte. Hasta entonces, la diva, Stilla, no había buscado los éxitos en el extranjero, y jamás cantaba más música que la italiana, que ocupaba el primer puesto en el arte de la composición. El teatro Carignan de Turín, la Scala de Milán, Fenice en Venecia, y el Ide Alfieri en Florencia, así como el Apolo de Roma y el San Carlos de Nápoles, la poseían por turno.

Tenía Stilla entonces veinticinco años y era una mujer de una belleza ideal, con su larga cabellera de tonos dorados, el fuego de sus ojos negros y profundos, la pureza de sus rasgos, un temperamento ardiente y un talle que no hubiera podido cincelar más perfecto Praxiteles.

Sin embargo, esta incomparable prima donna, que modulaba a la perfección los acentos de la ternura el fuego de la pasión y los más poderosos sentimientos del alma, no había sentido, según se comentaba, estos mismos efectos en su corazón. Jamás había amado; jamás sus ojos habían respondido a las mil ardientes miradas que la envolvían en la escena. Parecía no querer vivir más que para su arte.

La primera vez que Franz vio a Stilla, sintió un irresistible entusiasmo que podía ser el prelude del primer amor. Renunció a su proyecto de abandonar Italia después de visitar Sicilia, y resolvió quedarse en Nápoles hasta el fin de la temporada operística, y asistió a todas las representaciones, que el entusiasmo del público transformaba en verdaderos triunfos. Muchas veces, sin poder dominar su pasión, intentaba acercarse a la diva; pero la puerta de la Stilla permanecía siempre cerrada, tanto para él como para los otros fanáticos adoradores.

El joven conde pronto se sintió desolado. No vivía más que para verla y oírla, y aquella efervescencia de su alma se acrecentó hasta el punto de que su salud se

vio comprometida, y mucho más hubiera sufrido si hubiese sentido la tortura de los celos; si el corazón de la Stilla perteneciese a otro.

Pero el conde no tenía ningún rival; esto le constaba, y no hubiera tenido ninguna desconfianza a no ser por cierto personaje algo extraño.

Se trataba de un hombre de unos cincuenta y cinco años, poco comunicativo, que parecía vivir fuera de las conveniencias sociales de la clase alta. No se sabía nada de su familia, de su estado actual, ni de su pasado. Se le veía hoy en Roma, mañana en Florencia y siempre, según la Stilla estuviese en Roma o en Florencia. En realidad, su única pasión conocida era oír a la cantante, que entonces ya ocupaba el primer puesto en el arte del canto.

Si Franz de Télek no vivía más que para idolatrar a la Stilla desde el día en que la viera por primera vez sobre un escenario de Nápoles, hacía ya seis años que el excéntrico aficionado tenía necesidad de la voz de aquella mujer, casi tan imperiosa como la necesidad del aire que respiraba. Jamás había intentado verla fuera de la escena. Pero siempre que la cantante aparecía en cualquier teatro de Italia, aquel hombre se apresuraba a tomar asiento en el fondo de un palco, probablemente abonado para él. Y allí permanecía, inmóvil y silencioso, durante toda la representación. Después, una vez la Stilla había dado la última nota en la obra representada, salía furtivamente, y ninguno de los demás cantantes le hubiera podido retener en su asiento... No los hubiera oído.

¿Quién era aquel espectador tan asiduo a sus representaciones? En vano la cantante había tratado de saberlo. Y siendo de naturaleza impresionable, su presencia la aterraba; terror poco razonable, pero real. Aunque ella no podía verle en el fondo del palco, sabía que estaba allí; y sentía su mirada imperiosamente fija sobre ella.

Y si bien aquel personaje jamás se había aproximado a Stilla, ni había procurado conocer a la mujer, todo cuanto podía recordar a la artista había sido objeto de sus constantes atenciones. Así, poseía el más hermoso de los retratos que el gran pintor Michel Gregorio había hecho de la cantante. Aquel retrato, comprado a peso de oro, bien valía lo que por él había pagado su rico admirador.

Aquel ser original, que estaba siempre solo en el palco, que no salía nunca de su casa sino para ir al teatro, no vivía, sin embargo, en un aislamiento absoluto. ¡Un compañero tan extraño como él compartía su existencia!

Este compañero se llamaba Orfanik. De creer cuanto se rumoreaba, tratábase de uno de esos sabios ignorados cuyo genio no ha podido manifestarse, y que sienten odio hacia el mundo que los desconoce. Se suponía, no sin razón, que debía tratarse de un pobre diablo, algún inventor que vivía a expensas de su protector.

Este Orfanik era de mediana estatura, flaco, más bien raquítico, con una de esas caras pálidas, desencajadas, como de un muerto. Llevaba una ojera sobre el ojo derecho, que posiblemente había perdido en algún experimento de física, y sobre su nariz cabalgaban unos gruesos anteojos, cuyo único cristal de miope agrandaba su verdosa pupila.

El extraño melómano y el no menos raro Orfanik eran todo lo conocidos que se podía ser en las ciudades italianas a las que se acudía en las temporadas de ópera, y aunque el admirador de la Stilla rehuía a los reporteros y a sus indiscretas entrevistas, se supo al cabo su nombre y su nacionalidad. Era de origen rumano y se hacía llamar barón Rodolfo de Gortz.

Cuando el conde Franz de Télek llegó a Nápoles, hacía dos meses que el teatro San Carlos contaba por llenos las representaciones y el éxito de la Stilla crecía a cada función. Jamás la artista se había mostrado tan sublime en los diversos papeles de su repertorio; jamás había obtenido tan delirantes aclamaciones.

Sin embargo, empezaba a correr un rumor por Nápoles, que tenía alarmado al público diletante. Se decía que al terminar la temporada la Stilla iba a retirarse de la escena... ¿Cómo era posible? En el apogeo de su carrera artística, en la plenitud de su belleza y de su talento ¿cómo pensaba retirarse?

Pero verdaderamente, aquel temor que parecía sin fundamento era cierto, y en realidad el barón de Gortz no era ajeno a tal resolución.

Aquel espectador misterioso, siempre invisible en el palco, había acabado por provocar en la cantante una nerviosidad emocional, persistente, que iba en aumento. En cuanto salía a escena se sentía impresionada hasta el punto de que aquella turbación iba minando poco a poco la salud de la joven.

Salir de Nápoles para huir a Roma, a Venecia o a otra ciudad de la península, no sería suficiente para librarse de la presencia del barón de Gortz. Igual ocurriría si fuese a Alemania, Francia o Rusia, Aquel hombre la seguiría allí donde fuese para oírla y sólo había un medio para librarse de aquella pesada losa: abandonar el teatro.

Hacia ya un par de meses, antes de que el rumor de la retirada se extendiese, que Franz de Télek se había decidido a dar un paso cerca de la joven, cuyas consecuencias iban a desembocar en la más irreparable de las catástrofes. El joven conde se había hecho admitir en casa de Stilla y le había ofrecido su mano y su título.

La cantante conocía desde hacía algún tiempo la pasión que inspiraba al conde y pensaba que cualquier mujer se consideraría feliz depositando su vida y felicidad en aquel caballero. Así que recibió la demanda con agrado y consintió en ser la esposa del conde.

La noticia corrió como la pólvora. En cuanto terminase la temporada en el teatro San Carlos, su matrimonio, del que ya se tenían sospechas, era cosa segura.

Como se comprende, aquello produjo un efecto extraordinario en el mundo artístico, e incluso en toda Italia. La Stilla había anunciado que al casarse se retiraría de la escena y aquello desencadenó celos y odio contra el conde, que robaba al arte y a la idolatría de los aficionados la primera cantante del mundo. Se llegó incluso a las amenazas personales, de las que Franz no se preocupó demasiado.

Aquel efecto que produjo la noticia en el público no fue nada comparado con el sentimiento que invadió a Rodolfo de Gortz al ver que iban a robarle su ídolo, el encanto de su vida. Se dijo que había intentado suicidarse; lo cierto es que a partir de aquel día ya no se vio a Orfanik por las calles de Nápoles; ya no dejaba al barón e incluso le acompañaba en el palco del San Carlos cosa que nunca había hecho por ser contrario al encanto de la música.

Transcurrieron los días y la emoción llegó a su clímax la noche en que la Stilla iba a aparecer por última vez en escena. La despedida de su público era con el hermoso papel de Angélica en Orlando, la obra maestra de Arconati.

Aquella noche el teatro era pequeño para dar cabida a todos los espectadores que acudieron. Se llegó a temer una manifestación contra el conde de Télek, si bien no durante la representación, mas sí cuando el telón bajase al final del último acto de la ópera.

El barón de Gortz ocupaba como de costumbre su palco acompañado de Orfanik.

Al hacer su aparición en escena, a la Stilla se la vio más emocionada que nunca. Pero cantó con tal perfección, con tal inefable talento que el entusiasmo llegó al delirio.

Durante la representación, el conde permaneció de pie entre bastidores, impaciente, nervioso, sin apenas poder contenerse, maldiciendo lo extenso de la representación, los intervalos que provocaban los aplausos y las llamadas a escena. ¡Ah! ¡Cuánto se demoraba el instante de llevarse de allí a la que iba a ser la condesa de Télek!

Llegó el momento cumbre: la dramática escena final en que muere la heroína del Orlando. Nunca pareció más bella la admirable música de Arconati. Jamás la Stilla interpretó su parte con más arrebatados acentos.

En aquel momento, en el palco del barón de Gortz apareció aquella extraña cabeza de largo pelo gris y ojos encendidos... Se vio claramente aquella cara como en éxtasis, de espantosa palidez. Frank, desde bastidores, vio a plena luz, por primera vez, aquella cabeza.

La Stilla atacaba la última estrofa del canto final. De repente, se detuvo. La cara del barón de Gortz la aterrorizó... Un inexplicable espanto la paralizó... Se llevó rápidamente la mano a la boca, de la que manaba sangre... Vaciló... y cayó al suelo.

El público en masa se levantó angustiado, loco... Del palco del barón se escapó un grito... Franz se precipitó en el escenario, cogió a Stilla en sus brazos, la levantó, la contempló, llamándola y exclamó por fin:

-¡Muerta...! ¡Está muerta!

¡Sí! ¡La Stilla había muerto! ¡Su canto se había extinguido en un último suspiro!

El conde, después, tuvo que ser trasladado al hotel en un estado tal que se temía por su razón. No pudo asistir a los funerales de la Stilla, que fueron celebrados con la asistencia de toda la población de Nápoles.

El cuerpo de la cantante fue inhumado en el "Campo Santo Nuovo". Sobre el mármol de la tumba sólo se leía:

Stilla

Aquella misma noche un hombre acudió al cementerio; allí, con los ojos extraviados, la cabeza enmarañada, los labios apretados como sellados por la muerte, permaneció, contemplando la tumba de la cantante. Parecía estar prestando atención, imaginando tal vez que la voz de la joven iba a resonar por última vez desde aquella fría tumba...

Aquel hombre era Rodolfo de Gortz.

Poco más tarde, aquella misma noche, el barón de Gortz, acompañado de Orfanik, salió de Nápoles y nadie volvió a saber de él.

Al día siguiente, llegó una carta dirigida al conde de Télek. Aquella misiva sólo contenía estas amenazadoras palabras:

Vos la habéis matado. ¡Desgraciado de vos, conde de Télek!

Rodolfo de Gortz

X

EL CANTO DE UNA MUERTA

Un mes entero estuvo en peligro la vida de Franz de Télek. No conocía a nadie, ni incluso a su fiel Rotzko. En los momentos en que la alta fiebre le producía delirios sólo un nombre murmuraban sus labios: Stilla.

Afortunadamente, gracias a la pericia médica, a los incesantes cuidados de su servidor y en especial a su juventud y fuerte naturaleza, Franz logró escapar de la muerte y se salvó, quedando su razón incólume a pesar del violento choque. Cuando pudo coordinar sus recuerdos, volvió a su memoria la mágica escena del San Carlos en la que su amada Stilla exhaló su último suspiro.

Cuando el joven pudo abandonar el lecho, Rotzko le hizo prometer que abandonarían lo antes posible aquella funesta ciudad y se trasladarían al castillo de Kraiowa.

Antes de partir, no obstante, el joven fue a orar sobre la tumba de la muerta, para darle su último adiós. Rotzko le acompañó y no sin esfuerzo pudo arrancarle de allí, de aquella sepultura en la que dejaba su vida, su felicidad.

Una vez en Kraiowa, en Valaquia, Franz de Télek vivió durante cinco años en el más completo aislamiento, sin querer salir del castillo. Ni el tiempo ni la distancia pudieron amortiguar su pena. No podía olvidar a su amada. El recuerdo de Stilla, tan vivo como el primer día, se hallaba para siempre ligado a su existencia.

¡Cuántos ruegos y súplicas le costó a Rotzko lograr que se decidiese a dejar la soledad en la que se iba consumiendo! Por fin logró convencerle para efectuar un viaje que había de empezar por una visita a Transilvania.

Franz de Télek, pues; partió sólo para una breve excursión. Subieron a las llanuras de Valaquia y llegaron hasta la imponente cordillera de los Cárpatos; se internaron luego por los desfiladeros del Vulcano, ascendieron al Retyezat, dieron una vuelta por el valle de Maros y por fin recalaron en la aldea de Werst, en la posada del "Rey Matías".

El efecto que le produjo al joven el nombre del barón de Gorzt cuando fue pronunciado en la sala de la posada no pasó inadvertido para el señor Koltz y sus compañeros.

Rotzko hubiera enviado de buena gana al diablo al señor Koltz y a sus estúpidas historias. ¿Por qué precisamente habían ido a parar a Werst, junto al castillo de los Cárpatos?

El conde permaneció silencioso. Su inquieta mirada indicaba claramente cuál era su estado de ánimo, que en vano trataba de calmar.

El señor Koltz y sus amigos comprendieron que algún misterioso lazo unía al conde

de Télek y al barón de Gortz, pero, aunque era grande su curiosidad, se mantuvieron en una prudente reserva y no insistieron sobre el particular, y poco después todos abandonaron la posada, muy preocupados, no obstante, por aquel encadenamiento de hechos, que poco bueno presagiaba para la aldea.

Ahora que el joven conde sabía a quién pertenecía el castillo, ¿reclamaría la intervención de las autoridades una vez en Karlsburg? En todo caso, y suponiendo que el conde no lo hiciese, Koltz sí estaba decidido a hacerlo. Advertida la policía, giraría una visita al castillo y vería si estaba habitado por espíritus o malhechores. El pueblo no podía debatirse por más tiempo en aquel temor.

Por su parte, aunque Franz de Télek, una vez solo en el "Rey Matías", pareció abandonarse a los dolorosos recuerdos que el nombre del barón de Gortz evocaba en su ánimo, no dudaba por otra parte de que en el castillo se habían refugiado malhechores, y estaba decidido a cumplir su promesa de sorprender a aquellos falsos aparecidos, dando parte de lo ocurrido a la policía de Karlsburg.

Sin embargo, antes quiso Franz poseer más datos sobre aquel particular, y pensó que lo más conveniente era dirigirse al guardabosque, razón por la cual a eso de las tres de la tarde se presentó en casa del juez Koltz.

Después de los saludos protocolarios usuales, Franz de Télek le preguntó al *biró* si había algún inconveniente en que pudiera ver a Nic Deck.

-Ninguno, señor conde -respondió Koltz-. El valiente Nic mejora de prisa, y no tardará en volver a su quehacer. ¿No es así, Miriota? -añadió, dirigiéndose a su hija, que estaba presente en la entrevista.

-Dios haga que así sea, padre -respondió Miriota, con la voz conmovida.

-¿Tenéis aquí un buen médico? -inquirió el joven, a continuación.

-¡Hum...! -torció el gesto el señor Koltz, en un tono no muy favorable para el antiguo enfermero del Lazareto.

-Tenemos al doctor Patak -explicó Miriota.

-¿El que acompañó a Nic al castillo?

-Sí, señor conde.

-Señorita Miriota -dijo entonces Franz-. En interés suyo y de todos, desearía ver a vuestro novio para obtener algunos detalles más precisos de su aventura -y ante la mirada dubitativa de la joven, se apresuró a añadir-: No abusaré, señorita Miriota; no haré nada que pueda perjudicar a vuestro Nic.

-Lo sé, señor conde.

-¿Para cuándo pensáis casaros?

-Dentro de quince días.

-Entonces, tendré sumo placer en asistir a la boda, si el señor Koltz me honra con su invitación...

-¡Señor conde, tal honor...!

Seguidamente, Franz rogó a Miriota que le condujera al cuarto del guardabosque, lo que la joven se apresuró a hacer.

Nic Deck conocía ya la llegada del conde a la posada. Estaba sentado en un viejo sillón del que se levantó para saludar al visitante. Como apenas se resentía ya de la parálisis que le había acometido, se encontraba bien dispuesto para responder a las preguntas de Télek.

-Señor Deck -empezó Franz, tras estrechar amistosamente la mano del joven-, ante todo deseo preguntaros si creéis en la presencia de seres maléficos en el castillo de los Cárpatos.

-No tengo más remedio que hacerlo, señor conde -respondió Nic, convencido de ello.

-¿Y serían esos genios maléficos los que os impidieron penetrar en el castillo?

-No lo dudo, porque si no había esos genios, no tiene explicación lo que me ocurrió.

-¿Queréis contarme, con el mayor lujo de detalles de que os podáis acordar, lo que os sucedió exactamente? -Con mucho gusto, señor conde.

Y Nic refirió pormenorizadamente lo que se le pedía, con lo que confirmó los hechos que Franz ya sabía por los parroquianos del "Rey Matías"; hechos a los que el conde daba, por otra parte, una explicación puramente natural.

En cuanto a la pretensión del doctor Patak de haberse sentido sujeto al suelo por una fuerza invisible, era dable sospechar que el doctor había sido víctima de una ilusión de sus sentidos. Lo que parecía más verosímil era que el doctor había quedado paralizado por el terror; y esto fue lo que Franz le sugirió al guardabosque.

-¡Cómo, señor conde! -rebató aquél-. Precisamente en el instante en que el doctor quería huir, ¿iban sus piernas a negarse a correr? Bien convendréis en que es inverosímil.

-Bien -accedió Franz-; supongamos que sus pies estaban atrapados en algún lazo, probablemente oculto bajo la hierba del foso.

-Cuando los lazos se aprietan -rebató el guardabosque-, hieren cruelmente y si examináis las piernas del doctor no hallaréis ninguna señal de herida.

-Vuestra observación es correcta, Nic Deck, y sin embargo, hemos de creer que si el doctor no podía separar sus pies del suelo es porque estaban sujetos por un lazo...

-Decidme, pues, señor conde, ¿cómo pudo abrirse ese lazo por sí mismo para dejar en libertad al doctor?

Franz no supo qué responder.

-Además, señor conde -continuó el guardabosque-, aunque no puedo asegurar nada en lo concerniente al doctor, pues no puedo afirmar lo que no sé por mí mismo, lo que me pasó a mí sí está claro. No hay duda de que recibí una fuerte sacudida y de una manera no natural.

-¿No hay en vuestro cuerpo alguna señal de herida? -inquirió Franz.

-Ninguna, señor conde. Y sin embargo, fui atacado con una violencia inaudita.

-¿Fue en el momento en que pusisteis la mano sobre la bisagra del puente levadizo?

-Y apenas la toqué quedé como paralizado. Afortunadamente no solté la otra mano de la cadena que asía, y así me deslicé hasta el fondo del foso, donde el doctor me encontró inconsciente.

Franz movió la cabeza, como si persistiese aún su incredulidad ante aquellas explicaciones.

-Vea, señor conde -siguió Nic-; lo que os he contado no ha sido un mal sueño. He permanecido aquí, tendido en esta cama durante ocho días sin poder usar ni brazos ni piernas. No creeréis que eso lo he imaginado.

-No pienso tal, y es bien seguro que habéis recibido una conmoción brutal...

-¡Brutal y diabólica!

-¡No! En esto no estoy de acuerdo, Nic Deck -rebatía el conde-. Creéis haber sido golpeado por un ser sobrenatural y yo no lo creo, por la sencilla razón de que no hay tales seres sobrenaturales ni maléficos ni benéficos.

-Entonces, podéis explicarme lo sucedido?

-No puedo ahora; pero tened por seguro que todo se explicará del modo más simple.

-¡Dios lo quiera! -suspiró el guardabosque.

-Decidme ahora -preguntó Franz-: ¿ese castillo ha pertenecido siempre a la familia Gortz?

-Así es, señor conde; le pertenece aún, aunque el último descendiente, el barón Rodolfo, ha desaparecido, sin que se tengan noticias suyas.

-¿Y cuándo fue esta desaparición?

-Hará unos veinte años. Un día el barón Rodolfo abandonó el castillo y no ha vuelto. El último servidor murió unos meses después de su partida.

-¿Y desde entonces nadie ha vuelto a poner los pies en el castillo?

-Nadie. Por eso se cree que el barón debió de morir en el extranjero, poco después de su partida.

-Pues no es cierto. El barón vivía todavía, al menos hace cinco años.

-¿Cómo? ¿Vivía?

-Sí. En Italia. Yo lo vi en Nápoles.

El joven guardabosque quedó pensativo, dudando en formular una idea que había cruzado por su mente. Finalmente se decidió y frunciendo el ceño, dijo:

-No es de suponer, señor conde, que el barón de Gortz haya vuelto al país sólo para enterrarse en el castillo...

-No... no es de suponer, Nic Deck.

-¿Qué interés tendría en ocultarse... en no dejar que nadie pudiese verle?

-Supongo que ninguno -respondió Franz de Télek.

Y sin embargo, la idea de que el barón había vuelto al castillo comenzaba a tomar cuerpo en el ánimo del conde. ¿No era posible que aquel enigmático personaje hubiera ido a refugiarse en el castillo después de haber salido de Nápoles? Allí, gracias a la superstición de los alrededores, si es que quería vivir en el aislamiento, podía defenderse contra cualquier indagación inoportuna con efectos hábilmente preparados. De todos modos, Franz juzgó inútil poner a los de Werst sobre aquella hipótesis. Esto hubiera reportado participarles antecedentes de hechos demasiado personales. Y por otra parte, no conseguiría convencerles; cosa que le reafirmó las siguientes palabras de Nic.

-Si el barón Rodolfo es quien habita en el castillo, es preciso convenir en que el barón es el *Chort*, pues sólo este diabólico ser ha podido tratarme de esta manera.

No deseando continuar por aquel camino, Franz cambió el curso de la conversación. Después de tranquilizar por todos los medios posibles al guardabosque, obtuvo de él la promesa de que no intentaría una nueva tentativa. Aquél no era asunto suyo sino de las autoridades, y los agentes de policía de Karlsburg sabrían descubrir el misterio del castillo de los Cárpatos. Seguidamente el conde se despidió de Nic Deck, deseándole una pronta recuperación a fin de que

no tuviese que retrasar su matrimonio con la linda Miriota, ceremonia a la que prometió asistir.

Absorto en sus pensamientos, Franz regresó a la posada y no salió en el resto del día.

A las seis Jonás le sirvió la cena en el salón, donde, por una loable reserva, ni el juez Koltz ni nadie más del pueblo fueron a turbar la soledad del conde.

Hacia las ocho Rotzko le pidió permiso para llegarse hasta el terraplén del final de la calle para fumar allí una pipa.

-Puedes ir -concedió el conde.

Después, medio recostado en un sillón, Franz se absorbió en sus recuerdos de Nápoles. Le pareció estar en la última representación en el teatro San Carlos. Volvió a ver al barón de Gortz en el momento en que había asomado su cabeza por el palco, fijando su ardiente mirada sobre la artista, cual si la hubiese querido fascinar. Después, su pensamiento se dirigió hacia aquella carta firmada por el enigmático personaje, en la que le acusaba de haber matado a la joven Stilla... Y mientras se perdía en aquellos recuerdos, Franz sintió que el sueño le invadía poco a poco, si bien sus sentidos estaban tensos de modo que podía percibir el menor ruido. Y estando en aquel duermevela se produjo un sorprendente fenómeno. Le pareció como si una voz dulce y melodiosa se dejase oír en aquella sala en la que Franz estaba absolutamente solo. Sin darse cuenta de si aquello era un sueño o realidad, se incorporó y escuchó.

¡Sí! Diríase que una boca se había aproximado a su oído y que unos labios dejaban escapar la armoniosa melodía de Stéfano, inspirada en estas palabras:

*Nel giardino d'mille fiori,
andiamo, mio cuore!...*

Franz conocía esta romanza de inefable suavidad; se trataba de una de las romanzas que cantó la Stilla en el concierto que dio en el San Carlos antes de su función de despedida. Fascinado sin querer, Franz se abandonó al encanto de aquella voz, una vez más...

Con la última nota de la romanza, la voz se extinguió. Franz, entonces, pareció despertar de su letargo y se puso de pie bruscamente, reteniendo la respiración para no perder el más lejano eco de aquella voz que había penetrado hasta su corazón. Todo estaba en silencio dentro y fuera...

"¡Su voz! -murmuró-. Sí... ¡Era su voz, la voz que tanto amé!"

Después, volviendo a la realidad, se dijo:

"He dormido y he soñado..."

UNA APARICIÓN

Al día siguiente el conde se levantó con el alba, con el ánimo todavía turbado por la experiencia de la pasada noche.

Era el día en que iba a salir de Werst, camino de Kolosvar, con la intención de detenerse un día entero en Karlsburg. Desde la capital de Transilvania el ferrocarril le llevaría a las provincias centrales de Hungría donde daría por terminado el viaje.

Salió de la posada, y mientras paseaba por el terraplén, dirigió sus prismáticos hacia el castillo y estuvo contemplando, con cierta emoción, la silueta de la fortaleza, claramente proyectada por el sol sobre la meseta de Orgall.

Pensó si al llegar a Karlsburg cumpliría la promesa que había hecho a la gente de Werst. ¿Alertaría a la policía de lo que ocurría en el castillo de los Cárpatos?

Habiendo creído en un principio que el castillo era refugio de malhechores, o por lo menos de gente sospechosa que tenía interés en no ser descubierta, la promesa que había hecho debía cumplirse.

Pero habiendo reflexionado experimentó un cambio en sus ideas, y a la sazón dudaba de qué partido tomar.

¿Podía ser que viviese el barón de Gortz? Cinco años hacía que nadie había vuelto a saber de él, pero ¿qué pruebas había de su muerte? Y si vivía, ¿no era lógico pensar que había vuelto al castillo de sus antepasados? ¿Acaso Orfanik, aquel extraño acompañante del barón, aquel raro físico, no sería el autor de los fenómenos que mantenían el terror en la comarca?

Esta hipótesis parecía muy plausible, pues si el barón y Orfanik habían buscado refugio en el castillo, lo normal era que hubiesen querido hacerse inabordables, a fin de poder vivir aislados, como eran sus hábitos y conforme a sus caracteres.

De ser así, ¿qué conducta podía seguir él? ¿Era conveniente tratar de intervenir en la vida privada del barón?

Dudaba el conde en esta acción, cuando Rotzko se le unió.

Una vez el joven le hubo puesto en conocimiento de sus ideas sobre el caso, dijo el otro:

-Señor, es posible que el barón de Gortz ponga en práctica estas maquinaciones diabólicas y en este caso mi opinión es que es mejor no mezclarnos en el asunto. Que se las arreglen los de esta aldea.

-Bien pensado, tal vez tengas razón.

-Sin duda, señor. El señor Koltz ya sabrá cómo arreglárselas para acabar con los espíritus del castillo.

-Nos pondremos en camino después del almuerzo, mi buen Rotzko.

-Todo estará dispuesto.

-Pero antes de bajar al valle del Sil daremos una vuelta por el Plesa.

-¿Para qué, señor?

-Desearía ver de cerca, si es posible, ese castillo de los Cárpatos. Es un capricho, Rotzko, un capricho que no nos retrasará más de media jornada.

A Rotzko le contrarió aquella determinación, que consideraba inútil. A él le hubiera gustado alejar del ánimo de su amo todo lo que pudiera recordarle el pasado. Pero aunque porfió, esta vez fue en vano. La resolución del conde era firme.

La causa era que Franz se sentía atraído hacia el castillo como por una fuerza invisible. Tal vez, sin que lo notase el conde, se unía aquella atracción al ensueño de haber oído la voz de Stilla murmurando aquella sentida melodía de Stéfano.

Pero, ¿había sido un sueño? Porque el conde recordó de repente que en aquella misma sala se había oído una voz... aquella amenazadora voz a la que tan imprudentemente había desafiado Nic Deck. No era, pues, extraño, que en aquel estado mental en que se encontraba el conde, ansiase dirigirse al castillo de los Cárpatos hasta el pie de sus ruinosas murallas, si bien no pensaba penetrar en su interior.

Naturalmente, Franz de Télek no quería dar a conocer a los habitantes de Werst sus intenciones, pues sin duda se hubieran unido a Rotzko en su afán de disuadirle de sus propósitos. A1 verle salir del pueblo en dirección al valle del Sil nadie podría dudar de que no fuese a tomar el camino de Karlsburg.

Por otra parte, desde el terraplén el conde había observado que otro camino seguía la base del Retyezat hasta la garganta del Vulcano, siendo posible subir, pues, por las alturas del Plesa hacia el castillo sin tener que pasar de nuevo por la aldea, con lo que sus habitantes no le verían.

Después del almuerzo, y tras haber pagado sin rechistar la cuenta un poco excesiva, que con su mejor sonrisa servil le presentó Jonás, Franz se dispuso a salir del pueblo.

El señor Koltz, Miriota, el maestro Hermod, el doctor Patak, el pastor Frik y un buen número de habitantes salieron a despedirle.

El mismo guardabosque había salido de su cuarto, con lo que bien se veía que no tardaría mucho en estar restablecido por completo.

-Os deseo mil felicidades, Nic Deck, a vos y a vuestra prometida.

-Feliz viaje, señor conde -respondió el guardabosque.

-Señor conde -intervino entonces Koltz-, os rogamos que no olvidéis dar cuenta de lo del castillo a las autoridades de Karlsburg.

-No lo olvido, señor Koltz. Pero vos mismo, si queréis, podéis libraros de esa vecindad que os inquieta, pues antes de cuarenta y ocho horas tendríais aquí a los gendarmes, que darían buena cuenta de los seres que se ocultan en el castillo.

-Salvo el caso, muy probable, de que sean espíritus -rebatió el pastor Frik.

-Incluso en ese caso -respondió Franz, encogiéndose de hombros.

-Señor conde -intervino el doctor Patak-, no hablaríais de ese modo si nos hubieseis acompañado a Nic Deck y a mí.

-Cierto que me hubiera asombrado, doctor -comentó en tono irónico Franz-, de pasarme lo que a vos, que os quedasteis sujeto por los pies en el foso.

-Por los pies, sí, señor, o mejor dicho, por las botas; a menos que pretendáis pensar que yo estaba soñando.

-No pretendo nada -respondió Franz-, y no trataré de explicaros lo que parece inexplicable; pero tened por cierto que si los gendarmes vienen a ocupar el castillo de los Cárpatos, sus botas, acostumbradas a la disciplina, no echarán raíces como las vuestras.

Dicho esto el conde recibió por última vez el homenaje del hostelero de la posada, y después de haber saludado al señor Koltz a su hija, a Nic Deck y a los demás, hizo una seña a Rotzko y ambos se dirigieron a buen paso hacia el camino de la garganta.

En menos de una hora, Franz y su asistente llegaron a la orilla derecha del río, por la que siguieron subiendo por la vertiente meridional del Retyezatz.

Después de dos horas de marcha Franz y Rotzko hicieron un alto para descansar. Desde aquel sitio se veía la meseta de Orgall como a cosa de media milla. Era conveniente, pues, abandonar el curso del Sil, ya que Franz quería atravesar la garganta del Vulcano para tomar la dirección del castillo.

Con el fin de no tener que pasar de nuevo por Werst, aquel rodeo alargaba el doble la distancia que separaba al castillo del pueblo. Sin embargo, pensaban llegar de día aún a la cúspide de la meseta, con lo que el conde podría observar bien el exterior del castillo; y esperando hasta la noche, podrían volver al camino de Werst en la seguridad de no ser vistos por nadie.

El alto duró media hora. Franz, absorto en sus pensamientos y muy alterado en su ánimo ante la idea de que el barón de Gortz se ocultaba en el fondo de aquel castillo, no pronunció palabra.

Siguieron adelante por el valle, internándose por una espesura por la que no

cruzaba sendero alguno.

Emplearon una hora en llegar otra vez al camino de la garganta del Vulcano, que atravesaron hacia las cinco. Les fue necesaria otra hora para remontar la ladera derecha del Plesa, erizada de montones de rocas entre las que tenía que andarse con grandes precauciones; bruscos desniveles, hoyos profundos; en fin, un verdadero caos. Parecía, ciertamente, que el castillo de los Cárpatos pudiera defenderse sólo con lo escabroso del terreno. Rotzko pensaba que más adelante los obstáculos aún serían mayores y que no podrían vencerlos, pero no ocurrió así.

Desde el otro lado de aquella zona se pudo llegar con facilidad a la meseta. Desde allí el castillo se destacaba en el medio de aquella soledad.

Desde aquel punto, Franz y Rotzko iban a abordar el castillo por la muralla lateral que miraba al Norte, mientras que Nic Deck y el doctor Patak habían llegado ante la muralla del Este. Por aquella muralla de la parte Norte era imposible penetrar en el castillo pues no había poterna ni puente levadizo, aparte de que, siguiendo las irregularidades del terreno, la muralla se alzaba allí a gran altura.

Serían las siete y media cuando Franz de Télek y Rotzko se detuvieron en el extremo de la meseta de Orgall. Ante ellos se alzaba, en la sombra, la masa del castillo. A la izquierda, la muralla formaba un brusco recodo, flanqueado por el bastión del ángulo. Allí, sobre la terraza y por encima del almenado parapeto, se extendían las retorcidas ramas del haya, que atestiguaban los violentos huracanes del Sudoeste en aquellas alturas.

El pastor Frik no se había engañado. De creer en la leyenda, sólo tres años de existencia le quedaban al viejo castillo de los Gortz.

Franz, en silencio, sobrecogido, contemplaba aquellas construcciones, dominadas por el torreón central. Allí dentro, a no dudar, había aún galerías abovedadas, largas, un extenso dédalo de pasadizos, escondrijos en las entrañas del suelo, como los poseían las fortalezas de los antiguos magiares. Ninguna morada podía ser más apropiada para que el último descendiente de la familia de los Gortz se sepultase en un olvido cuyo secreto nadie podía conocer.

Cuanto más pensaba en ello, más el conde se aferraba a la idea de que Rodolfo de Gortz se había refugiado en la soledad de aquel castillo de los Cárpatos.

Pero nada revelaba la presencia de seres humanos en el interior del torreón. Ni el más leve humo se escapaba del mismo, ni el más pequeño ruido llegaba a través de los ventanales herméticamente cerrados. El silencio de aquella tenebrosa edificación no era turbado ni por el canto de un pájaro.

Rotzko, que no quería turbar Los dolorosos recuerdos de su amo, permanecía a una prudente distancia, sin pensar interrumpirle con la menor observación.

Pero cuando el Sol hubo traspuesto el macizo del Plesa y el valle de los Sils empezaba a llenarse de sombras, Rotzko no dudó en acercarse al conde e indicarle

con todo respeto:

-Señor, ya es de noche. Pronto serán las ocho. Es tiempo de irnos si quiere estar en Livadzel antes de que cierren las posadas.

-Rotzko, ahora nos iremos -respondió Franz.

-Necesitaremos más de una hora, señor, para regresar al camino y como ya será de noche, nadie nos verá atravesarlo.

-Sólo unos minutos -insistió Franz-, y bajaremos hacia la aldea.

El joven no se había movido del sitio en que se detuviera al llegar a la meseta. Parecía que estaba retenido por el castillo, tal vez por uno de esos secretos presentimientos de los que el corazón no puede darse cuenta.

Rotzko se decidió a decir por última vez:

-¿Vamos, señor?

-Sí, sí -respondió Franz; pero siguió sin moverse.

La meseta de Orgall ya estaba oscura; la alargada sombra de la pendiente en dirección al Sur iba invadiendo el castillo, los contornos del cual parecían irse difuminando. Bien pronto dejaría de ser visible a menos que no saliese alguna luz de las estrechas ventanas del torreón.

-Vimos, señor -insistió Rotzko, impaciente.

Ya se disponía a seguirle Franz cuando sobre la terraza del baluarte, donde se alzaba el árbol de la leyenda, apareció una forma vaga. Franz quedó paralizado contemplando aquella forma, cuyo perfil iba agrandándose lentamente. Era una mujer con la cabellera suelta, las manos tendidas y envuelta en un amplio vestido blanco.

¿No era aquél el vestido que la Stilla llevaba en la escena final del Orlando, cuando Franz de Télek la tuvo en sus brazos por última vez?

¡Sí, era ella, inmóvil, con los brazos tendidos hacia el conde y fijando en él su penetrante mirada!

-¡Ella..., ella! -exclamó Franz; y precipitándose hacia el foso, hubiera rodado hasta el pie de la muralla de no haberle sujetado Rotzko.

Se borró bruscamente la aparición, tras mostrarse cosa de un minuto.

¡Qué importaba! Un segundo le hubiera bastado a Franz para reconocerla,

-¡Ella, es ella! ¡Vive, vive...! -murmuró.

XII

ATRAPADO EN EL CASTILLO

¿Era posible? Stilla, a quien Franz de Télek creía no ver jamás, acababa de aparecer en la terraza del castillo. ¿Acaso había sido todo efecto de una ilusión? No... Rotzko también la había visto. Era, en efecto, la gran cantante con su vestido de Angélica, tal como se había presentado al público en su última representación.

La espantosa verdad se abría paso en el cerebro del conde. ¿De modo que la mujer amada, la que hubiera sido condesa de Télek, se hallaba encerrada hacía cinco años en aquel castillo, perdido en las montañas de Transilvania? ¡La mujer que él había visto caer muerta en el escenario del San Carlos había resucitado! Es decir, que mientras él era llevado medio moribundo al hotel, el barón Rodolfo había logrado penetrar en casa de la joven, y la había raptado, llevándola al castillo de los Cárpatos. ¡Lo que la muchedumbre siguió al cementerio del Campo Santo Nuovo no era más que un ataúd vacío!

Todo ello parecía absurdo, increíble... así se lo repetía Franz de Télek... ¡Sí!, pero, sin embargo, había un hecho que no podía ser puesto en duda: ¡La Stilla se hallaba en poder del barón Rodolfo!... ¡Viva! Porque era ella la que había aparecido sobre la muralla... De esto, estaba completamente seguro.

De todo aquel desorden de ideas que se atropellaban en su mente una sola cosa resultaba clara para el conde: ¡arrancar a Rodolfo de Gortz la prisionera!

-Rotzko -dijo Franz, con voz ahogada-, óyeme bien, porque parece que mi razón desvaría...

-¡Señor!... ¡Mi querido señor!...

-¡Es preciso que entre en el castillo esta misma noche, cueste lo que cueste!

-No... Mejor mañana...

-¡Te digo que esta noche!... ¡Ella está allí! Ella... me ha visto... ¡Yo la he visto! ¡Me espera, estoy seguro!

-Bien señor. Os seguiré.

-No. Iré solo.

-Pero, ¿cómo pensáis entrar si Nic Deck no pudo?

-¡Entraré!

-La poterna está cerrada.

-Buscaré un modo... una brecha. ¡Pasaré, sí, pasaré!

-¿No queréis que os acompañe, señor?

-No; hemos de separarnos.

-¿Os espero aquí?

-No; mejor en Werst; es decir... no... en Werst, no; esas gentes pudieran sospechar... Pasarás la noche en Vulcano. Si por la mañana no he vuelto, es decir, no... esperas algunas horas; después te dirigirás a Karlsburg. Allí avisas al jefe de la policía; le cuentas lo que ha pasado. ¡Si es preciso, que asalten el castillo! Hay que rescatarla... ¡Ah! ¡Stilla en poder de ese maldito barón!

Rotzko, comprendiendo por la excitación de aquellas entrecortadas frases, la creciente excitación de su amo, se alejó, borrándose su figura en las sombras. Pero un poco más lejos, el fiel servidor se detuvo, sin saber qué partido tomar. Comprendía que los esfuerzos de Franz serían inútiles y que no lograría entrar en el castillo y ni tan siquiera franquear la muralla; lo más seguro es que al día siguiente tendría que regresar a Vulcano... tal vez aquella misma noche. Entonces los dos irían a Karlsburg y con el auxilio de la policía darían buena cuenta de Rodolfo de Gortz y rescatarían a la infortunada Stilla.

Así pensando, Rotzko bajó por las pendientes de la meseta de Orgall para tomar el camino del desfiladero de Vulcano.

Franz, mientras tanto, había ido bordeando la contraescarpa, dando la vuelta al baluarte del ángulo izquierdo de la fortaleza.

Mil pensamientos cruzaban por su mente. Ya no podía dudar de que en el castillo estaba Rodolfo de Gortz, puesto que Stilla estaba allí prisionera... ¿Cómo iba a llegar hasta ella? ¿Cómo podría llevársela? No lo sabía, pero estaba seguro de que los obstáculos que no pudo vencer Nic Deck en su intento de penetrar en el castillo, él los vencería.

Ya no era la curiosidad lo que le impulsaba en medio de aquellas ruinas. Era la pasión; era el amor profundo que experimentaba por aquella mujer. ¡Sí! ¡Aquella mujer, que vivía cuando él la creía muerta!

Razonando con un poco más de frialdad, Franz se dijo que solamente podría haber un acceso al castillo por la muralla del Sur, donde estaba la poterna, cerrada por el puente levadizo. Por lo que, comprendiendo que le era imposible escalar aquellas altas murallas, continuó por la meseta de Orgall después de rodear el ángulo del bastión.

A pleno día aquello no hubiera ofrecido gran dificultad. Pero de noche -todavía no había aparecido la Luna-, una noche cerrada por esas brumas que se condensan en las montañas la empresa era muy arriesgada.

No obstante, Franz seguía adelante, tanteando el terreno con pies y manos a fin de

asegurarse de que no se desviaba del buen camino. Sostenido por una fuerza sobrehumana, se guiaba además por un instinto que no le podía engañar.

Al otro lado del bastión se extendía la muralla del Sur, con la que el puente levadizo establecía una comunicación cuando no estaba levantado contra la poterna.

Desde aquel lugar se multiplicaron los obstáculos. Grandes grupos de rocas erizaban la meseta, lo que hacía imposible seguir la contraescarpa. No había más remedio que rodearla.

Franz iba gateando por entre las rocas, desgarrándose las manos con los cardos y las ortigas, viendo golpeada su cabeza por bandadas de quebrantahuesos, que turbados en sus guaridas lanzaban su horrible grito de carraca.

¡Oh! ¡Por qué la campana de la vieja capilla no sonaba, como había sonado para Nic Deck y el doctor? ¿Por qué aquella intensa luz que los había casi cegado no se encendía en las almenas del castillo? Franz hubiera marchado hacia aquel sonido; hubiera marchado hacia aquella luz, como marino en medio de la tormenta guiado por los rayos del faro salvador.

Pero sólo una profunda oscuridad limitaba su mirada a pocos pasos.

Esta situación duró cerca de una hora. Por la inclinación del suelo, a su izquierda, Franz intuyó de pronto que se había extraviado. ¿Tal vez había pasado la poterna sin advertirlo?

Se detuvo, tanteando con el pie en el suelo y retorciéndose las manos. ¿Hacia dónde debía dirigirse? ¡Ah, qué desesperación se apoderó de él al pensar que se vería obligado a esperar la luz del día! Y entonces... ¡sería visto por los hombres del castillo! ¡No podría sorprenderlos!... Rodolfo de Gortz estaría atento.

Aquella noche; le era preciso entrar aquella misma noche; pero no conseguía orientarse en aquellas tinieblas. De su pecho se escapó un grito de desaliento:

-¡Stilla! ¡Stilla mía!

¿Pensaba acaso que ella le esperaba? ¿Que pudiera responderle? Pero sólo los ecos del Plesa le devolvieron deformado aquel nombre.

De repente, los ojos de Franz vislumbraron una débil luz que atravesaba la sombra. Y aquella luz, débil al principio, se hizo vivísima, y cuyo foco debía de estar colocado a cierta altura.

"¡Allí, allí está el castillo!", se dijo.

Por su posición, aquella luz sólo podía venir del torreón.

Dada la excitación de su mente, Franz no dudó en creer que era Stilla quien le guiaba con aquella luz. Estaba seguro: ella le había reconocido en el momento en

que apareció entre las almenas del castillo. Y era ella quien ahora le mostraba el camino que tenía que seguir para llegar a la poterna.

Franz se dirigió hacia la luz, cuyo resplandor aumentaba a cada momento. Como el conde se había desviado mucho a la izquierda, tuvo que dar unos veinte pasos a la derecha, y después de tantear unos instantes, encontró el reborde de la contraescarpa. La luz brillaba frente a él, y su altura demostraba que surgía de una de las ventanas del torreón.

Y puesto que la poterna estaba cerrada y el puente levadizo alzado, preciso le era deslizarse hasta el pie de la muralla. Pero, entonces, ¿qué podría hacer ante ella, con una altura de quince metros?

Franz se adelantó hacia el sitio en que se apoyaba el puente levadizo. De pronto, se abrió la poterna... Y el puente cayó... Sin pararse a reflexionar, Franz se lanzó sobre el puente y puso la mano sobre la puerta. Se abrió ésta. El joven se precipitó por la oscura bóveda, y apenas hubo dado unos pasos, el puente levadizo se alzó con estrépito contra la poterna.

¡El conde Franz de Télek estaba atrapado en el castillo de los Cárpatos!

XIII

ANDIAMO, MIO CUORE!...

La gente de la comarca y los viajeros que atraviesan la garganta del Vulcano sólo conocen del castillo de los Cárpatos su exterior. A la respetuosa distancia en que el temor detenía a los más osados de Werst y de las cercanías, la construcción sólo ofrecía a la vista un enorme amasijo de piedras, que se podían tomar por ruinas.

Pero, ¿estaba tan desmantelado el castillo en su interior, como era dable suponer? Ciertamente, no. Y al amparo de sus sólidos muros, la vieja fortaleza feudal todavía podía alojar a toda una guarnición.

Amplias salas abovedadas, profundas cuevas, infinidad de corredores, patios cuyo suelo desaparecía bajo las altas hierbas, estrechos subterráneos a los que no alcanzaba nunca la luz del día, estrechas escaleras, casamatas iluminadas por las troneras de la muralla; un torreón central de tres pisos, con departamentos habitables, coronado por almenada plataforma, todo ello rodeado por un laberinto de galerías que subían a la terraza de los baluartes y bajaban hasta los cimientos. Aquí y allá alguna cisterna donde se recogían las aguas de lluvia, cuyo sobrante se unía al torrente del Nyad. Largos túneles, en fin, que daban acceso al camino de la garganta del Vulcano. Todo ello formaba el conjunto del castillo de los Cárpatos.

Franz, que no había tenido más pensamiento que penetrar en aquel recinto, estaba ya dentro. Tal vez debía haberse parado a reflexionar. ¿Por qué el puente levadizo, levantado hasta aquel día, había sido echado exprofeso para que él pasase? ¿No era inquietante el que la poterna se hubiese cerrado a su espalda? Pero en nada de esto pensaba. Por fin estaba en aquel castillo, donde Rodolfo de Gortz retenía a su Stilla, y sacrificaría su vida por llegar hasta ella.

La galería en que Franz se había internado era ancha, de alta y achatada bóveda. La oscuridad era completa y como el enlosado era muy desigual, no podía andar con pie seguro. Franz se aproximó al muro de la izquierda y lo siguió, apoyándose sobre el revestimiento salitroso que se desmoronaba bajo su mano. No se oía otro ruido que el de los pasos del joven, que producían ligeras resonancias. Una corriente de aire tibio cargado de ese olor especial de los sitios inhabitados desde antiguo le dio en la espalda.

Después de pasar un pilar de piedra que formaba el ángulo del corredor, Franz pasó a otro corredor aún más estrecho. Tuvo que avanzar con el cuerpo inclinado, tanteando con las manos y los pies. Desconocía la dirección que seguía. Aquel pasadizo, ¿volvía hacia la muralla del castillo o conducía al pie del torreón? Franz trató de apresurar el paso pero a cada momento se veía precisado a detenerse, bien por tropezar con algún obstáculo en el suelo o bien porque un ángulo brusco modificaba su dirección. Muchas veces tuvo que retroceder y su mayor temor consistía en que hubiese alguna trampa mal cerrada que cediese a su peso, precipitándole al fondo de una mazmorra de la que le fuera imposible salir.

Pensó que si no había subido ni bajado, era indudable que se mantenía aún al nivel de los patios interiores, distribuidos entre las diversas edificaciones, y era posible

que aquel pasadizo terminase en el torreón, en el inicio mismo de la escalera.

Después de una hora el conde iba ya sin saber adónde, escuchando atentamente por si oía algún ruido, cercano o lejano, y sin atreverse a gritar el nombre de Stilla, que los ecos podrían hacer llegar al torreón. No se desanimaba, sin embargo; continuaría hasta que le faltasen las fuerzas, hasta que un obstáculo infranqueable le detuviese.

Pero, aunque no se percataba de ello, Franz estaba extenuado. No había comido nada desde que saliera de Werst y ahora sentía hambre y sed. Su andar era inseguro; sus piernas flaqueaban. Su corazón latía arrítmicamente.

Serían las nueve cuando al adelantar un paso, Franz halló el vacío; se agachó y su mano tocó un escalón y después otro, que descendían. Tal vez aquella escalera no tuviera salida. Pero Franz no dudó en bajar por allí, contando los escalones, que descendían en dirección oblicua al corredor. Contó setenta y siete escalones hasta el nivel de otro pasadizo que se perdía en múltiples y oscuras revueltas.

Anduvo media hora, y acababa de detenerse sin resuello cuando a unos centenares de pasos ante sí apareció un punto luminoso.

¿De dónde provenía aquella luz? ¿Se trataba de un fenómeno natural? ¿El hidrógeno de un fuego fatuo inflamado en aquella profundidad? ¿O tal vez una linterna, llevada por algún habitante del castillo?

"¿Será ella?", se preguntó Franz, recordando que cuando él se había perdido entre las rocas también había aparecido una luz, como mostrándole la entrada del castillo.

Apenas dueño de sí, Franz se inclinó y observó sin moverse.

Una claridad difusa, más bien que un punto luminoso, parecía llenar el espacio al final del pasadizo.

Franz apresuró la marcha, casi arrastrándose, porque apenas si podía sostenerse, y después de atravesar una estrecha abertura cayó en una cripta.

Se hallaba ésta en buen estado de conservación. Su altura sería de unos tres metros y dispuesta en forma circular con un diámetro más o menos parecido. Los arcos de la bóveda, que arrancaban de los capiteles de ocho redondos pilares, se reunían en un haz, del que pendía una bomba de vidrio con una luz amarillenta. Frente a la puerta abierta entre dos pilares había otra, cerrada, cuyos gruesos clavos de enmohecidas cabezas mostraban el sitio de los cerrojos.

Franz se arrastró hasta aquella otra puerta, intentando abrirla; pero sus esfuerzos fueron inútiles.

En la cripta había algunos viejos muebles. Pudo ver una cama, o más bien un camastro, con ropas de cama; un escabel de torcidos pies y una mesa sujeta al muro con clavos de hierro, y encima de ella varios utensilios, entre ellos una vasija

con agua, un plato conteniendo carne asada y un trozo de pan semejante a una galleta. En un rincón murmuraba un hilo de agua que manaba por un agujero practicado en la base de uno de los pilares.

Todo aquello, ¿no era señal de que allí se esperaba a alguien fuese huésped o prisionero? ¿Era Franz el prisionero atraído con astucia al castillo?

Pero Franz de Télek estaba tan agotado que no podía reunir sus ideas. Rendido de cansancio y fatiga, se arrojó sobre los alimentos que engulló aprisa y sació su sed con el agua de la vasija. Después se dejó caer sobre el camastro, para recuperar sus perdidas fuerzas.

Cuando trató de coordinar sus pensamientos, le pareció que su razón se le escapaba.

De pronto, la luz encerrada en la bomba del techo se extinguió y la cripta quedó sumergida en la oscuridad.

Franz quiso levantarse pero no pudo y su pensamiento quedó como adormecido. Tuvo un sueño muy extraño o más bien un abrumador letargo, un anonadamiento de su ser que no provenía del alma.

Cuánto duró aquel estado no pudo saberlo al despertar. Su reloj se había parado y de nuevo la cripta se hallaba iluminada con aquella luz artificial.

Franz saltó del lecho y dio algunos pasos hacia la puerta por la que había penetrado, que seguía abierta; fue hacia la segunda, pero continuaba cerrada.

Intentó reflexionar pero le costó un inmenso trabajo. Si su cuerpo se había repuesto no ocurría así con su cerebro.

"¿Cuánto tiempo habré dormido? -se preguntó-. ¿Es de día o de noche?"

En la cripta todo estaba igual excepto la luz encendida de nuevo, los alimentos renovados y la vasija llena de agua clara.

Alguien había entrado mientras él permanecía aletargado. ¿Quién sabía que él estaba allí? ¿Era, pues, prisionero también del barón de Gortz?

Pero aquello era imposible. Podía huir, encontraría la galería por la que entró y una vez en la poterna, saldría del castillo.

Pero entonces recordó que la poterna se había cerrado tras él.

Bien; ya buscaría el medio de llegar hasta el muro y deslizarse por alguna brecha... Era preciso que saliese de allí, como fuese, y cuanto antes.

Pero ¿renunciaría a llevarse a Stilla?

Era lo más prudente, ya que lo que no pudiese hacer él lo harían los agentes que

Rotzko traería de Karlsburg. Asaltarían el castillo y se registraría todo, desde los cimientos hasta el torreón.

Decidido, se levantó dirigiéndose al corredor por donde había entrado. En aquel momento una especie de susurro se produjo detrás de la puerta cerrada.

Eran pasos; sí, pasos que se acercaban lentamente.

Se paró a escuchar, pegando el oído a la puerta; contuvo la respiración...

Los pasos sonaban a intervalos regulares, como si subiesen un escalón tras otro. Era indudable que detrás de aquella puerta cerrada había otra escalera que ponía en comunicación la cripta con los patios del castillo.

Franz se preparó, desenvainado el cuchillo de caza que llevaba a la cintura, empuñándolo con decisión y fuerza.

Si entraba un criado del barón, se arrojaría sobre él, le arrebataría las llaves y le dejaría sin sentido para que no pudiera seguirle, e intentaría llegar al torreón.

Si era el mismo barón quien entrase, lo reconocería enseguida, aunque sólo lo había visto una vez, aquella malhadada noche de la supuesta muerte de la Stilla. Si era el barón de Gortz lo mataría sin piedad.

Los pasos se detuvieron junto a la puerta.

Franz, inmóvil, aguardaba a que se abriese aquélla.

Pero no se abrió. Y de pronto llegó a sus oídos una voz de una dulzura infinita.

¡Era la voz de Stilla! ¡Sí, sí! Un poco apagada, pero era su voz; no había perdido sus deliciosos encantos; sus acariciadoras modulaciones. ¡Aquella voz salía de la garganta de Stilla!

Y la cantante repetía la sentida melodía. ¡Aquel suave canto que oyó entre sueños en el "Rey Matías"!

*andiamo, mio cuore!...
Nel giardino d'mille fiori,*

Aquella deliciosa melodía penetraba en lo más profundo de su alma. La aspiraba, la bebía como un delicioso néctar, mientras Stilla repetía, como invitándole a seguirla:

*Andiamo, mio cuore,
andiamo!*

¡Y la puerta permanecía cerrada! ¡No podía llegar hasta ella, estrecharla entre sus brazos, llevársela lejos de allí!

-¡Stilla! ¡Stilla amada! -exclamó el conde.

Y se arrojó contra la puerta, que resistió su embate.
La voz parecía ir apagándose... los pasos se alejaban.
Franz, de rodillas, trató de mover la puerta, desgarrándose las manos con los herrajes. Llamaba con voz desesperada a la joven, cuyo canto empezaba a difuminarse en la lejanía.
Entonces una idea cruzó por su mente como un relámpago.
"¡Loca! -exclamó-. ¡Está loca! ¡No me ha reconocido! ¡Está loca! ¡Sí!... ¡Encerrada en este castillo, hace cinco años, en poder de ese malvado!... ¡Pobre Stilla mía!... ¡Loca, loca!"
Franz se incorporó con los ojos extraviados, con gestos descompuestos.
-¡Yo también desvarío!... ¡Mi razón escapa!... ¡Estoy loco, como ella! -gritaba.
Iba y venía por la cripta, dando saltos como una fiera enjaulada.
-¡No, no! ¡No he de volverme loco! ¡He de salir de aquí y saldré!
Y se lanzó sobre la otra puerta.
Pero ésta acababa de cerrarse silenciosamente.
Franz no se había dado cuenta escuchando la voz de la Stilla.
Ahora ya no estaba prisionero en el castillo; ahora estaba prisionero en la cripta.

XIV

LA HUIDA

Franz estaba aterrado. Sus temores en cuanto a la pérdida de sus facultades mentales se realizaban. El único sentimiento que persistía en él claro y preciso era el recuerdo de Stilla, la impresión de aquel canto que acababa de oír, los ecos del cual ya no repercutían en la sombría cripta.

¿Había sido objeto de una ilusión? No, con toda seguridad. Era Stilla quien había cantado, y era Stilla a quien él había visto sobre el baluarte del castillo.

Entonces volvió a golpearle la idea de que ella estaba loca, y aquel pensamiento le hirió como si acabara de perderla por segunda vez.

¡Ah! ¡Si él pudiese arrancarla de aquel castillo y llevársela al de Kraiowa! ¡Consagrarse por entero a ella!... Tal vez sus cuidados y su amor le devolverían la cordura.

Transcurrieron muchas horas antes de que Franz por fin pudiera ordenar sus pensamientos. Entonces trató de razonar con calma y hacer luz en aquel caos que envolvía su mente.

"Es preciso que huya de aquí -se dijo-. Pero, ¿cómo? Esperaré a que vuelvan a abrir esta puerta... Sí... ¿No es mientras duermo cuando vienen a renovar los alimentos? Pues aguardaré. Fingiré dormir."

Entonces Franz concibió una sospecha. El agua de la vasija debía de contener alguna sustancia soporífera. Aquel pesado sueño, el completo aniquilamiento de sus sentidos después de haber bebido de aquella agua... Bien; ya no la bebería, ni tocaría los alimentos que había sobre la mesa... No tardarían en entrar, y entonces...

Se puso a escuchar para sorprender el ruido de alguna pisada que se aproximara a una u otra puerta. Pero no llegó hasta él el menor rumor y fue asiéndose a lo largo de los muros de la cripta, con la cabeza ardiendo, la mirada extraviada, la sangre golpeándole en las sienes, respirando anhelante aquella atmósfera viciada.

De pronto, al pasar ante uno de los ángulos de la derecha, sintió en la cara un soplo de aire más fresco.

¿Había allí una abertura?

¡Sí!... Allí había un paso estrecho que no había podido ver por las sombras del pilar.

Franz, sin pensarlo dos veces, se deslizó entre las paredes hacia donde venía una claridad de lo alto. Era un patio pequeño, cuyos muros se alzaban unos treinta metros. Parecía el fondo de un pozo que servía de patio interior a aquella celda,

por el que entraba un poco de aire y claridad.

Franz vio que era de día. En lo alto del pozo se dibujaba un ángulo de luz oblicuamente proyectado al nivel del brocal. Por la inclinación de aquel ángulo Franz dedujo que debían de ser más o menos las cinco de la tarde.

Entonces comprendió que su sueño debió de prolongarse por lo menos cuatro horas, no dudando, pues, de que había sido provocado por un somnífero.

Así, pues, si ellos habían salido de Werst la antevíspera, 11 de junio, estaban en 13 de junio.

Aunque el aire estaba impregnado de humedad, Franz lo aspiró con deleite, sintiéndose un poco aliviado; pero pronto tuvo que reconocer que no era posible la huida por aquel tubo de piedra. Izarse a lo largo de aquellos muros que no presentaban salientes practicables, era imposible. Franz regresó al interior de la cripta; puesto que la huida sólo podía hacerse por una de las dos puertas, se puso a examinarlas. La primera, es decir, aquella por la que había entrado, era muy sólida y de un grueso espesor; y por el exterior debía de estar sujeta por fuertes cerrojos; era, pues, inútil tratar de forzarla. La segunda puerta, la que quedaba enfrente y por la que había oído a su través la voz de la Stilla, parecía en peor estado, pues los tableros estaban podridos en algunas partes. Quizá por aquel lado...

Resolviéndose, ya que no había tiempo que perder, pues era probable que entrasen en la cripta en cuanto le supusieran bajo los efectos del narcótico, trabajó muy aprisa, más de lo que cabía esperar dado su estado. El moho había carcomido la madera alrededor de los cerrojos, y con el cuchillo Franz consiguió quitar la parte circular, trabajando sin apenas hacer ruido, deteniéndose de cuando en cuando para prestar atención.

Tres horas más tarde había hecho saltar los cerrojos y la puerta estaba abierta. Franz volvió al fondo del patio para aspirar un aire menos viciado. En aquel momento, el ángulo luminoso no se dibujaba ya en el brocal del pozo, lo que probaba que el Sol habíase puesto ya tras el Retyezat. El patio estaba sumido en una profunda oscuridad. Algunas estrellas brillaban en lo alto y parecían verse por el tubo de un telescopio.

Serían, pues, cerca de las nueve. Franz entró en la cripta otra vez. Tomó un poco de alimento y apagó la sed en el agua de la pila, tras verter la de la vasija. Se puso el cuchillo en el cinto, franqueó la puerta y la dejó como si estuviese cerrada.

En cuanto dio unos pasos, tropezó con un escalón, tal como lo había pensado. Allí empezaba una escalera. Subió por ella, contando los escalones. Esta vez eran sesenta.

Siguió por un oscuro pasadizo, tanteando las paredes. Durante media hora siguió avanzando sin verse detenido por una puerta o una reja; pero numerosos recodos le habían impedido reconocer la dirección que iba siguiendo.

Después de un breve descanso, Franz continuó. Aquel corredor parecía no tener

fin. Pero de pronto se vio detenido por un obstáculo: una pared de ladrillos; tanteó por diversos sitios pero no encontró ningún paso. Por aquella parte no había, pues, salida. No pudo contener una exclamación. Todas las esperanzas que había concebido se esfumaban ante aquel obstáculo. Sus piernas le fallaron y cayó al suelo junto a la pared. Y entonces notó que el muro presentaba una estrecha quebradura, y que los semidestruidos ladrillos podían desmenuzarse con las manos.

-¡Por aquí!... ¡Por aquí! -gritó Franz.

Y comenzó a deshacer los ladrillos y a sacarlos uno a uno. De repente se detuvo, pues le pareció oír un ruido metálico al otro lado... Al mismo tiempo, un rayo de luz penetró por la hendidura practicada en la pared. Franz atisbó por ella.

Vio la antigua capilla del castillo, reducida por el tiempo y el abandono a un estado ruinoso... Todavía se conservaba una bóveda medio arruinada, algunos arcos que arrancaban de torcidos pilares; dos o tres arcos de estilo ojival, que amenazaban ruina y unas ventanas de estilo gótico. En algunas partes mármoles llenos de polvo, bajo los cuales debía de reposar algún antepasado de Rodolfo de Gortz. En el fondo, un fragmento de altar, con un retablo que aún mostraba algunas esculturas estropeadas. Finalmente, en la entrada del pórtico, la campana, de la que pendía una cuerda que llegaba hasta el suelo; aquella campana, que sonaba algunas veces produciendo el terror en las gentes de Werst, retrasadas en su camino hacia el pueblo.

En aquella capilla, desierta desde hacía tantos años y expuesta a las inclemencias atmosféricas, acababa de entrar un hombre. Llevaba un farol en la mano, cuya luz le daba en pleno rostro.

Franz reconoció en seguida a aquel hombre. Era Orfanik, el excéntrico físico que acompañaba al barón en sus peregrinajes por Italia; aquel ser chocante que gesticulaba y hablaba solo por las calles; aquel sabio ignorado; aquel inventor, siempre en pos de alguna quimera, y que sin duda ponía sus inventos al servicio de Rodolfo de Gortz.

Si Franz conservaba alguna duda acerca de la presencia del barón en el castillo, aquella duda se desvaneció convirtiéndose en certeza ante la presencia de Orfanik.

¿Qué iba a hacer aquel hombre en la arruinada capilla, a aquella hora de la noche? Franz trató de enterarse y vio que Orfanik se encorbaba y levantaba varios cilindros de hierro unidos por un alambre, que se extendía desde una bobina depositada en un rincón de la capilla. Era tal la atención que aquel hombre ponía en su tarea que aunque el conde se le hubiese aproximado, no le hubiera visto ni notado.

¡Ah! Si el hueco que Franz había empezado a practicar tuviese ya el suficiente espacio para permitirle el paso, hubiese entrado en la capilla, precipitándose sobre Orfanik y obligándole a que le condujera al torreón.

Pero tal vez era mejor no poder hacerlo, porque, incluso aunque su tentativa tuviera un feliz resultado, sin duda el barón de Gortz le haría pagar con su vida los

secretos que acababa de descubrir.

Momentos después de la entrada de Orfanik en la capilla, entró en ella otro hombre: iel barón de Gortz! La inolvidable fisonomía de aquel personaje no había cambiado; parecía no haber pasado un día para él. Estaba igual, con su cara pálida y alargada, que el farol iluminaba por entero, su cabellera larga y gris echada hacia atrás, y su mirada centelleando en sus hundidos ojos...

XV

APLICACIONES DE LA ELECTRICIDAD

-¿Está acabado el recorrido de la capilla, Orfanik? -le preguntó el barón de Gortz al físico, aproximándose para examinar el trabajo.

-Ahora mismo lo he terminado.

-¿Está todo preparado en las casamatas de los baluartes? ¿Están los baluartes y esta capilla directamente comunicados con el torreón?

-Todo está dispuesto.

-Y cuando el aparato haya lanzado la corriente, ¿tendremos tiempo de huir?

-Lo tendremos.

-¿Has comprobado que esté libre el túnel que desemboca en la garganta del Vulcano?

-Lo está.

Se produjo entonces una pausa mientras Orfanik después de coger el farol, proyectaba la claridad hacia el fondo de la capilla.

-¡Ah, mi viejo castillo! -exclamó el barón-. ¡Caro costará a quienes quieran forzar tu recinto!

-¿Habéis oído lo que se decía en Werst? -preguntó Orfanik.

-Hace una hora el hilo me ha traído las conversaciones que se mantenían en el "Rey Matías".

-¿Han dispuesto el asalto para esta noche?

-No, lo efectuarán al amanecer.

-¿Cuándo ha regresado el servidor del conde a Werts?

-Hace dos horas que está allí, con dos agentes de la policía que ha traído de Karlsburg. Bien, puesto que no podré defender el castillo -continuó el barón de Gortz-, ial menos aplastaré entre sus ruinas a ese Franz de Télek y a todos los que vengan a por él!

Después de una nueva pausa, prosiguió:

-¿Y el hilo, Orfanik? ¿Se ignorará siempre que hemos establecido una

comunicación entre el castillo y Werst?

-Lo destruiré y nunca se sabrá.

En aquella época -últimos años del siglo XIX- el empleo de la electricidad, a justo título considerada el espíritu del siglo, había alcanzado grandes perfeccionamientos. El ilustre Edison y sus discípulos habían rematado la gran obra.

Entre diversos aparatos eléctricos, el teléfono funcionaba entonces con una precisión tan maravillosa que los sonidos recogidos en las placas llegaban claramente al oído, sin necesidad de auricular. Cuanto se decía, cuanto se cantaba, incluso lo que se susurraba, se podía oír, cualquiera que fuese la distancia, y dos personas separadas por miles de leguas podían hablarse como si estuviesen una enfrente de la otra.

Bastantes años antes, Orfanik, el inseparable acompañante de Rodolfo de Gortz era, en lo que se refería al uso práctico de la electricidad, un genio de primer orden. Pero, sus descubrimientos no habían sido acogidos como se merecían y los sabios no habían querido ver más que un loco donde había un hombre genial en su rama. Por eso era tan grande el odio que el inventor profesaba a sus semejantes.

En aquellas circunstancias, el barón de Gortz encontró a Orfanik en la pura miseria. Le alentó en sus trabajos, le ayudó económicamente y por fin se unió al sabio a condición de que éste le reservara el beneficio de sus invenciones, de las que sólo él debía aprovecharse.

Después de los incidentes que terminaron con la carrera de la Stilla, el barón de Gortz desapareció, sin que nadie pudiese saber qué había sido de él. Dejando Nápoles, vino a refugiarse en el castillo de los Cárpatos, acompañado de Orfanik, quien no dudó en encerrarse con él.

La intención del barón era la de que ningún habitante de la región sospechase su regreso, para que nadie intentase visitarle. Como sea que existía una comunicación secreta con el camino del Vulcano, un antiguo servidor del barón, al que nadie conocía como tal, traía en épocas fijas todo cuanto era necesario para la vida del barón y su acompañante, con lo que aseguraban su existencia.

En realidad, lo que quedaba en pie del castillo y especialmente el torreón, estaba menos desmantelado de lo que se apreciaba desde el exterior. Por ello, provisto de cuanto necesitaba para sus experimentos, Orfanik pudo dedicarse a los prodigiosos trabajos cuyos elementos hallaba en la física y en la química.

Y entonces tuvo la idea de utilizarlos para alejar a los importunos.

Orfanik instaló, pues, una maquinaria especial dedicada a sembrar el espanto en el país, produciendo fenómenos que para aquellas gentes tan supersticiosas no podían ser atribuidos más que a intervenciones diabólicas.

Además, era importante para el barón estar al corriente de lo que se hablaba en la

sala de la posada de Werst. ¿Había algún medio de oír lo que hablaban las personas sin que éstas pudiesen sospecharlo? Orfanik estableció una comunicación telefónica entre el castillo y el salón de la posada, donde había la costumbre de celebrar reuniones todas las noches.

Esto lo consiguió el sabio con un procedimiento secreto y muy sencillo. Un hilo de cobre, revestido de una cubierta aislante y uno de cuyos extremos subía hasta el primer piso del torreón, fue tendido bajo las aguas del Nyad hasta el pueblo de Werst. Efectuado este primer trabajo, Orfanik, que no era conocido de nadie en el pueblo, fingiendo ser un turista fue a pasar una noche en el "Rey Matías", a fin de instalar el otro extremo del cable en un lugar apropiado y escondido, lo que le fue fácil, llevando la extremidad del hilo a lo alto de la ventana de la fachada posterior que no se abría jamás. Después, colocó un aparato telefónico, que ocultaba lo espeso del follaje y conectó el hilo. Este aparato estaba maravillosamente dispuesto, tanto para transmitir como para captar los sonidos, por lo cual el barón de Gortz podía oír todo lo que se hablaba en la posada y también hacer oír lo que le convenía.

Durante los primeros años nada turbó la tranquilidad del castillo pues la mala reputación que tenía era bastante para alejar de él a los habitantes de Werst. Además, se le tenía por abandonado. Pero un buen día, el anteojo comprado por el pastor Frik permitió ver humo en el torreón y desde aquel momento empezaron las murmuraciones.

Entonces fue muy útil la comunicación telefónica, ya que, gracias a ella, el barón de Gortz y Orfanik estaban al corriente de lo que se decía en la aldea. Así, por este procedimiento supieron de la resolución de Nic Deck de penetrar en el castillo, lo que, para hacerle disuadir, motivó la amenazadora voz que se oyó en la posada. Pero como a pesar de ella, el joven había persistido en su resolución, el barón resolvió darle tal lección que no le quedasen deseos de intentarlo jamás.

Aquella noche, la maquinaria de Orfanik produjo una serie de fenómenos puramente físicos, capaces de helar de espanto a los habitantes de los alrededores. La campana echada a volar; la proyección de intensas llamaradas mezcladas con sal marina lo que daba a todos los objetos una apariencia fantasmal; formidables sirenas, con el aire comprimido sonando como espantosos mugidos al escapar; siluetas fotográficas de monstruos, proyectadas a las nubes por medio de potentes reflectores; placas dispuestas en el piso del fondo del foso de la muralla, que puestas en comunicación con pilas corrientes habían sujetado al doctor por los clavos de sus gruesas botas y, finalmente, la descarga eléctrica lanzada desde las baterías del laboratorio, que había paralizado al guardabosque en el momento de poner éste la mano sobre el hierro del puente levadizo.

Como había supuesto el barón, después de todos aquellos "prodigios", el terror llegó al colmo en la comarca, y ni por todo el oro del mundo hubiera querido nadie aproximarse al castillo de los Cárpatos, evidentemente habitado por seres fantasmales.

Rodolfo de Gortz se creía, pues, al abrigo de cualquier curiosidad inoportuna, cuando llegó Franz de Télek al pueblo de Werst.

Cuando interrogaba a Jonás, al señor Koltz y a los demás, ya fue captada su presencia por el hilo del Nyad.

El odio que el barón de Gortz sentía por el conde se incrementó con el recuerdo de los sucesos de Nápoles.

Viendo, por las conversaciones mantenidas por el conde, que su presencia en el pueblo representaba una amenaza para su seguridad, el barón resolvió atraer a Franz al castillo, lo que consiguió mediante la voz de Stilla, enviada al salón del "Rey Matías" por el hilo telefónico, lo que había incitado, de un modo inconsciente, al conde a desviarse de su camino para acercarse al castillo; la aparición de la cantante sobre la terraza le impulsó irresistiblemente a intentar penetrar en la fortaleza, y aquella luz que se mostró en una de las ventanas del torreón le sirvió de guía hacia la poterna, abierta para dejarle el paso franco.

Y ahora, en aquella cripta donde le habían encerrado, donde le preparaban alimentación mientras él dormía un sueño letárgico; en aquella cripta, escondida en las profundidades del castillo y cuyas puertas estaban bien cerradas, allí estaba Franz de Télek en poder del barón, y Rodolfo tenía la seguridad de que no saldría jamás de aquel encierro.

Mas, a pesar de todo, ahora sabía el barón que Rotzko, el sirviente del conde, no habiendo podido seguir a su amo, había prevenido a las autoridades de Karlsburg. Y una escuadra de agentes había llegado al pueblo, y a éstos sí que no veía cómo vencerlos el barón.

¿Cómo iban él y Orfanik solos, a defenderse de una tropa numerosa? Los medios empleados contra Nic Deck y el doctor serían insuficientes, pues la policía no es tan crédula.

Ambos, pues, habían determinado destruir el castillo desde sus cimientos hasta el torreón, y no esperaban más que el momento para hacerlo.

Habían dispuesto una corriente eléctrica para prender cartuchos de dinamita enterrados en el torreón, en los baluartes y en la capilla; y el aparato destinado a lanzar la corriente fatal estaba conectado para dar al barón de Gortz y a su cómplice tiempo suficiente para huir por el túnel que desembocaba en la garganta del Vulcano. Después de la explosión, de la que serían víctimas el odiado conde y muchos de los que intentaran escalar las murallas, ambos huirían muy lejos para que jamás pudieran encontrarse sus huellas.

Todo lo que había sido percibido por Franz de la conversación le dio la explicación de los extraños fenómenos. Sabía ahora que existía una comunicación telefónica entre el castillo de los Cárpatos y el pueblo de Werst. Sabía también que el castillo iba a ser destruido por una explosión que iba a costarle la vida a él y que sería fatal para los agentes traídos por Rotzko. Y sabía, asimismo, que el barón de Gortz y Orfanik tendrían tiempo de huir. ¡Huir, naturalmente, llevándose a Stilla, posiblemente inconsciente!

¡Ah! ¡Por qué no podía lanzarse en la capilla y acabar con aquellos dos malvados?

Pero lo que en aquel momento no era posible, tal vez lo fuera después de la partida del barón, cuando salieran de la capilla. Franz iría tras ellos hasta el torreón y, Dios mediante, haría justicia.

En aquel momento, el barón de Gortz y el sabio cambiaron aún algunas palabras.

-¿Hay algo más que hacer aquí?

-No.

-Entonces separémonos.

-¿Os debo dejar solo en el castillo?

-Sí, Orfanik. Partid al instante por el túnel.

-Pero, ¿y vos...?

-Me quedaré aquí hasta el último momento.

-Quedamos en que debo esperaros en Bistriz, ¿no es así?

-En efecto.

-Quedaos, pues, solo, si es vuestra voluntad.

-Sí, porque quiero oírla... ¡Quiero oírla una vez más, en esta última noche que paso en este castillo de los Cárpatos que dejará de ser mío muy pronto!

Instantes después, el barón de Gortz y Orfanik abandonaban la capilla.

Aunque en esta conversación no se había pronunciado su nombre, Franz había comprendido que era de Stilla de quien acababa de hablar Rodolfo de Gortz.

XVI

EL FINAL DEL CASTILLO DE LOS CÁRPATOS

La tragedia era inminente y Franz sólo tenía un medio para evitarlo: impedir que el barón llevase a cabo su proyecto.

Eran las once de la noche. No temiendo ser descubierto, Franz prosiguió quitando ladrillos sin demasiada dificultad; pero era tal el espesor de la pared que tardó más de media hora en poder abrirse paso.

En cuanto puso pie en la desmantelada capilla se sintió reanimado por el aire exterior. Pero lo que más le importaba a Franz era encontrar la puerta que había en el fondo de la capilla, por la que el barón y Orfanik habían salido. Atravesando la nave, Franz se adelantó hacia el presbiterio, sumido en la oscuridad. Sus pies tropezaron con restos de tumbas y fragmentos caídos de la bóveda

Detrás del retablo del altar mayor, y en un oscuro rincón, descubrió una puerta medio carcomida que cedió a su impulso.

Aquella puerta daba a una galería. que con toda seguridad atravesaba el recinto del castillo.

De nuevo se encontró Franz en medio de tinieblas, y después de dar muchas vueltas pero sin subir ni bajar por escalera alguna, llegó a una parte de aquella galería en que la oscuridad no era tan absoluta. Una media luz penetraba por algunas aberturas laterales.

Entonces pudo avanzar con más rapidez y llegó a una casamata muy ancha, sobre la terraza de1 murallón que formaba el ángulo izquierdo de la fortaleza. Dicha casamata se hallaba perforada por estrechas troneras por las que asomaba la luz de la Luna.

En la pared opuesta vio una puerta abierta.

La primero que hizo Franz fue acercarse a una de aquellas troneras para aspirar la fresca brisa de la noche por algunos instantes.

En el momento en que iba a retirarse de allí, le pareció ver unas sombras que se movían en la parte inferior de la meseta de Orgall.

Mirando con más atención Franz vio a algunos hombres que iban y venían por allí, delante del bosque. Sin duda eran los agentes de Karlsburg...

Franz tuvo que contenerse para no llamar a Rotzko, que en seguida hubiese reconocido su voz. Pero podían oírle desde el torreón y antes de que los agentes pudiesen escalar el muro, Rodolfo de Gortz tendría tiempo de huir por el túnel y dejar dispuesto el aparato eléctrico.

Entonces se apartó de la tronera, atravesó la casamata, franqueó la puerta y continuó por la galería.

Quinientos pasos más adelante llegó ante una escalera abierta en los espesos muros.

¿Llegaría por fin al torreón que se alzaba en el centro de la plaza de armas?

Pero aquella escalera no era la principal, pues sólo se componía de escalones circulares dispuestos en forma de caracol.

Franz subió sin hacer ruido, escuchando pero sin oír nada. Contó veinte escalones y se encontró en un rellano en el que había otra puerta que daba a una terraza que rodeaba el torreón a la altura del primer piso.

Se deslizó por aquella terraza, y teniendo cuidado de ocultarse tras el parapeto, atisbó hacia la meseta de Orgall. Muchos hombres aparecieron entonces en la linde del bosque de abetos, pero nada indicaba que tuviesen intención de acercarse al castillo.

Decidido a encontrar al barón de Gortz antes de que huyese por el túnel, Franz rodeó la terraza y llegó ante otra puerta, donde proseguía la escalera de caracol.

Subió en silencio. El primer piso del castillo no estaba habitado.

Cuando llegó al tercer piso vio que allí terminaba la escalera en una meseta en la que antiguamente había ondeado con seguridad el estandarte de los barones de Gortz.

En la pared de la izquierda de la meseta había otra puerta, pero ésta aparecía cerrada, pero con la llave por fuera. A través del agujero de la cerradura se filtraba una luz vivísima.

Franz escuchó apoyando una oreja en la madera de la puerta, pero no percibió nada. Aplicó entonces un ojo al agujero de la cerradura y solo pudo ver la parte izquierda de una habitación muy iluminada.

Empujó suavemente la puerta, que se abrió.

Una espaciosa sala ocupaba por completo aquel último piso del torreón. Sobre sus circulares muros se apoyaba una bóveda artesonada a cuadros, y los arcos se reunían en el centro de la bóveda, en una gran pechina. Antiguos tapices recubrían las paredes. Unos viejísimos baúles, armarios, butacas y escabeles constituían el mobiliario dispuesto con un cierto desorden, artísticamente combinado. Cubrían las ventanas tupidos cortinones que no dejaban escapar al exterior la luz de la sala. El pavimento estaba cubierto con una mullida alfombra de lana, que amortiguaba las pisadas.

Todo aquello era extraño; raro. Al entrar allí Franz, lo primero que le chocó fue el

contraste que ofrecía la habitación, mitad alumbrada, mitad en tinieblas.

A la derecha de la puerta, el fondo se perdía en la oscuridad. A la izquierda, por el contrario, un estrado con el suelo cubierto de telas negras, recibía una potente luz, producida tal vez por un reverbero, colocado delante, pero de modo que no podía ser visto.

A unos diez pasos de aquel estrado, y separado de él por una pantalla de chimenea, había un antiguo sillón de alto respaldo, semi oculto por la penumbra que la misma pantalla proporcionaba.

Junto al sillón, y sobre una mesita cubierta con un tapete, se veía una caja rectangular, de aproximadamente un metro de largo por treinta centímetros de ancho. La tapa, incrustada en pedrería estaba levantada; dentro de la caja había un cilindro metálico.

Franz se dio cuenta de que el sillón estaba ocupado por una persona que permanecía en absoluta inmovilidad; mantenía la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, con los ojos cerrados, el brazo derecho tendido hacia la mesa y la mano puesta sobre la parte anterior de la caja.

Era Rodolfo de Gortz.

¿Quería pasar la última noche en el torreón para dormir en aquel sillón algunas horas?

¡Imposible, según lo que Franz le había oído decir a Orfanik!

El barón estaba solo; Orfanik, según las órdenes recibidas, debía de haber huido ya por el túnel.

¿Y Stilla?... ¿No había dicho Rodolfo de Gortz que antes de hacer saltar el castillo quería oírla por última vez? ¿Y para qué sino estaba allí el barón?

Pero, ¿dónde estaba la joven?

Franz ni la veía ni la oía.

Mas, después de todo, ¿qué importaba si ahora el barón, si Rodolfo de Gortz estaba a merced de Franz de Télek? Le obligaría a hablar...; pero, en el estado de excitación en que se encontraba, ¿por qué no arrojarse sobre aquel hombre al que odiaba y de quien era odiado a su vez; por qué no le arrebatara a Stilla... su Stilla, loca por causa de aquel hombre, a quien Franz deseaba matar?...

Franz se aproximó al sillón por detrás. No tenía más que dar otro paso y el barón estaría al alcance de sus manos; los ojos del conde se inyectaron de sangre, y poseído de un vértigo incontrolable, alzó una mano...

De repente, apareció Stilla.

Franz dejó caer el cuchillo que empuñaba en la mullida alfombra.

La Stilla estaba de pie en el estrado, a plena luz, la cabellera suelta, los brazos extendidos, hermosísima con su vestido blanco del papel de Angélica del *Orlando*, exactamente como se mostró en el baluarte del castillo. Sus ojos, fijos en los del conde, le penetraban hasta lo más profundo de su alma.

Era imposible que ella no le viese y, sin embargo, la joven no hacía ningún ademán de reconocerle...; no movía sus labios para hablarle, para llamarle... ¡Desgraciada! ¡Sí! ¡Estaba loca! ¡Loca!

Iba Franz a abalanzarse para estrecharla entre sus brazos, cuando la joven empezó a cantar. El barón de Gortz, sin levantarse, se inclinó en el sillón hacia ella. En el paroxismo del éxtasis, el extravagante melómano aspiraba aquella voz como un perfume... la bebía como un divino néctar.

¡Sí! ¡La Stilla cantaba! Cantaba para él, solo para él, exhalando de sus labios, que parecían inmóviles, aquel canto como un leve soplo. Si la razón la había abandonado, no así su alma de artista, que la poseía por entero.

El mismo Franz permanecía extasiado ante el encanto de aquella voz que hacía cinco años no oía tan claramente. Permanecía absorto contemplando a aquella mujer a la que creía que no volvería a ver jamás y que estaba allí, viva, como si algún milagro la hubiese resucitado a sus ojos.

¿Pero no era aquel canto el final de la trágica escena del *Orlando* que hacía vibrar en el corazón de Franz la cuerda del recuerdo?

*Inamorata, mio cuore tremante...
Voglio morire...*

Franz seguía nota por nota aquella bellísima frase, y se decía que no sería interrumpida como lo había sido en el teatro San Carlos. No. ¡No se rompería entre los labios de la Stilla como en su función de despedida!

Franz no osaba respirar. Toda su vida estaba concentrada en aquel canto. Unos compases más y se acabaría con toda su incomparable pureza.

Pero, de pronto, la voz empezó a temblar; diríase que la cantante vacilaba repitiendo aquellas palabras dolorosas:

*Voglio
morire...*

¡Dios santo! ¿Caería la Stilla allí, sobre el estrado, como en otro tiempo cayó en el escenario? Pero no cayó. Su canto se interrumpió en el mismo compás, en la misma nota lanzada en el San Carlos. Exhaló un grito... el mismo que Franz oyó aquella noche.

Y sin embargo, la joven permanecía allí, de pie, inmóvil, con su adosada mirada, aquella mirada que arrojaba al conde todas las ternuras de su alma.

Franz se precipitó hacia su amada; quería llevársela de aquella sala, de aquel castillo, pero se encontró frente a frente con el barón, que acababa de levantarse, y que exclamó:

-¡Franz de Télek! ¡Habéis podido escapar!

Franz no le respondió y precipitándose hacia el estrado, repetía:

-¡Stilla! ¡Stilla mía! ¡Por fin te encuentro! ¡Vives!

-¡Vive, sí, vive! -exclamó el barón.

Y aquella irónica frase, acabó en una carcajada en la que latía una rabia infinita.

-¡Vive para mí! -repitió Rodolfo de Gortz-. ¡Franz de Télek, tratad de arrancarla de mi poder!

El conde había tendido los brazos hacia la mujer, cuyos ojos seguían fijos en él...

En aquel momento, Rodolfo de Gortz se inclinó, recogió el cuchillo que había caído al suelo de la mano de Franz y se lanzó sobre la Stilla, inmóvil...

Franz se precipitó sobre él para desviar el golpe que amenazaba a la desgraciada...

Llegó tarde. El cuchillo golpeó en el corazón...

Inmediatamente se oyó el ruido de un cristal al romperse y entre una lluvia de fragmentos de vidrio la Stilla desapareció.

Franz permaneció inerte... No comprendía nada...

¿Acaso también él se había vuelto loco?... Entonces exclamó Rodolfo de Gortz:

-La Stilla se escapa una vez más de Franz de Télek... Pero su voz..., su voz es mía... ¡Sólo mía!... ¡De nadie más!

El conde intentó arrojar sobre el barón, pero las fuerzas le abandonaron y cayó sin conocimiento al pie del estrado.

Rodolfo de Gortz, despreciando al conde, se apoderó de la caja depositada sobre la mesa y huyó de la sala, bajando al primer piso del torreón. Al llegar a la terraza y tras rodearla, cuando estaba ante la puerta, sonó un disparo. Rotzko, apostado en el reborde de la contraescarpa, acababa de disparar contra el barón. La bala no hirió a éste, pero destrozó la caja que llevaba entre sus brazos... El barón lanzó un grito terrible.

-¡Su voz! ¡Su voz! -repetía-. ¡El alma de la Stilla, destrozada!

Y con los cabellos erizados, las manos crispadas, le vieron correr a lo largo de la terraza, gritando:

-¡Su voz! ¡Su voz! ¡Han destrozado su voz!... ¡Malditos sean todos!

Y desapareció por la puerta en el momento en que Rotzko y Nic Deck, sin esperar a la escuadra de agentes de la policía, se disponían a escalar el muro.

Casi al mismo tiempo una formidable explosión hizo retemblar todo el Plesa...

Haces de llamas se elevaron hacia las nubes y una lluvia de piedras cayó sobre el camino del Vulcano.

De los baluartes, de las murallas, del torreón y de la capilla del castillo de los Cárpatos sólo quedaba un montón de humeantes ruinas, diseminadas por la meseta de Orgall.

XVII

EL FINAL DEL BARÓN DE GORTZ

Aunque la explosión debía destruir el castillo después de que Rodolfo de Gortz hubiese tenido tiempo de huir por el túnel que desembocaba en el camino del Vulcano, era imposible que el barón hubiese escapado a sus efectos.

Más creíble era que en el paroxismo del dolor, en la locura de su desesperación, no teniendo conciencia de lo que hacía, Rodolfo de Gortz provocase una catástrofe inmediata, de la que él había sido la primera víctima. Después de las incomprensibles palabras que había pronunciado cuando la bala de Rotzko le destrozó la caja que llevaba, había querido sepultarse bajo las ruinas de su castillo.

Fortuna fue que los agentes, sorprendidos a cierta distancia cuando la explosión sacudió la montaña, apenas fueran alcanzados por las ruinas, que cayeron al pie de la meseta de Orgall. Sólo Rotzko y el guardabosque estaban entonces al pie de la muralla y fue un milagro que no quedasen sepultados por aquella lluvia de piedras.

Después de la explosión y de haberse disipado un tanto el polvo que la misma produjo, Rotzko, Nic Deck y los agentes consiguieron, sin mucho esfuerzo, penetrar en lo que quedaba del recinto, franqueando el foso, medio cegado por el hundimiento de las murallas.

Cincuenta pasos más allá de la muralla fue encontrado un cuerpo, en medio de los escombros y en la base de lo que había sido el torreón.

Era el del barón Rodolfo de Gortz. Algunos ancianos de la región, entre otros el señor Koltz, le reconocieron perfectamente.

En cuanto a Rotzko y Nic Deck no tenían otro pensamiento que encontrar al conde. Puesto que Franz no había reaparecido en los términos convenidos entre su sirviente y él temían que no hubiese podido escapar a tiempo del castillo.

Y Rotzko, que no confiaba en que su amo hubiese sobrevivido, lloraba abundantemente, y era vano que Nic Deck tratase de consolarle.

Sin embargo, después de media hora de pesquisas, el joven fue encontrado en lo que quedaba del primer piso del torreón, bajo un arco medio hundido de la muralla, que había impedido que quedase aplastado.

-¡Señor... querido señor!

-¡Señor conde!

Estas fueron las primeras palabras que pronunciaron Rotzko y Nic Deck cuando se precipitaron sobre Franz. Al primer momento le creyeron muerto, pero sólo estaba

inconsciente.

Franz entreabrió los ojos, pero en su mirada, sin fijeza, no pareció reconocer a Rotzko, ni siquiera oírle.

Nic Deck, que había levantado al conde en sus brazos, le habló de nuevo, sin obtener respuesta.

Sólo se escapó de su boca esta última frase de la canción de Stilla:

*Inamorata!... Voglio
morire!*

Franz de Télek había perdido la razón.

XVIII

Y SEGUIRÁN LAS SUPERSTICIONES

Habiendo perdido el conde la razón, nadie hubiera tenido la explicación de los últimos fenómenos de los que había sido escenario el castillo de los Cárpatos, a no ser por las revelaciones que se pudieron conseguir, del modo siguiente:

Durante cuatro días, y como lo habían convenido, Orfanik esperó al barón de Gortz en la ciudad de Bistritz. Viendo que el barón no acudía a la cita, se preguntaba si no habría perecido en la explosión; y picado tanto por la curiosidad como por la inquietud, tomó el camino de Werst, rondando después por los alrededores de las ruinas del castillo.

Los agentes de policía no tardaron en apoderarse de su persona, a las indicaciones de Rotzko, que le reconoció.

Una vez en la capital del distrito y en presencia de los magistrados, Orfanik no tuvo ningún reparo en responder a las preguntas que se le formularon en relación con la catástrofe.

En realidad, el triste final del barón de Gortz no pareció conmover demasiado a aquel sabio egoísta y maniático, que sólo tenía corazón para sus inventos.

En primer lugar, y a las apremiantes preguntas de Rotzko, Orfanik afirmó que la Stilla estaba muerta, y bien muerta -éstas fueron sus palabras-, y enterrada, y bien enterrada, desde hacía cinco años en el Campo Santo Nuovo de Nápoles.

Esta afirmación causó un considerable asombro en los interrogadores.

En efecto: si la cantante había muerto hacía cinco años, ¿cómo era posible que el conde hubiese podido oír su voz en la sala de la posada del "Rey Matías", y verla aparecer sobre la terraza del baluarte, y embriagarse con su canto cuando estaba encerrado en la cripta del castillo? Finalmente: ¿cómo la había visto viva en la cámara del torreón?

La explicación de estos diversos fenómenos, al parecer inexplicables, la dio Orfanik.

Sabida es la desesperación que había acometido al barón de Gortz cuando llegó hasta él el rumor de que la Stilla había resuelto abandonar su carrera para ser la condesa de Télek. En adelante iban a faltarle el admirable talento de la artista y su satisfacción de amante de la ópera, y en especial de aquella voz inigualable.

Entonces Orfanik le propuso captar, por medio de aparatos fonográficos, los principales fragmentos del repertorio de la cantante, que se proponía interpretar en las últimas representaciones en el San Carlos.

Estos aparatos estaban maravillosamente contruidos en aquella época y Orfanik

los había perfeccionado tanto que la voz humana no sufría alteración alguna, ni en su timbre ni en su pureza.

El barón de Gortz aceptó encantado el ofrecimiento de Orfanik. Se instalaron unos fonógrafos en secreto en el fondo del palco que tenía abonado el barón durante el último mes de la temporada; y así fue cómo en sus placas se grabaron *cabatinas* fragmentos de ópera y de concierto, y entre otros la melodía de Stéfano y el final del *Orlando*, interrumpido éste por la muerte de la artista.

En tales circunstancias, el barón de Gortz fue a encerrarse en el castillo de los Cárpatos, y allí, cada noche, podía oír los cantos registrados por los aparatos fonográficos. Y no solamente oía a la Stilla como si estuviera en el teatro, sino, lo que parece más incomprensible aún, podía verla ante sus ojos, como si estuviera viva.

Y esto mediante un sencillo artificio de óptica.

Se recordará que el barón de Gortz había adquirido un magnífico retrato de la cantante. Este retrato la representaba de pie, vestida con el traje blanco de la Angélica del Orlando, su magnífica cabellera suelta y los brazos tendidos hacia el cielo.

Por medio de espejos inclinados, que seguían un ángulo calculado por Orfanik, iluminados por un poderoso foco, aquel retrato, colocado frente a un espejo, hacía aparecer a la Stilla por reflexión, y tan real como cuando gozaba, en plena vida, de todo el esplendor de su belleza. Gracias a este aparato, transportado durante la noche a la terraza del torreón, Rodolfo de Gortz había hecho aparecer a la joven, cuando quiso atraer al conde al castillo; y gracias a este mismo aparato, el joven conde pudo ver a la Stilla en la sala del torreón, mientras su fanático admirador se embriagaba con su voz, reproducida por el fonógrafo.

Tales fueron, muy sumariamente expuestas, las explicaciones que dio Orfanik, detallándolas más en sus declaraciones; proclamándose autor con un inaudito orgullo de aquellas invenciones geniales, que había llevado al más alto grado de perfección.

Sin embargo, si Orfanik explicó materialmente aquellos diversos fenómenos o, mejor dicho, trucos, para emplear la palabra exacta, había algo que no se explicaba: por qué, antes de la explosión, el barón de Gortz no había huido por el túnel de la garganta del Vulcano, cuando se había convenido que tendría tiempo para hacerlo.

Pero al saber Orfanik que una bala había destrozado la caja que el barón llevaba en sus brazos, lo comprendió. Aquella caja encerraba el aparato fonográfico con la última canción grabada de la Stilla, la que el barón había querido oír por última vez en la sala del torreón antes de aniquilar el castillo. Destruir aquel aparato era destruir asimismo la vida del barón; y loco de desesperación, había querido sepultarse en las ruinas del castillo.

El barón Rodolfo de Gortz fue enterrado en el cementerio de Werst con los honores

debidos a la antigua familia cuyo linaje acababa con su persona.

Respecto al conde de Télek, Rotkzo lo hizo transportar al castillo de Kraiowa, consagrándose por entero al cuidado de su señor.

Orfanik le cedió voluntariamente los fonógrafos que encerraban los restantes fragmentos grabados de la Stilla y cuando Franz escuchaba la voz de la gran cantante, parecía prestar alguna atención, recobrando su lucidez de otras épocas y pareciendo que su alma revivía con los recuerdos de aquel inolvidable pasado.

Afortunadamente, algunos meses más tarde el conde había recobrado la razón.

El matrimonio de la encantadora Miriota y de Nic Deck fue celebrado a la semana siguiente de haber ocurrido la catástrofe. Infortunadamente, el conde Franz de Télek no pudo cumplir su palabra.

Después de recibir los novios la bendición nupcial, regresaron a Werst; el señor Koltz les reservaba la más bella habitación de su casa.

Sin embargo, no vaya a creerse que por haberse explicado todos los fenómenos ocurridos en el castillo de los Cárpatos se pueda suponer que la joven esposa no creía en las fantásticas apariciones del castillo. Aunque Nic Deck la hizo razonar con calma, lo mismo que Jonás, al que le interesaba atraerse a la clientela del "Rey Matías", todo era inútil: no se convencía, como tampoco lo hacía el maestro Hermod, el señor Koltz, el pastor Frik y los restantes habitantes del pueblo.

Y han de pasar todavía muchos años antes de que estas buenas gentes renuncien a sus supersticiones.

El doctor Patak, que volvió a sus fanfarronadas habituales, no cesaba de repetirle a quien quería oírlo:

-Y bien, ¿no lo había dicho? ¡Espíritus en el castillo! ¿Acaso hay espíritus?

Pero nadie le escuchaba, suplicándole que se callase, pues sus bromas, algunas veces, pasaban de lo soportable.

Además, el maestro Hermod continuaba basando las lecciones que impartía a la joven generación de Werst en el estudio de las leyendas de Transilvania, y por largo tiempo el pueblo continuará creyendo que los espíritus del otro mundo habitan entre las ruinas del castillo de los Cárpatos.

FIN
